

Revista editorial de fantasía, terror y ciencia ficción

VALINOR



09 / DICIEMBRE DE 2014

Noticias • Relatos • Entrevistas • Poesía • Ilustración

CADA DÍA 13 ENCUÉTRANOS EN WWW.EDITORIALVALINOR.COM

16+

Valinor. Revista Editorial.

Ilustración de portada: Andrea Llorente.
Color ilustración de portada: Diego Bober.

Equipo de la Revista Valinor:

Jessica Tornos. Redacción, prensa.

Myriam Crespo. Redacción.

Violeta Moreno. Redacción.

Diego Bober. Dirección, redacción, ilustración, maquetación, diseño gráfico.

Contacto:

Correo de la revista: revista@editorialvalinor.com

Correo de la editorial: info@editorialvalinor.com

www.editorialvalinor.com



Revista Valinor by Editorial Valinor is licensed under a Creative Commons International License.

No se permite el uso comercial de la revista.

Queda prohibida la modificación de la revista y su contenido.

Todos los derechos de los textos e imágenes pertenecen a sus autores, en caso de ser citados deberá ser mencionada siempre su autoría.

VALINOR

Editorial

Diciembre es un mes mágico por excelencia. Es el solsticio de invierno, es la Navidad, es ese punto en medio del ciclo donde lo mismo te sorprende la nieve que una mañana soleada, el frío te sacude las ideas y las largas noches, que empiezan tal vez demasiado pronto, se pueblan de sueños vívidos.

Escogimos el mes de diciembre para nuestros primeros lanzamientos por muchas razones. Algunas de ellas muy prosaicas, a qué mentir. Otras en cambio mucho más místicas. Diciembre representa los finales y los principios, la preparación para un nuevo comienzo. El inicio de un camino, que no empieza cuando se pone el pie en el sendero sino antes, cuando se toma la decisión y todo comienza a disponerse. En la Editorial Valinor, esta preparación ha sido un trabajo constante y minucioso que comenzó hace ya ocho meses. Desde entonces, cada día ha sido una pequeña aventura: corregir página por página, revisar los manuscritos tanto en fondo como en forma, pulir sin adulterar, retocar sin trastocar, embellecer y adornar los frutos que los escritores pusieron en nuestras manos. Todos hemos trabajado con ilusión para que nuestro trabajo sea invisible, que es la hermosa paradoja de la profesión de editar. Hemos trabajado para que los libros de Silvia Pato, Magín Méndez Sanguos y Sigrid K. Halvorsen lleguen hasta vosotros en todo su esplendor. Y sinceramente, nos lo han puesto muy fácil.

Desde el día ocho de diciembre ya están a la venta nuestros tres primeros lanzamientos: El Libro del Único Camino, Memorias del Tercer Nacimiento y Los del otro lado; fantasía, ciencia ficción postapocalíptica y terror. En las páginas de esta revista encontraréis mucho más, relatos y artículos de otros grandes escritores que comparten con nosotros sus obras por amor al arte, literalmente. Pero permitidnos hoy brindar y felicitarnos, y celebrar con nosotros nuestros primeros nacimientos. Es lo propio de estas fechas, ¿no? Celebrar con la familia. Y a estas alturas, ya lo somos.

¡Muchas gracias a todos y felices fiestas!

El equipo de Editorial Valinor

¿Quieres ser publicado en nuestra revista?

Envíanos tus relatos cortos, noticias, anuncios, artículos, poemas, microrrelatos, fotografías o ilustraciones a: revista@editorialvalinor.com

COLABORACIONES

Para este viaje hemos contado con la ayuda de:

Claudio García Fanlo, articulista.

G. Escribano, escritor.

Andrea Llorente, ilustradora.

Virginia S.V. Riesco, escritora

Arthur Charlan, escritor

María Belén Montoro, escritora

Beisy Fuentes Velázquez, escritora

Noel A. Cabrera Fernández, ilustrador

Ángeles Mora, escritora

Óscar Torres Gestoso, ilustrador

Daniel Flores Laino, escritor

Ramón Hernández, escritor

M.C. Arellano, escritora

Natalia Camodeca, escritora

Isabel Cisneros, escritora

Géraldine de Janelle, escritora.

Boebaert, ilustrador.

GRACIAS A TODOS

V
a
l
i
n
o
r



SUMARIO



Noticias

Lanzamientos de la Editorial Valinor
PAG. 6



Artículo

La sombra fuera de Lovecraft.
Por Claudio García Fanlo. PAG. 8



Garcan y el idilio de Dafne

Relato de fantasía épica por G. Escribano.
PAG. 11



Imaginarium

Andrea Llorente, ilustración.
PAG. 16



El bosque de la lluvia

Relato de fantasía y horror
por Virginia S.V. Riesco. PAG. 23



Sombras

Relato de misterio por Arthur Charlan.
PAG. 30



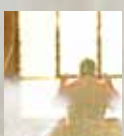
Night Shift

Relato de terror por María Belén Montoro
PAG. 34



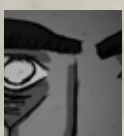
Intercambio

Relato de fantasía épica
por Beisy Fuentes Velázquez PAG. 44



Mi ángel triste

Relato de terror por Ángeles Mora
PAG. 51



Too Late

Cuento gráfico de Óscar Torres Gestoso y Ángeles Mora.
PAG. 55



El bosque de Sinergia

Relato de ciencia ficción
por Daniel Flores Laino. PAG. 58



Clodión y la espada Craionte

Relato de fantasía épica
por Ramón Hernández. PAG. 62



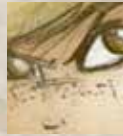
Ojos de absenta

Relato de terror por M.C. Arellano.
PAG. 68



Evolución

Relatos de fantasía por Natalia Camodeca.
PAG. 71



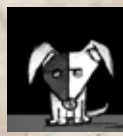
Eddan y Kiri. La caja misteriosa

Serie de relatos de aventuras
por Isabel Cisneros. PAG. 74



Christall. Serpiente de Sombra

Serie de relatos de terror y aventuras
por Géraldine de Janelle. PAG. 78



Otto

Tira cómica de Boebaert.
PAG. 79

Noticias

¡Primeros lanzamientos de la Editorial Valinor!

Como anticipábamos en el editorial, este mes de diciembre han salido a la venta las magníficas novelas de Magín Sanguos, Silvia Pato y Sigrid K. Halvorsen que seguro serán de vuestro interés, ya que son representativas de los tres grandes géneros que nos están acompañando desde que comenzamos esta andadura: Ciencia ficción, fantasía y terror.

Sabiendo que nadie habla mejor de una novela que la propia novela, dejamos que ellas se presenten en nuestra web. Allí podréis leer sus primeros capítulos completamente gratis y decidir si queréis leerlas enteras. ¡Ya os advertimos de que será inevitable!



El Libro del Único Camino

Y tú... ¿qué es lo que deseas?

Un heredero de corazón noble. Una mujer ambiciosa. Un hombre ávido de poder. El libro del Único Camino cae en manos de las gentes de Eryme para poner a prueba la entereza de sus almas, y pocos son realmente capaces de resistir su tentación. Owen de Edardan emprenderá un viaje para hallar el modo de destruir el libro y salvar así a su padre y a todo el condado de un destino fatal.

Fantasia clásica de la vieja escuela narrada con el estilo contenido y elegante de Silvia Pato. Una apuesta segura para aquellos que busquen un soplo de aire fresco dentro del género pero sin romper con él.

Contenido del archivo de descarga: pdf, mobi y epub (los tres formatos incluidos).

[Visítalo en nuestra web y comienza a leerlo.](#)

Noticias



Los del Otro Lado

El que traspasa los límites, sale de la sociedad. El que mata, sabe que puede morir violentamente. Forma parte de las reglas del juego

El señor Valera es un jubilado que pasa el tiempo espionando a sus vecinos con la excusa de escribir una novela. Cuando tres extraños inquilinos llegan al número 13 bis de la calle Uría dispuestos a instalarse en el último piso, comienzan a tener lugar en el edificio extraños sucesos. La situación empeorará cuando empiecen a desaparecer vecinos en el viejo ascensor.

Esta novela de terror claustrofóbico con tintes macabros y buenas dosis de ironía nos llega de la talentosa mano de Sigrid K. Halvorsen. Imprescindible para los amantes del terror y el misterio que no tengan remilgos con la sangre.

Contenido del archivo de descarga: pdf, mobi y epub (los tres formatos incluidos).

[Visítalos en nuestra web y comienza a leerlo.](#)



Memorias del Tercer Nacimiento

¿Qué queda cuando ya no queda nada?

Santiago, un anciano buscador, parte en pos de la última esperanza para la tierra: una semilla. Entretanto, en el campamento de los supervivientes, las luchas de poder se suceden y un extraño artefacto es hallado justo cuando extrañas criaturas comienzan a acecharles...

Magín Méndez Sanguos nos trae una historia de supervivencia que avanza a ritmo trepidante acompañada por las imágenes de Diego Bober en una edición ilustrada, inspirada en los antiguos libros de aventuras. Perfecta para los amantes de la ciencia ficción postapocalíptica y de las historias directas y veloces en las que prima la acción.

Contenido del archivo de descarga: pdf, mobi y epub (los tres formatos incluidos).

[Visítalas en nuestra web y comienza a leerlo.](#)



La sombra fuera de Lovecraft

Un artículo de Claudio García Fanlo

Esta nota trata sobre sombras: la sombra de un cuento, la sombra de un escritor, y un abismo en el tiempo. Estoy hablando de “La sombra fuera del tiempo” y “La sombra fuera del espacio”, de Howard Phillips Lovecraft y August Derleth.

Algunos datos preliminares necesarios para el análisis:

Los textos:

“The shadow out of time” fue escrito por Lovecraft entre los meses de Noviembre de 1934 y Marzo 1935, y publicado en *Astounding Stories*, 17, Nro.4 en Junio de 1936. En algunas traducciones figura como “La sombra surgida del tiempo”, “La sombra fuera del tiempo”, “En el abismo del tiempo” o “La sombra más allá del tiempo”. Es una novela corta estructurada en ocho capítulos.

“The shadow out of space” es un cuento corto que Lovecraft dejó inconcluso; fue completado después de su muerte por August Derleth, y publicado en 1957 por Arkham House.

Los autores:

Howard Phillips Lovecraft (Providence, Estados Unidos, 20 de agosto de 1890 – 15 de marzo de 1937) fue un escritor estadounidense, autor de novelas y relatos de terror y ciencia ficción, creador de la corriente de terror cósmico materialista.

August Derleth (1909 - 1971) escritor estadounidense perteneciente al llamado Círculo de Lovecraft. Fue corresponsal de HPL (entre 1926 y 1937) y más tarde su editor. Controló toda la actividad concerniente a la obra de HPL de 1937

a 1971, a través de la editorial Arkham House fundada junto a Donald Wandrei. Aunque nadie niega la importancia de Derleth en la difusión y reconocimiento literario de Lovecraft suele reprochársele un carácter puramente editorial y económico, además de distorsionar aspectos de la cosmogonía propia de HPL.

Los hechos marcan que el cuento terminado y publicado por Derleth (“The shadow out of space”) es una variante de la misma idea, muchísimo menos desarrollada, donde solo cambian circunstancias y personajes.

Siendo que el primer cuento es excelente y la historia y la temática resultan sorprendentemente innovadoras sobre los conceptos de espacio-tiempo, la pregunta es: porque insistir con una segunda versión que no aporta nada ni desde lo conceptual ni desde lo literario?

El tiempo y la distancia entre uno y otro (21 años), y la necesaria participación de Derleth en la terminación y publicación del segundo relato, nos hacen plantear otra duda: qué necesidad tenía Derleth de completar una historia inconclusa cuya temática ya había sido inmortalizada de manera magistral por el propio Lovecraft?

Precisemos un poco entonces los elementos principales de la historia, para detectar luego semejanzas y diferencias.

Nudo central de la historia:

La existencia de una raza de extraños seres alienígenos llamada la Gran Raza de Yith, que tienen la capacidad de hacer viajar su mente por el tiempo y el espacio ocupando cualquier cuerpo, para recopilar el conocimiento de cuantas civilizaciones hayan existido y existirán en

el universo. Intercambian mentes habitando los cuerpos de aquellos elegidos para obtener información, mientras la mente del elegido es trasladada provisionalmente al mundo de la Gran Raza.

Elementos principales de "The shadow out of time":

Protagonista: Nathaniel Wingate Peaslee, prof. de Economía, Univ. de Miskatonic.

Padres: Jonathan y Hannah Peaslee (apellido soltera Wingate).

Hijo: Wingate (prof. Psicología en Miskatonic)

—Sufre amnesia entre 1908 y 1913.

—Durante ese periodo realizó un viaje por los desiertos de Arabia en 1911.

—Realiza descubrimientos en Australia Occidental entre el 17 y el 18 de julio de 1935.

Elementos principales de "The shadow out of space":

Protagonista: Nathaniel Corey, psiquiatra (1933).

—Relata las experiencias vividas por Amos Piper (49; Univ. Miskatonic).

—Realiza viajes al desierto arábigo, islas de Polinesia, Perú.

—Visita el Museo británico de Londres, biblioteca Nac. de París.

—Amos Piper se une a expedición al desierto Arábigo la cual desaparece misteriosamente.

—Nathaniel termina internado en un instituto para enfermos mentales producto de un fuerte cambio de personalidad.

* * *

Ambos protagonistas se llaman Nathaniel. Son profesionales recibidos en la Universidad

de Miskatonic. Wingate (hijo de Nathaniel) y Corey son psicólogos.

Hay viajes al extranjero y en especial al desierto arábigo. Ambas historias se centran en la amnesia y el cambio de personalidad de los personajes principales.

Al margen de la similitud conceptual entre ambos textos, es en la descripción de los seres de la Gran Raza donde se puede apreciar una simetría casi textual entre ambas narraciones (para mayor rigor literario, incluyo también las versiones en inglés de ambos párrafos):

"Los miembros de la gran Raza eran inmensos conos rugosos de unos tres metros de altura, con la cabeza y otros órganos dispuestos en los extremos de una serie de miembros extensibles, de unos treinta centímetros de grosor, que se extendían a partir de sus cimas. Hablaban chasqueando o arañando sus enormes zarpas o garras, articuladas al final de dos de sus cuatro miembros, y caminaban por la expansión y contracción de una capa viscosa situada en la parte inferior de sus bases, que a su vez tenían un diámetro de casi tres metros."

"En la noche de los tiempos" - (Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, nº194)

("The Great Race's members were immense rugose cones ten feet high, and with head and other organs attached to foot-thick, distensible limbs spreading from the apexes. They spoke by the clicking or scraping of huge paws or claws attached to the end of two of their four limbs, and walked by the expansion and contraction of a viscous layer attached to their vast, ten-foot bases.")

THE DUNWICH HORROR AND OTHERS, S. T. Joshi, ed., Sauk City, WI: Arkham House, 1984.

"Aparentaban grandes conos de material rugoso, como la estructura de un vegetal; median mas de diez pies de alto; su cabeza, así como sus manos, en forma de garras, estaban unidas a unas anchas extremidades que salían del vértice del cono. Caminaban merced a la expansión

y contracción de la capa viscosa que formaba su base, y aunque no hablaban un lenguaje reconocible, podía entender los sonidos que emitían...”

“...No hablaban... sino con una extraña combinación de silbidos y golpes y rasguños de las grandes garras con que finalizaban sus cuatro extremidades enraizadas en lo que supuestamente podían ser sus cuellos, aunque esa parte de sus cuerpos no se veía.”

“La sombra fuera del espacio” - (Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, nº609)

“(They were great rugose cones, resembling a vegetable in structure, more than ten feet in height, with heads and claw-like hands attached to thick limbs which were ringed around the apex of their bodies. They walked by expanding and contracting the viscous layer attached to their bases, and, though they did not speak a language I recognized, yet I was able to understand the sounds they made...”

“They did not speak with anything that resembled a human voice at all, nor did I, rather by a combination of strange whistlings and the clicking or scraping of huge claws attached to the end of two of their four limbs, which radiated from what supposedly would have been their necks, save that no such part of their bodies was visible.”)

THE SURVIVOR AND OTHERS, Sauk City, WI: Arkham House, 1957

¿Existió realmente ese segundo manuscrito inconcluso de Lovecraft? Se trataba de una segunda versión de la misma historia, o solo fue un intento desechado por HPL para plasmar esa primera idea original? Fue retomada por Derleth solo con el afán de aumentar la bibliografía y compartir la autoría de la obra con su célebre amigo?

No he podido encontrar las respuestas. Pero las preguntas y las dudas quedan vigentes. Estas son las hipótesis que deberán abordarse a la hora de intentar encontrar una explicación a una situación por demás peculiar, como es la del plagio de un autor consigo mismo.

Quizás también el propio Lovecraft haya sido presa de ese abismo en el tiempo, quizás el también, como Nathaniel Wingate Peaslee, tembló al reconocer su propia caligrafía en ese manuscrito que prefirió dejar inconcluso...

Si te ha gustado el artículo puedes seguir a Claudio García Fanlo en el siguiente [blog](#), en [goodreads](#), o vía [facebook](#).



Garcán y el idilio de Dafne

Un relato de fantasía épica de G. Escribano

Nota del transcriptor: como en muchas leyendas de Elisia, no conocemos al autor de esta narración. Es muy probable que en la formación del relato hayan participado tantos individuos como voces lo han recitado desde la Edad Arcaica, que es cuando pudo ser compuesto. Este texto ha sido revisitado en numerosos cantos y reelaborado en variadas historias de pastores.

Fdo: K. Grafos.

«La gente de ciudad se piensa que la campiña es un lugar amable y plácido. Me gustaría ver su culo pelado de frío en invierno. O cómo sobreviven al hambre mascando raíces. Por no hablar del miedo a los lobos, osos, lince, mi familia y otros animales».

Un cabrero cerritano frente al fuego.

No era un lugar ameno. Garcán, que se consideraba medio muerto, había vivido ocasiones más agradables, como un campo de batalla después de la masacre o un poblado recién incendiado. El enorme cerritano no comprendía cómo los cabreros eran capaces de sobrevivir en un sitio así. Tampoco entendía de dónde narices sacaban los poetas las oníricas descripciones de la campiña de La Forja. Quizá fueran imaginaciones.

Sacudió la desgredada cabeza. Tenía que ponerse en marcha, pero estaba sin fuerzas. Suspiró y observó alrededor. Tres guerras seguidas habían convertido las praderas en páramos, los bosques en necrópolis, los ríos en cloacas, los árboles en esqueletos y las peñas en afilados monumentos funerarios. A su parecer, el Orco debía ser un lugar más amable. Dichoso aquel que, libre de toda deuda, anduviese por los helados fuegos de los infiernos.

Por supuesto, Garcán sabía que buena parte de estas impresiones se debían a su lamentable estado físico y deplorable situación mental. Había sobrevivido de milagro a la emboscada de

una patrulla de atajadores, los invasores pálidos que tenían por oficio el asalto, la nocturnidad, la muerte y el silencio. La mayoría de sus compañeros de fatigas, nétai bien entrenados aunque algo trastornados, habían caído bajo los cuchillos enemigos. Los pocos que aún seguían vivos andaban, como él, perdidos en medio de la más absoluta nada.

Por un momento, Garcán meditó la seductora posibilidad de dejarse morir. Agotado, se sentó sobre una idílica peña y pasó revista a sus heridas de guerra. Un tajo en el hombro, los huesos del antebrazo astillados, un gigantesco cardenal en el muslo y un desgarrón en el costado. Había abandonado su pechera de bronce, las grebas y el yelmo, así como el destrozado escudo. Apenas podía acarrear, oso con fuerza de liebre, su falcata de hierro.

—Yo sí que estoy hecho un poema.

Se tumbó boca arriba y contó las nubes, aguardando una muerte rápida. Sin embargo, la muy pertinaz parecía no llegar. Se rascó la cabeza, contó más nubes, pensó en lo bien que le sentaría un guiso de conejo y algarrobas, caviló acerca de experiencias pasadas, posibles experiencias futuras, el olor de las truchas asadas y el sabor de la espesa cerveza con miel. Desesperado, hizo ademán de incorporarse, pero un abismal mareo le derrumbó.

Cuando despertó, las nubes todavía estaban allí. Y también había un extraño muchacho que,

con cara de pasmado, le estudiaba con sus ojos azules casi blancos.

—Me cago en mis...

El muchacho dio un respingo. Garcan palpó la peña en busca de su falcata, como una cría de ganso aleteando con desesperación. Cuando dio con el arma, el extraño ya se había alejado unos pasos con los ojos muy abiertos.

—¡Grf!

—Como siga haciendo esfuerzos se va a desangrar.

—¿Eh?

El muchacho, que vestía con la sencillez de un cabrero, se acercó un poco. Acarreaba un humilde morral y empuñaba un cayado. Su rostro era ovalado, femenino aunque tostado por el sol, y sus manos delicadas y pequeñas. Su voz era suave como una siringa y, aunque olía a cabra mojada, parecía un niño de ciudad disfrazado de pastor.

—¿Quién eres?— gruñó Garcan mientras se incorporaba.

—Me llamo Dafne y vivo aquí cerca. ¿Y usted?

—Puedes llamarme... Malaventura.

—Encantado de conocerle, señor...

—No soy ningún se...

Garcan vomitó un rugido y se acarició el tajo del hombro. Sangraba a borbotones. Unas ardientes palpitaciones le recorrieron todo el cuerpo.

—Si quiere, puedo ayudarle con eso. Tengo algunas hierbas curativas en mi chozo —señaló cerro abajo—. Está por allí, junto a una fuente casi seca.

—No es que rechace tu hospitalidad, pero... —Garcan apretó los dientes y se mareó—. ¿Seguro que eres de por aquí?

—No, señor. Soy de muy lejos, pero ahora vivo aquí.

—¿Solo?

—A veces.

Garcan arrugó el entrecejo, masculló una maldición y oteó el incierto horizonte de la noche

sin noche del verano elisio. No sabía si fiarse o no de aquel muchacho. Había oído siniestras historias de ninfas, sátiros y otras criaturas de la campiña que arrancaban el ánima a los moribundos mediante rituales siniestros.

—Si quiere, puedo contarle mi historia —dijo Dafne con su voz aflautada—. Pero antes deje que le ayude a caminar.

Por mucho que renegara de poetas y cantores, Garcan era un amante de las historias. Le hacían sentirse otro yo, cosa que necesitaba con urgencia. Además, porqué negarlo, estaba intriguado. Aquel extraño muchacho... Afiló los ojos como bestia herida y poco después sonrió. Si el asunto se torcía, siempre estaba a tiempo de aplastarle su delicado cráneo con la falcata.

Descendieron de la peña a paso corto, entre tibeos. El enorme cerritano caminaba encogido por el dolor, mientras que Dafne le dejaba apoyarse en su hombro. De pronto, el muchacho se detuvo, extrajo de su morral una zampoña de seis cañas enceradas y silbó una melodía de pajarillo. Un rebaño de cabras magras y enjutas, todas serranas, emergió entre las rocas y siguió a la extraña pareja.

Al fin, cuando Garcan se creía a punto de morir, llegaron junto a un pequeño chozo de granito y paja. El cerritano se desplomó sin más, desmadejado. Dafne sopló su zampoña y el rebaño se refugió en una pequeña majada de pasto reseco y espinos agostados. Después, encendió un fuego entre varias piedras, desapareció unos instantes y volvió con una marmita de barro llena de agua.

El cerritano observó sus movimientos suaves y armoniosos, delicados como los de una bailarina, mientras cavilaba acerca de la vida en soledad que debían llevar los pastores, expuestos a los sangrientos lobos, las asechanzas de los linceos y la constante presencia en los cielos de los enormes gyps. Por no hablar de los dioses y los mortales.

Dafne coció unas cortezas de sauce con manzanilla y regaliz. Después, sumergió un paño de lana en la marmita. Garcan le miró de reojo.

—Esto le va a doler.

—¡Bah!

Dafne pasó el paño por la herida abierta del hombro. Garcan mordió una raíz y vio las estrellas.

—Es agradable tener compañía, aunque sea de alguien tan tosco como usted.

—¡Grf!

—¿Le hago daño?

—¡Ug!

Callaron unos instantes. Dafne suspiró. Garcan contuvo una flatulencia.

—Los cabreros, cuando encontramos a alguien, nos entretenemos contando historias.

—Eso dicen —el bárbaro contuvo la respiración mientras el muchacho trasteaba en la herida—. ¿Cuál es la tuya? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Huyendo de hombres malvados. Pero déjeme empezar por el principio —hizo una pausa y estudió la carne abierta de Garcan—. Lo cierto es que no sé quiénes son mis padres ni dónde nació. Me abandonaron en un bosque siendo un recién nacido y, al parecer, una cabra me amantó hasta que una pareja de pastores me encontró. Se llamaban, pues fueron asesinados vilmente, Lamonte y Drián, dos varones cariñosos y amables. Me acogieron y me convirtieron en su hijo adoptivo. Jamás me faltó nada, ni tuve nada que reprocharles. Desde pequeño viví en la campiña, rodeado de cabras, perros, arroyos y pastizales. Crecí en el oficio y fui educado en el arte del canto y los misterios de la zampona por mis queridos padres. Nada extraordinario ocurrió hasta que conocí a Clodio.

»Era el hijo de un vaquero vecino. Su padre era un individuo grotesco y su madre una mujer de ambición desmedida, pero Clodio era especial. Sensible, tierno, de dulce voz y un talento maravilloso para tocar la siringa. Al poco de conocernos ya éramos inseparables. Pasábamos juntos los largos días del verano, él cuidando de mis cabras y yo de sus vacas, alegres, divertidos, entre juegos inocentes...

Dafne hizo una pausa, deglutió y apartó la mirada, medio avergonzado. Garcan gruñó.

—Un buen día, estábamos sentados bajo un manzano. El verano declinaba entre los cerros,

así que los frutos estaban maduros. Las cabras y las vacas pastaban alrededor, en paz consigo mismas y el mundo que las rodeaba. Para merendar, compartimos una sabrosa y húmeda manzana. Y fue en aquel momento, mientras Clodio acariciaba el fruto con sus labios, mientras sus dientes rozaban la piel y sus labios se inundaban del jugo, cuando supe que estaba perdido. Él me miró, sonrió, y sus ojos parecieron de fuego bajo el sol del atardecer. El ardor me llegó a las entrañas y se convirtió en dolor.

»Más tarde, nos bañamos desnudos en el arroyo y, por alguna razón, quise tocar su cuerpo. Jugamos con el agua, nos arrojamos barro y rodamos por la pradera. Jamás me había sentido tan extraño. Tan feliz y tan triste a la vez. Tan dolido y tan curado. Nos tendimos sobre la hierba para secarnos y Clodio quiso que hiciéramos música. El tocó mi siringa y yo la suya...

Garcan tosió y carraspeó, pero Dafne le ignoró y continuó su relato.

—No había nada más delicioso que los labios de Clodio sobre mi siringa. ¡Qué dulzura! ¡Qué sensaciones tan plácidas y maravillosas! Me creí perdido para siempre, hasta que llegó mi turno y pude besar la suya...

Garcan se removió inquieto y Dafne suspiró hasta vaciarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el muchacho.

—Pues no lo sé.

—Tengo aguja e hilo. ¿Quiere que le cosa la herida?

Garcan murmuró en dialecto cerritano y cabeceó afirmativamente. Dafne rebuscó en su morral y procedió con dedos suaves. El bárbaro apretó las mandíbulas mientras el muchacho, con inaudita delicadeza, juntaba la carne abierta y cosía. Garcan tuvo una náusea, pero tragó saliva para no vomitar. Cuando terminó de cerrar la herida, ambos suspiraron.

—¿Qué pasó con Clodio?

—Una tarde de verano estábamos bañándonos en una poza de aguas turquesas. Nos hacíamos aguadillas y nos tirábamos de los tobillos para divertirnos, hasta que Clodio dio una

bocanada de agua. Empezó a toser y asfixiarse, así que le saqué de la poza y le tendí en la pradera. Su rostro se volvió grana. Me asusté tanto que no supe cómo reaccionar, estaba horrorizado. Me senté sobre él y empujé su pecho con las manos, mientras gritaba su nombre. Él trataba de respirar y gemía, y me agarró los hombros, desesperado.

»En ese momento, apareció su padre entre unos tamariscos. Gritó enloquecido, corrió hasta nosotros, me pegó un bastonazo en la cabeza y se abalanzó sobre su hijo. Le dio unas terribles puñadas en el torso, hasta que Clodio vomitó y pudo respirar. Su padre, sin detenerse un momento, saltó sobre mí, me pateó, y reventó su cayado en mi espalda. Así estuvo, dándome una espantosa paliza, hasta que Clodio le pidió que parase. Todavía me duele de pensarlo. El vaquero me insultó, me llamó sátiro, perverso, asesino, demonio y otras cosas que prefiero no recordar.

Dafne se lamentó con una profundidad lastimosa. Garcan le arrebató el paño y le palmeó la espalda con poco tacto. El muchacho le devolvió una mirada agotada y pesarosa, cargada de una tristeza abrumadora.

—¿Por qué no calientas más agua, eh? —soltó Garcan. Dafne obedeció con mansedumbre. Mientras tanto, el cerritano se limpió la magulladura del costado haciendo unas muecas dignas de un cómico. Se volvieron a reunir junto al fuego.

—¿Qué ocurrió después?

—El vaquero agrupó a sus familiares, organizó un escándalo y después una correría. Acusaron a mis queridos padres de pervertidos, criminales y otras cosas espantosas. Quemaron nuestro chozo y los lapidaron delante de mí. Después, me dieron estacazos, me apedrearon y me ataron a un pino. Dos días más tarde, me vendieron como esclavo a un patricio de ciudad que pasaba por allí. Creí que jamás volvería a ver a Clodio. Todavía sueño con él, con su olor, el tacto de su piel y su dulce siringa...

»El patricio se llamaba Doguno, un riquísimo potentado de la capital de mi isla. Pasé casi dos ciclos en su mansión, dónde serví como mozo de alcoba. Allí aprendí sobre el canto de las ciu-

dades, la danza de las fiestas tagoideas, rudimentos de cocina y cierta clase de habilidades reservadas para la intimidad. Pero todo era muy triste, completamente falso y carente de luz. Sin Clodio yo no era nada ni nadie, mi existencia carecía de sentido. Los días sin día del invierno se fueron tan dolorosamente como las noches sin noche del verano.

»Cierta ocasión, con motivo de las tagoideas mayores, mi amo me envió a elegir el vino con el que regaría la primera noche de fiesta. Obedecí y fui al mercado. Mas la sorpresa fue mayúscula cuando, en el corral del ganado, creí ver a Clodio. El corazón me reventaba el pecho, pero estaba asustado de que él me viera así, vestido como mozo de alcoba, cubierto de perfumes y afeites. Así que me escondí y le seguí por el mercado, ardiendo como una tea. Finalmente, desembocamos en el puerto, donde se reúne la peor gente de la ciudad.

»Una vez allí, en medio de la muchedumbre, le perdí de vista. Sentí una angustia horrible y empecé a correr de un lado a otro, gritando y llorando. De pronto, unas manos fuertes agarraron mi cintura, me alzaron en volandas y oí que me llamaban muñeca de trapo. Me debatí, peleé y mordí, pero me golpearon en la cabeza y caí en un abismo de oscuridad.

Dafne cerró los ojos y calló unos instantes, mientras se llenaba de aire. Garcan le estudió con precaución, dudando entre creerle o echarse a reír ante sus patéticas desgracias. Sin embargo, por algún motivo, permaneció también en silencio.

—Así fue como acabé en manos de unos piratas tarsienos. No pasé demasiado tiempo entre tan horribles hombres, que se servían de mi cuerpo cuando creían conveniente y, cuando no, me ataban a un banco de remo. Por fortuna, una tormenta nos arrojó hacia la costa y el birreme se estrelló contra unas rocas. Casi todos los piratas murieron ahogados. Yo me salvé de milagro, aunque a veces pienso en que la muerte habría sido menor castigo.

»De esta manera aparecí en las costas de La Forja, por donde vagué hambriento y enfermizo. Sobrevivía a base de raíces y frutos silvestres, en ocasiones comía cangrejos crudos y,

otras veces, los peces que llegaban muertos a las playas. Pero no me sentía bien tan cerca del infinito Zalassa, así que me interné a lo largo de un valle. A menudo pensaba en Clodio, dónde estaría, qué comería, cómo se sentiría... Aunque eso no me consolaba.

»Finalmente, llegué a una aldea de pastores, donde me acogieron pese a mi acento extranjero. Me alimentaron, me vistieron y, tras comprobar que tenía buena mano con las cabras, me ofrecieron cuidar de un rebaño. Y así es mi vida ahora.

Garcan miró de reojo a Dafne. El muchacho se había ensimismado y perdido en ensoñaciones. Se quedaron un buen rato en silencio. El cerritino terminó de limpiarse las heridas, agotado, y su estómago rugió como lince hambriento.

—Me queda algo de queso —dijo Dafne, que le tendió un pedazo reseco—. Si quiere, puede pasar la noche en mi chozo, hasta que se encuentre mejor.

Garcan engulló el trozo con ansiedad y, con la boca llena, farfulló: «grafias, eftá muy fueno». Dafne sonrió, echó un rápido un vistazo al rebaño y se contentó con mascar un poco de goma de lentisco con hojas de menta. Sus ojos, a pesar de todo, seguían siendo tristes como el lamento de una madre.

—¿Y usted? ¿Cómo llegó a este estado tan... precario?

—Cofaz de da fiza.

Garcan tragó el queso, bebió un poco de agua caliente y se limpió la enmarañada barba con el dorso de la mano. Repitió: «cosas de la vida». Dafne pareció decepcionado, así que el gigantesco bárbaro chascó la lengua y se aclaró la garganta.

—No soy muy bueno contando historias y, con lo que has vivido, no creo que te interese.

—¡Oh, se equivoca! Me encantan los relatos de batallas y los poemas guerreros, género que aprendí cuando servía en el palacio del patricio —hizo una pausa—. Sepa usted que las gentes de ciudad adoran las historias de pastores, de guerras y viajes porque así endulzan su amarga existencia, así se sobreponen a los sinsabores

de su tediosa y aburrida vida. Es como si, escuchando esos cuentos, se convirtieran en pastores, bravos o aventureros. A mí, como a otros cabreros, me ocurre algo parecido. Las historias de guerreros y aventuras, me chiflan, pero los cantos de pastores nos terminan aburriendo. Me refiero a los falsos cantos, esos que componen los poetas de ciudad cuando se dan un paseo por los parques. Estas historias nos parecen falsas e idílicas, y bastante campiña tenemos como para que vengan los señoritos de ciudad a cantarnos sobre ella. Pero, en fin, cuénteme, si es tan amable, ¿cómo llegó hasta aquí?

—Bueno... No es fácil de explicar.

—Le escucho, y sepa que soy paciente.

Garcan negó con la cabeza, paladeó el último resto de queso que se había quedado entre sus muelas y se rascó la nuca. Un macho cabrío berró a lo lejos y, poco después, el eco de un aullido lejano le inquietó. Tomó aire, estudió los apagados ojos del muchacho y arrancó.

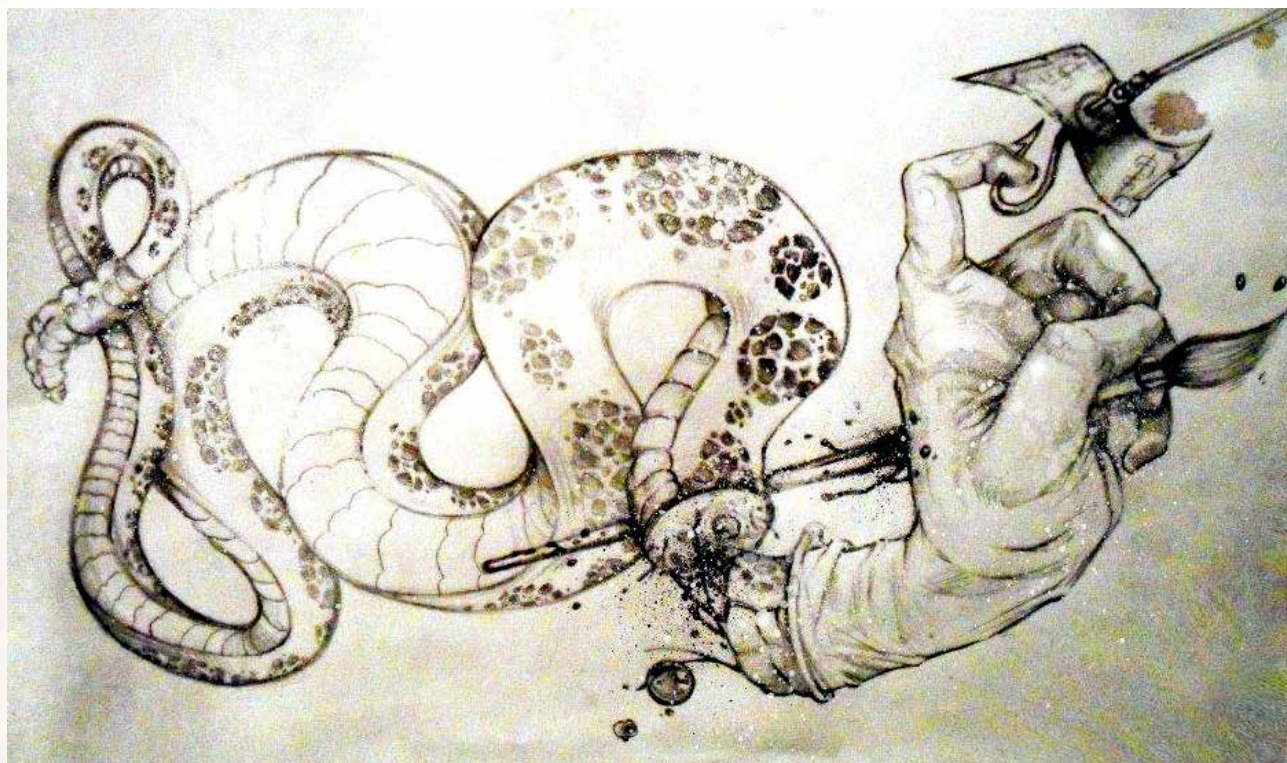
—Todo empezó con una melopea...

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a G. Escribano en su ["glob"](#).

Imaginarium

Andrea Llorente, ilustración



La crudeza siempre es sinónimo de autenticidad. Para bien o para mal, cuando algo se nos presenta de forma directa y sin añadidos nos topamos ante su última esencia y la verdad más impactante.

Este mes os presentamos las ilustraciones de Andrea Llorente, una obra en la que esa crudeza es completamente positiva y asombrosa.

Andrea nos cede dibujos directos que no necesitan parafernalia alguna para transmitirnos que son una historia por sí mismos. Imágenes cargadas de simbolismos, de fuerza, de hermosa violencia; sin complejos, sin medias tintas, como un puñetazo artístico que nos saca de la fantasía edulcorada para arrojarnos a la crudeza de lo instintivo, tan inquietante como sublime.

Y es que cuando nos paramos frente a una de sus ilustraciones no podemos sino preguntarnos qué es lo que se oculta en la más profunda de nuestras capas inconscientes y primitivas que nos hace sentir fascinación por estos sangrientos mensajes tan magistralmente plasmados en trazos certeros.

Si algo se puede destacar de sus obras es sin duda la contundencia. Nos recuerdan a esas ilustraciones tan admiradas y queridas por nosotros de las revistas e historias de terror de hace tantas y tantas décadas. A esos cómics «creepy» de relatos violentos de ultratumba, monstruosos y fantásticos.

Sin duda son imágenes evocadoras.

Y, como a menudo es habitual, estas imágenes surgen cuando nadie se lo espera, y dónde nadie se lo espera.

La inspiración apareció en Andrea de su propio interior, por sus propios medios y, al igual que sus dibujos, sin necesidad de añadidos, estudios artísticos o pautas marcadas.

Una libertad que es palpable en sus obras y que es de agradecer en estos mundos de cadenas dónde la inspiración pretende ser invocada, o comprada.

Es ese puñetazo artístico que comentábamos el que rompe con todo ello para hacer pedazos las normas y darnos una lección que hemos olvidado en gran medida:

El arte es libertad.



También que la violencia, lo macabro, y aun la propia muerte pueden ser arte.

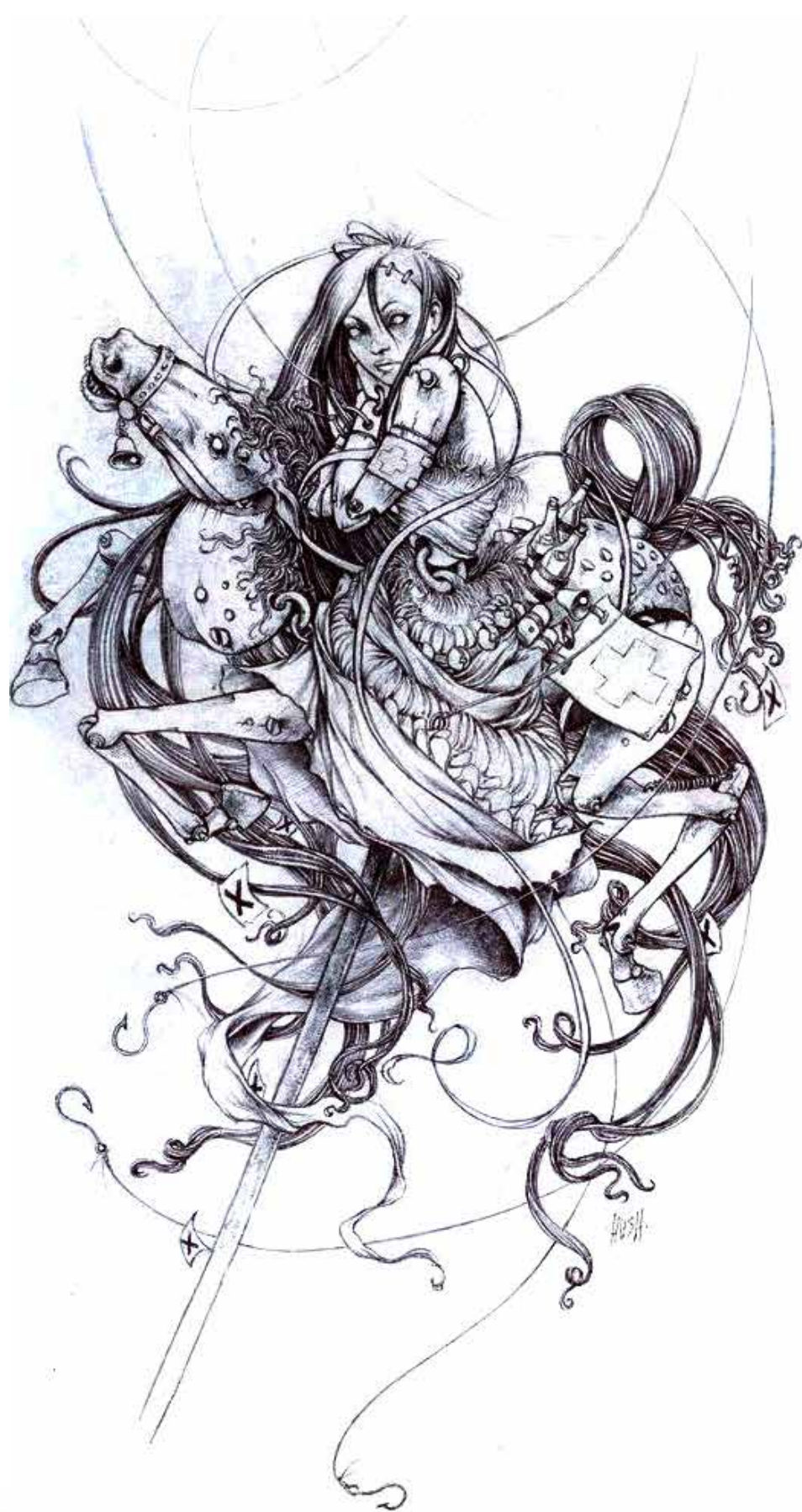
Eso es así. Y aunque nosotros lo hayamos ignorado, aunque no lo queramos aceptar, siempre estará aguardando esa inconsciencia interior nuestra para susurrárnoslo.

Y siempre estarán ahí las ilustraciones de Andrea para hacernos escuchar esos susurros.



Diego Bober.

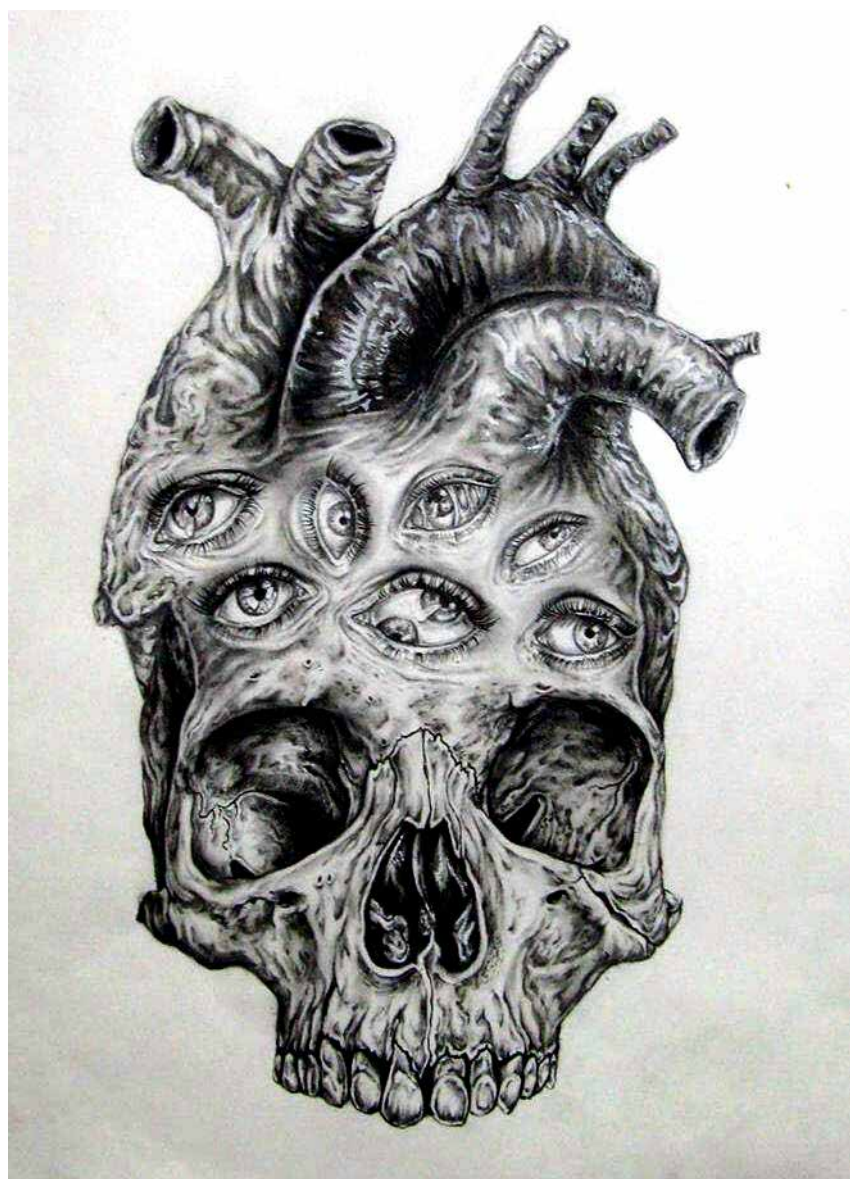
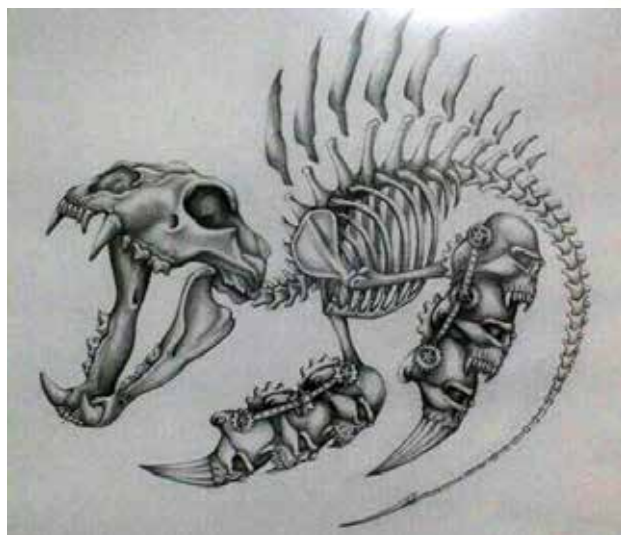
Puedes seguir a Andrea Llorente en su [blog](#).













El bosque de la lluvia

Relato de fantasía y horror por Virginia S.V. Riesco

Uno

Lucía recorrió la puerta del vagón y buscó los asientos con detenimiento mientras cargaba con la pesada maleta que su madre le había preparado a conciencia la tarde anterior. El traqueteo del tren en marcha enmudecía el sonido de los ruedines al chocarse contra los sillones. Los pasajeros que ya estaban acomodados la miraban de soslayo mientras ella desencajaba las ruedas y continuaba atravesando el estrecho pasillo. Su madre la seguía de cerca con la mirada fija en los billetes de viaje asegurándose de que estaban buscando los asientos en el lugar idóneo. Finalmente, Lucía se detuvo junto a la fila número veintisiete, y esperó a que ella la alcanzase y verificara que eran los correctos.

Se asomó con impaciencia a la pequeña ventanilla situada a su derecha con intención de despedirse de todas aquellas personas que se habían quedado en la estación. Las vías rodeadas de edificios se alejaban de la ciudad y comenzaban a penetrar al campo recién segado. Daba la impresión de que éste iba a protagonizar todo el trayecto de camino a las afueras. Lucía acercó su cara hacia el cristal para poder seguir viendo a aquellas personas que cada vez se hacían más pequeñas, y les dedicó un alegre saludo de despedida.

El monótono color pardo del paisaje no tardó en aburrirle y volvió la mirada hacia el interior curioseando todos los utensilios que le estuvieran a su alcance. Su madre se retiró las gafas de sol en cuanto ella rescató de debajo de su asiento una guía de códigos con todos los menús que servían en el vagón restaurante.

—Deja eso, —le regañó entre dientes arrebatán-

dole aquel preciado descubrimiento —y haz el favor de comportarte, no quiero que nos llamen la atención.

—¿Va a ser muy largo el viaje? —preguntó ella con una voz tímida propia de los nueve años.

—No demasiado largo. La granja de tus abuelos está más cerca de lo que recuerdas.

—Yo no recuerdo nada de eso.

Su madre dejó escapar un suspiro mientras guardaba la guía debajo de su asiento. Después se puso las gafas y bajó el tono de voz preocupada porque los demás pasajeros pudieran molestar:

—No te acordarás porque la última vez que fuimos con papá aún eras muy pequeña. —Lucía atendió —La abuela Marina tiene gallinas y patos, —le contó su madre —y el abuelo Guillermo seguramente pasará todo el día en el campo, así que tendrás que ayudar a la abuela en todo lo que puedas. Ella ya está mayor y no quiero que seas una carga.

—Pero yo no quiero quedarme allí sola —Lucía volvió a dejar salir las lágrimas, como hacía cada vez que hablaban del tema.

—No tengo otro sitio donde dejarte, mi vida, y no puedo llevarte conmigo. Sabes que lo haría si pudiera.

La niña torció el gesto no muy conforme con su razonamiento.

—Puedo quedarme en casa —regateó.

Su madre apoyó la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos detrás de las lentes dando por terminada la discusión. Le dolía en el alma tener que dejar a su hija durante tres meses en aquella

granja. Sabía que la pequeña se había acomodado al nivel de vida que le ofrecía la ciudad y nunca antes se había quedado sola en ningún sitio. Tampoco tenía demasiado claro el día a día que viviría Lucía.

Soraya sospechaba que ella pasaría la mañana completamente sola, rodeada de aves y campo abierto, sin ningún tipo de vigilancia y sin otros niños con quienes jugar. Pero no tenía más remedio que hacerlo. La oferta de trabajo había mermado en los últimos meses y, desde que su marido había fallecido, le resultaba tremendamente difícil seguir costeadando las competiciones de natación, los colegios privados y las facturas de ambas casas. Por lo que se había visto obligada a vender el piso de la costa y buscar trabajo fuera del país durante el periodo de verano. Si le pagaban bien, para el curso siguiente podría seguir llevando a su hija a las clases de gimnasia acuática que tanto le gustaban.

Se secó los ojos por detrás de las gafas antes de que las lágrimas llegaran a sus mejillas. Lucía dormía apoyada sobre la ventanilla con el calor del sol rozándole los párpados. Soraya alargó el brazo y bajó con dificultad la persiana de tela ensombreciendo aquella zona del vagón.

Mientras que los demás pasajeros roncaban y hablaban entre ellos ignorando la película que se estaba emitiendo, ella no dejaba de pensar en cómo había cambiado su vida desde que Juan se había marchado. Jamás había hablado de aquel accidente con su hija, pero sospechaba que ella echaba de menos tener un padre. Quizá aquella temporada lejos de la ciudad y en contacto con la naturaleza le ayudaba a tomarse mejor la noticia que pensaba darle cuando regresara de Francia. Todavía no le había hablado de Víctor.

Dos

El calor del Sol de mediodía abrasaba el suelo por el que caminaban haciendo que el sendero se hiciera interminable. Soraya cargaba con ambas maletas, una a su espalda y otra arrastrándose por el suelo, mientras que Lucía la precedía unos pasos más adelante describiéndole todo cuanto veía. Parecía que se había equivocado al pensar que su hija pudiera aborrecer el campo. Cuando

concluyeron la empinada cuesta y llegaron a la cima de la colina, Lucía contempló una pequeña casa de madera y roca tallada en cal, bordeada por una pequeña verja blanca propia de los cuentos de hadas. Soraya se situó a su izquierda tomando aire fresco mientras contemplaba el paisaje.

—¿No te parece hermoso?

—Está todo muy tranquilo —observó la niña, que jamás había visto más senda que el jardín que rodeaba su edificio.

—Esa es la magia del campo. Aquí todo es más silencioso y placentero. Hay momentos en los que sientes que el tiempo se detiene y no existe nada más.

Lucía contempló a su madre con una mueca de extrañeza. Nunca la había visto con una expresión de calma similar a esa.

Descendieron con cuidado de no caerse rodando por la pradera. Lucía comprobó desde lejos cómo salía de aquella casa una mujer bajita y rechoncha vestida con un delantal azul de flores y unas botas de montaña manchadas de barro y heno. Su madre pareció cambiar de actitud cuando la anciana les tomó alcance. Ésta se abalanzó contra Soraya y la colmó de besos y halagos, mientras Lucía sujetaba las dos maletas atónita ante tanto entusiasmo.

—¡Cuánto tiempo sin verte, vida mía! ¡Cuánto tiempo sin veros! —exclamaba aquella mujer abrazándola—. La última vez que viniste estaba todavía mi querido Juan con nosotros, y traías contigo a una niña muy lozana en brazos.

—Abuela Marina, creo que ya conoces a mi hija Lucía —le presentó apartándose de aquella seboza mujer mientras señalaba a su hija.

—¡Oh, claro que me acuerdo! —dijo ella y se detuvo unos segundos para contemplarla—. Tienes la melena morena y la tez de tu madre, pequeña. Pero esos ojos... esa mirada turquesa es de mi Juan, no cabe duda que eres hija de tu padre. ¡Dame un beso, demonios! —la abuela Marina agarró con fuerza el brazo de Lucía y tiró de ella hacia sí estampándole dos sonoros besos en ambas mejillas—. Estaréis cansadas, —dedujo con desparpajo mientras se limpiaba las manos en el

delantal —déjame que os prepare un té mientras os termináis de acomodar.

—Lo cierto, Marina, —le interrumpió Soraya — es que mi vuelo sale a las cinco en punto y he de marcharme enseguida. Nos hemos retrasado de camino hacia aquí.

Lucía miró con desesperación a su madre esperando que aquel comentario fuera otra broma de las suyas, pero su rostro parecía estar hablando muy en serio. No podía creer que fuera a dejarla sola con aquella señora nada más llegar.

—Es una lástima, querida. Tanto tiempo sin vernos... ¡Quédate un rato, aunque sea, y te preparo un *piscolabis* para el vuelo! —insistió.

—No puedo, Marina, de verdad. Debo marcharme ya.

Soraya se incorporó y le dio un largo abrazo a su hija.

—Ha sido un placer volver a verte, Marina, dale recuerdos a Guillermo de mi parte.

Y dicho esto acarició con cariño el mentón de la pequeña, le dio un beso en la frente que parecía decir “pórtate bien”, y se dio media vuelta caminando con paso sereno por el sendero sin volver la vista atrás.

Marina se quedó unos minutos observando a su recién recuperada nieta, mientras ésta veía cómo su madre se alejaba por el campo, ignorando las ganas que tenía de echarse a llorar. Se agachó junto a ella y alzó la maleta que aparentaba pesar más mientras sujetaba la otra con una mano.

—Vamos, niña, no querrás quedarte aquí durante todo el día —apresuró —te acabarán pican-do los mosquitos.

Después se dirigió hacia la casa meneando sus anchas caderas y cargando con el equipaje. Lucía miró en derredor aterrada por la idea de estar rodeada de insectos asquerosos que pudieran posársele encima. De pronto, comprobó que se había quedado sola y corrió en pos de su abuela refugiándose finalmente en la casa donde su padre había pasado su niñez. La mujer se acercó al reposador y colocó la maleta grande a sus pies y la otra encima. Después se asomó al patio de la cocina y se dispuso a coger el cubo de las galli-

nas para alimentarlas sin indicarle nada más a la niña. Lucía se acercó al gallinero buscando algo con lo que ayudarle, tal y como le había prometido a su madre.

—¿Qué haces, niña? —le preguntó ella desde la otra punta del patio cuando le vio alcanzando un saco de trigo.

—Ayudarte, abuela.

—No es necesario. Ponte a jugar con lo que quieras.

Lucía vio cómo las gallinas empezaban a ro-dear a su abuela cuando ésta recogía el grano del cubo y lo esparcía por el suelo, y sintió cómo le recorría un escalofrío por la espalda. Temía enormemente los picos afilados de aquellas aves que siempre parecían querer alcanzarle los ojos. Bajó la mirada y descubrió a más de tres galli-nas esperando ansiosas a que les tirara el puñado de comida que aún mantenía en su mano. Dejó escapar un grito y lanzó el trigo con todas sus fuerzas, como si de un palo se tratase, haciendo que las aves saltaran en el aire y corrieran alborotadas. Su abuela levantó la cabeza alarmada y la miró con un gesto de desaprobación.

—Este no es lugar para alguien con ornitofobia, niña. Ya me comentó tu madre que no eras muy amiga de los pájaros —le reprochó con tono dulce.

Pero Lucía pudo atisbar en su voz cierta des-conformidad con su presencia en la granja. Quizás no había sido buena idea ayudarle con las tareas. Ya quería marcharse de ahí.

—Si quieres echarme una mano, —continuó su abuela —vete a la cocina y prepara la cena.

—No sé cocinar.

—Entonces será mejor que esperes a que regrese tu abuelo. Haz lo que quieras mientras tanto.

Lucía abandonó el patio esquivando a los patos que se acercaban hambrientos hacia su abuela. No quería que aquella mujer que tanto parecía quererla pensara que era una inútil y una cobarde. Pero por más que intentaba ser positiva, no dejaba de pensar que el verano se le iba a hacer demasiado largo.

Tres

A la mañana siguiente, Lucía se despertó temprano. Su abuelo se había marchado de vuelta al campo con las primeras luces del alba y apenas había mantenido conversación con él. Durante la cena, los tres habían permanecido callados saboreando los huevos que había cocinado Marina, mientras ésta interrumpía el silencio de vez en cuando con algún incómodo comentario sobre la llegada de la pequeña.

Bajó las escaleras. Su abuela se encontraba en la parte posterior de la casa acondicionando el huerto. Ella permaneció en la puerta sintiéndose demasiado cohibida como para saludarle.

—¿Qué tal has dormido, niña? —le preguntó dándole la espalda.

—Bien —mintió.

La cama le parecía demasiado alta y dura, apenas había podido descansar. Su abuela se giró hacia ella.

—Supongo que pensarás que aquí te vas a aburrir, y que no hay nada divertido —adivinó con una gran sonrisa. Lucía asintió tímidamente—. Puedes coger mi *bici* y explorar por el campo. Un poco más abajo está la granja de José. Tiene dos hijos de tu misma edad, podrás jugar con ellos.

Lucía abrió los ojos sorprendida por aquella noticia, no esperaba que hubiera niños por allí. Sin esperar a que su abuela terminara de darle instrucciones, fue corriendo hacia la parte delantera de la casa, donde recordaba haber visto una bicicleta, y la montó ladera abajo.

Le sorprendió el encontronazo del viento cuando se incorporó sobre el manillar, como si quisiera lanzarse por encima de él. El vehículo rojo y oxidado se tambaleó durante unos instantes, pero Lucía retomó rápidamente el control y siguió avanzando. Más adelante pudo atisbar el tejado de otra pequeña granja. Se acercó todo cuanto pudo, hasta que los sabuesos le empezaron a ladrar. Frenó en seco y echó un vistazo desde lejos. Ahí no parecía haber ningún muchacho. Siguió bordeando la verja ignorando a los canes que la seguían desde el interior y se lanzaban contra la valla. Quizás su abuela se hubiera equivocado, o aquella no fuera la granja a la que

se refería. Se detuvo un momento tanteando la posibilidad de regresar antes de que los perros consiguieran saltar su obstáculo, cuando escuchó a lo lejos unos juegos infantiles.

Con el corazón acelerado, empujó la bicicleta fuera del barro y pedaleó hacia la dirección de la que procedían aquellas voces. Los gritos pertenecían a dos jóvenes muchachos que conducían una pequeña segadora mientras se arrojaban piedras el uno al otro. Lucía les observó durante unos minutos maldiciendo a su abuela por no haberse percatado de que eran tres o cuatro años mayores que ella. Finalmente, el que estaba corriendo la descubrió y la saludó tapándose del Sol con la otra mano. Cuando ella ya se estaba acercando hacia los dos hermanos con una sonrisa dibujada en la cara, el que conducía la maquinaria le gritó algo incomprendible. Lucía se detuvo con miedo en seco. Entonces el muchacho repitió:

—¿¡Quién eres!?

—La nieta de Guillermo —contestó ella convencida de que aquello sería suficiente.

—¿Qué quieres? —preguntó el otro.

—Vengo a jugar con vosotros.

—¡No queremos chicas! —le gritó el de la segadora, el más mayor, sin darle tiempo a que terminara de hablar.

Lucía se quedó paralizada, no había contado con ello. Los muchachos retomaron la persecución ahogando el silencio del campo con sus gritos y el ruido del motor. Ella se dejó caer sobre la hierba observando cómo jugaban y rezando porque su abuela no tardase en venir a buscarla.

Entonces, al cabo de unos minutos, el menor de los dos hermanos agarró una piedra del suelo y se la lanzó al otro acertándole de pleno en el hombro. Éste frenó bruscamente el vehículo y se bajó de un salto. Lucía pudo distinguir cómo el pequeño empezaba a temblar e intentaba calmar al otro, intuyendo lo que iba a ocurrirle a continuación. El mayor cogió un palo y lo sacudió con fuerza, pero el pequeño ya había echado a correr hacia el bosque y apenas pudo rozarle la rabadilla. Lucía, que no quería perderse detalle, les siguió montada en su *bici*. Ambos se persiguieron entre risas y gritos hasta que llegaron a

un estanque. En ese momento, el mayor agarró una piedra rosada que se le había caído al otro durante la huida y la sostuvo cuidadosamente entre sus dedos dejando que la contemplara.

—¿Q-qué vas a hacer? —preguntó el pequeño palpándose los bolsillos con incredulidad.

—Tienes dos opciones, hermanito —le explicó lanzando la piedra al aire y recogiénola después—. O bien te quedas quieto y dejas que te golpee en esa cabezota que tienes, o te apartas y pierdes tu valiosa piedra en el fondo del estanque. Elige.

—¡No seas así, Joel, la piedra no, por favor! ¡Era una broma! —el pequeño, que de cerca aparentaba tan solo diez años, se arrodilló suplicando con los ojos llorosos mientras escuchaba cómo Joel hacía la cuenta atrás.

—¡Tres! —finalizó él y apuntó a la frente del niño, quien, en un acto reflejo, se arrojó al suelo y apretó los dientes al escuchar el sordo chapoteo de la piedra al sumergirse.

Joel estalló en carcajadas y huyó a toda prisa cuando vio que su hermano se incorporaba dispuesto a abalanzarse sobre él. Ambos sortearon a Lucía y su bicicleta, y ascendieron la colina del estanque esquivando los árboles y tropezando de vez en cuando. Ella no pudo evitar sonreír al contemplar la relación que tenían aquellos chicos. Echaba de menos a sus compañeros del colegio. No iba a poder aguantar estar tres meses sola, tenía que hacer lo que fuera porque se hicieran sus amigos, aunque fuera jugando a tirarse piedras.

—¡Eso es! —exclamó emocionada con su idea, y acto seguido se acercó al estanque.

Estaba convencida de que si se sumergía y encontraba la piedra, Joel y su hermano se sorprenderían tanto por su habilidad y valentía que querrían jugar con ella. El agua no parecía ser demasiado profunda y ella era una experta en natación, la mejor de toda su clase. Se asomó con cuidado intentando distinguir el color rosado de la roca en el fondo, pero tan solo podía ver su propio rostro infantil y asustando mirándole desde dentro.

Entonces, algo llamó su atención. Sus ojos, que apenas se distinguían con el reflejo del cielo azul, dejaron de estar difuminados por el movimiento del agua, y comenzaron a resaltarse bajo la superficie. Y su piel, rosada por el Sol, se tornó escamosa, como la de un pez. Parpadeó un par de veces y se fijó detenidamente: su cuerpo y su pelo estaban cambiando. Era ella, era su reflejo, pero parecía que la estuviera contemplando desde dentro. En ese momento, cuando ella hizo el amago de levantarse, su propia imagen salió despedida del agua, como si de una bestia marina se tratase, y la sujetó por los hombros sobresaltándola. Lucía trató de gritar aterrada, pero aquella criatura la arrastraba hacia las profundidades sin piedad. Intentó con todas sus fuerzas contrarrestar el amarre nadando hacia arriba, pero el pánico le impedía coordinar sus movimientos. Mientras, ésta le aprisionaba el tobillo y la sumergía cada vez más hondo. Abrió los ojos bajo el agua angustiada por no poderse liberar. El oxígeno se acababa, y la luz que llegaba del exterior se encontraba cada vez más lejos y cada vez alumbraba un poco menos... hasta que se apagó.

Cuatro

Lucía abrió los ojos sintiendo un fuerte dolor en los pulmones y en la sien. Arrugó la frente molesta por la pesadez que sentía en el resto del cuerpo. Se incorporó sobre el suelo, mientras los recuerdos regresaban a su mente difuminados como en un mal sueño. Todo a su alrededor le daba vueltas. No sabía dónde estaba ni qué había ocurrido. Parecía que se encontraba en el valle del estanque, pero era diferente a cómo lo recordaba.

Se puso en pie sin ninguna dificultad, sin sentir que su cuerpo pesara un gramo. La superficie se encontraba arenosa, sin ningún atisbo de hierba; y el estanque, el lugar donde debería estar el agua, había desaparecido. En su lugar tan solo había más tierra roja y piedras. Lucía frunció el ceño. No entendía qué estaba pasando ni cómo hacer para regresar a casa. Ya había vivido demasiadas aventuras en una sola mañana. Miró a su espalda. Estaba rodeada de frondosos árboles que se agitaban acompañando a un viento invisible, impalpable. Tomó aire con intención

de calmarse, pero comenzó a toser de forma descontrolada sin ser capaz de cesar. Algo se acercó por su espalda y le posó las manos sobre los hombros. Durante un segundo, Lucía se sintió aliviada, seguro que se trataba su abuela que había venido a buscarla.

—Aguanta la respiración —le ordenó una voz burbujeante.

Se quedó tan paralizada que no pudo volver a toser. Se giró sobre sí misma y descubrió un pez antropomorfo que seguía sujetándole los hombros con sus manos escamosas. Aquella criatura le miraba con un atisbo de compasión, como si lamentara haberla encontrado ahí. Su cuerpo era infantil y femenino, y parecía estar compuesto por una mitad inferior de animal marino y otra de persona. Lucía le devolvió la mirada descubriendo en su rostro sus mismos rasgos. Aquella niña era exactamente igual que ella. Se sentía como si se estuviera contemplando en un espejo.

Esa inocente reflexión derivó en una serie de imágenes que atormentaron su mente durante unos segundos. La pequeña se llevó las manos a la frente confundida por todo lo que estaba reviviendo.

—El estanque —musitó pero la sirena le tapó los labios.

—Ahora estás a salvo —le respondió sin más, y comenzó a flotar propulsándose con su aleta de plata.

De lejos parecía un auténtico delfín. Lucía la siguió a pie, mientras ella nadaba por el aire. La sirena se acercó a los árboles que las rodeaban con intención de atravesarlos. Lucía, en cambio, se detuvo. Aquellas plantas estaban formadas por chorros verdosos que se elevaban hacia el cielo y se fusionaban entre ellos.

—Este es El bosque de la lluvia —le explicó—. Tenemos que entrar.

—¿Regresamos a casa? —preguntó ella. Pero la sirena continuó nadando sin contestarle.

Junto a los árboles, Lucía pudo distinguir el sonido del agua corriente manando de sus raíces y deslizándose dentro de sus ramas transparentes. De vez en cuando, algunos de ellos expulsaban

pequeñas burbujas de aire que se quedaban flotando entre las hojas. Lucía se apartó gritando cuando el árbol que estaba a su izquierda la ametralló con aquellas semillas de oxígeno. La sirena acudió enseguida y se interpuso entre ambos.

—No tienes nada que temer. Es comida —le explicó, y acto seguido cogió una de ellas con ambas manos y llevándosela a la boca le propinó un buen bocado.

Lucía asintió con timidez y eligió una de las que flotaban delante de ella. La olisqueó antes de saborearla. A pesar de lo que había supuesto, aquella curiosa merienda tenía un sabor dulce y a la vez amargo, parecía jugoso pero tenía un tacto seco.

—Está bueno —corroboró.

—Me alegra que te guste —le sonrió su nueva amiga, y atravesó sin avisar la corriente de ramas que formaban aquel curioso bosque. Lucía la siguió de cerca.

El interior no era como había pensado. La luz escaseaba y apenas podía avanzar andando debido a la fuerte presión que ejercían las corrientes de agua sobre ella.

—¿Por qué le llaman El bosque de la lluvia? —preguntó.

—Porque siempre está lloviendo.

—Mi madre dice que no puede llover para siempre, que en algún momento tiene que salir el Sol —contestó. La sirena continuó nadando más aprisa—. ¿Vas a explicarme cómo llegar a casa?

A Lucía le gustaba aquel paisaje, era algo que pensaba contarles a sus amigos cuando regresara, y le agradaba la compañía de aquella criatura, pero deseaba con todas sus fuerzas volver a la granja. Encontrarse en un lugar conocido.

—Oh, vamos, acabas de llegar. Vamos a jugar un poco —le pidió ella con un siniestro brillo en los ojos.

Pero ambas se detuvieron unos metros más adelante, cuando vislumbraron una sombra oscura que se aproximaba. Lucía se quedó paralizada. Parecía tratarse de un pez enorme. La sirena retrocedió unos pasos y masculló algo entre

dientes, pero la sombra les alcanzó antes de que pudieran reaccionar.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó una voz ronca y fuerte.

—Es una humana —contestó la sirena a un cuerpo barbudo y varonil que flotaba delante de ellas.

—Esta humana no debería estar aquí todavía. ¿Qué es lo que le has hecho? —le regañó.

—Estaba jugando cerca de la superficie, y la vi asomarse. ¡Es increíblemente parecida a mí, padre! Y yo solo quería una amiga —relató con una mezcla de entusiasmo y temor.

—Pero no había llegado su momento —insistió él. Lucía les escuchó hablar con el corazón en un puño—. Su familia lleva días destrozada llorándole al estanque. Mira.

Ambas alzaron la vista hacia el cielo y contemplaron a sus abuelos desolados junto a la orilla. Su madre les acompañaba completamente entristecida junto a un hombre al que Lucía no había visto nunca.

—Mi querida niña, mi princesa —repetía Soraya sin secarse las lágrimas mientras los guardias rastreaban la zona. Su voz sonaba lejana, artificial.

—José nos dijo que había visto a una niña en bici bajando por la ladera. Los últimos que la vieron aquí fueron sus hijos —volvió a repetir la abuela Marina al policía con un sentimiento de culpabilidad amarrado a su voz.

Lucía les observó sin dar crédito a lo que estaba oyendo. Se sentía prisionera de una pesadilla.

—¡Déjame salir de aquí! —le ordenó a la sirena.

Ella se acercó lentamente y le cogió la mano. Cuando la retiró, Lucía vio un objeto rosado que se le antojó muy familiar.

—No puedes marcharte —escuchó que le decía la criatura —ahora eres para mí. Estaremos siempre juntas. Siembre bajo la lluvia de cristal...

Entonces, Lucía se echó a llorar y trató de nadar hacia la superficie. Pero una fuerza invisible la mantenía adherida al fondo. Alargó el brazo intentando rozar a su madre quien seguía gritando desconsolada:

—¡No debí dejarla aquí!

Ella la llamó con todas sus fuerzas, dejando escapar su voz, pero desde ahí arriba nadie podría oírle. Vio cómo un agente se acercaba a su madre y le decía que no habían encontrado nada en el agua, que continuarían buscando por el bosque. Ella le asintió de manera mecanizada, sin atreverse a comprender lo que estaba ocurriendo, y Lucía pudo intuir un último atisbo de esperanza en sus ojos, mientras aquel monstruo marino la sumergía cada vez más, ocultándola para siempre.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Virginia S.V. Riesco en su [blog](#).

SOMBRA



Un relato de misterio de Arthur Charlan

«La realidad no es otra cosa, que la capacidad que tienen de engañarse nuestros sentidos»

Albert Einstein

Hay quien dice, que todas las cosas y lugares tienen alma, otros dicen todo lo contrario, pero yo, no me atrevería a asegurar ni lo uno ni lo otro. Sobre todo cuando historias como las que les voy a contar pasan asiduamente entre nosotros.

No recuerdo con claridad cuándo empezó todo, pero fue hace mucho tiempo en algún remoto lugar de esta ciudad. La tensión y la agitación social era terrible e iba en aumento, un peligro inmenso reinaba en la ciudad, un peligro que solo podía ser atribuido a las sombras. Recuerdo que la gente andaba con la cara pálida, descentrada porque todo el mundo había perdido a un amigo, o a un ser querido, todos menos el famoso detective Larson Kane. Llevo investigando a este hombre hace muchísimo tiempo, siempre rodeado de frías corrientes de malos presagios, oscuro, solitario, de semblante apagado, pero firme y seguro de sí mismo. Nadie sabía quién era, pero todo el mundo lo conocía, allá donde iba dejaba a la gente muda de asombro, y esos hechos contribuían a difundir su fama. Pero a mí no me engañaba, algo estaba sucediendo con aquel hombre de mala sangre, y debía descubrirlo. Aunque nunca hablé con él, era como si lo conociera de siempre, como si pudiera explicar sus emanaciones intelectuales de alguna forma. Desde siempre había pensado que el pensamiento humano estaba de alguna manera interconectado, y eso mismo era lo que me estaba pasando aunque no pudiera explicarlo científicamente.

Aquella noche, final del otoño, las sombras se agazapaban entre los árboles que rodeaban la ciudad de Maine, presas del hambre, buscaban cualquier víctima que traspasara los muros de sus conciencias. Las desapariciones de varias personas durante los últimos meses eran continuas y aleatorias. Hasta el día de hoy, la jefatura de policía de la ciudad no tenía pistas sobre quién o quiénes estaban detrás de estas pobres almas. Desgraciadamente las desapariciones iban en aumento, y eso hacía que los habitantes de la ciudad empezaran a temer por sus vidas, acrecentando los rumores y el miedo, atraído por lo acaecido en otras ciudades del país. Y por si eso no fuera poco, los familiares de los desaparecidos se agolpaban día tras día frente a la comisaría, con pancartas, pidiendo aclaraciones. Si no se llegaba pronto a una solución, la alcaldía empezaría a tomar cartas en el asunto, y eso no gustaría a nadie. En un último esfuerzo por desentrañar el misterio que rodeaba a la ciudad, el departamento de policía a través del jefe Maison, contrató los servicios del detective Larson Kane, un hombre tan enigmático como inquietante, capaz de resolver cualquier problema en cualquier situación, por muy inverosímil que éste fuera. Larson Kane, no era lo que pudiéramos llamar una persona normal, con un gran influjo sobre los demás, más bien todo lo contrario, abstraído, disperso, serio, y poco sociable. Pero su sagacidad, y capacidad innata para resolver los casos habidos y por haber a lo largo de su carrera le hacían indispensable, al menos para las autoridades de Maine, quienes aseguraban que nadie más podía desentrañar las circunstancias extrañas que les rodeaban.

La ciudad había caído presa de una especie de visión aumentada, incluso yo mismo fui presa

de ese estado de posesión subjetiva de caos luminoso y sombrío. Más de una vez caí preso del estremecimiento de aquella ciudad y de sus ciudadanos, observando a mi alrededor bajo una visión caleidoscópica de lo que estaba sucediendo, pero al igual que captaba todos y cada uno de los detalles, perdía la noción del tiempo con el rostro descompuesto. Muchas veces me he preguntado si la humanidad reflexiona sobre hechos de esta naturaleza, y sobre el mundo oscuro que les rodea. Descubrí, que un pasado aturdidor se levantaba sobre Larson Kane como una lápida, pues en 1930 a la temprana edad de los quince años, fue ingresado en el hospital psiquiátrico de Gallagher, presa según un informe médico de esquizofrenia paranoide, y doble personalidad. Cuando alcanzo la edad adulta desapareció del psiquiátrico sin dejar rastro, y solo unas cuantas personas de la ciudad estaban al tanto de lo acaecido. Veinte años después, apareció cómo el "cazador de sombras" Al menos eso era lo que decía su tarjeta de presentación. Hasta su llegada, nadie había diseccionado con tanta precisión la oscuridad que rodeaba la ciudad, era un hombre que se aventuraba con audacia, sin reservas sobre cada uno de sus casos en los cuales se desenvolvía a sus anchas, como si fuera un iniciado de épocas pretéritas. Parecía como si en cada caso que investigara le fuese la vida en ello, y en su mente almacenara reminiscencias inmemoriales y atisbos de sabidurías herméticas hace tiempo desaparecidas. Quizá deberíamos pensar que los seres humanos no somos más que reminiscencias vagas y fantásticas de nuestra experiencia, o recuerdos abstraídos de una vida incorpórea y confusa. Aun así, Larson Kane, no solo era diferente en carácter, sino que sabía vestir con elegancia, llevaba una gabardina gris plumizo hasta las rodillas, un sombrero negro de fieltro que le hacía juego con los zapatos, pantalones grises con la raya muy marcada, camisa marrón, de la cual le sobresalía un pañuelo blanco del bolsillo, junto a una corbata color pálido. Iba siempre de un lado a otro de la ciudad en busca de respuestas, preguntando a la gente, observando y apuntando en su bloc de notas, que luego en la cafetería de Betty Sac volvería a repasar cada noche. Por todas partes del país llegaban noticias relacionadas con él, y todos los periódicos de la

ciudad se hacían eco de ello: "El detective Larson Kane desentraña el misterio del puerto de Boston", "Larson Kane, evita la desaparición de varios pueblos de la costa Oeste", "El detective más famoso del país, tras la pista de nuevas desapariciones en el oeste de Kansas". Siempre inmerso en un caso u otro, muy a menudo insólitos, como el que se estaba desarrollando en la ciudad de Maine. Pero lo que nadie se había percatado, era que todos los problemas empezaban a darse justo días antes de su llegada a una ciudad. A veces he visto a seres flotando en la oscuridad de la noche a mi alrededor, como si estuviera contemplando un cuadro en movimiento, y percibo como el pincel detesta a la gente. Nada es normal, nada, para quien vive esa situación monstruosa, sobre todo desde que investigo a Larson Kane, como una sombra pegada a mi espalda.

Desde que el afamado detective llegó a la ciudad, tenía la costumbre de tomar todas las noches un café en la cafetería de Betty Bob, esquina con Gren Zone, sentado, con la mirada perdida en la ventana, como si vislumbrara cosas que únicamente él pudiera percibir entre la bruma de lo real e irreal de los sueños de los habitantes de Maine. Larson Kane vivía como un exiliado perpetuo, un ave nocturna, un cazador de sombras con voluntad propia. La noche constituía su marco idóneo de actuación, fuera de la mirada de los curiosos. De esa manera podía dedicarse a su trabajo sin interrupciones, salvo aquellas que él quisiera permitirse.

La camarera Betty Sac se había enamorado apasionadamente de él con el paso de los días, pero nunca llegó a insinuárselo. Mantenía su amor en secreto detrás de la barra del bar, con la mirada extraviada y los labios apretados. Betty Sac tenía la costumbre de apoyar los codos sobre un libro en la barra del bar mientras se fumaba un cigarrillo, manteniendo los ojos extraviados en el detective. Las noches eran largas, y no solía tener muchos clientes, lugar perfecto para despertar los sueños en manos desnudas y mentes calenturientas.

Larson Kane se levantó, y se acercó a la máquina de música que había frente a él al final del pasillo, era una "würlitzer" redondeada con va-

rios discos de vinilo en su interior, introdujo una moneda, seleccionó la canción y empezó a sonar la notas musicales de "My funny Valentine" de Chet Baker, miró a la camarera mientras se dirigía de nuevo hacia su asiento, y de nuevo frente a la ventana, se sumió en un mundo donde solo él podía acceder.

Mientras tanto al otro extremo de la ciudad empezó a llover bruscamente, era cuestión de tiempo que cubriera toda la zona. La Señorita Norma Land, forense de -Norman e hijos- estaba estudiando los parámetros de otro caso de desaparición que llegó a sus manos, el cuerpo desnudo y frío de la víctima encontrada en el recinto de una fábrica abandonada. El nombre de la desgraciada víctima era el profesor Thomas Benson, del instituto forense de Main y que ahora descansaba sobre la mesa de autopsias. El teléfono sonó de repente, Norma Land se sobresaltó, descolgó el auricular pero al otro lado de la línea no contestó nadie, solo el silencio acompañando al tintineo de la lluvia en las ventanas. Después Norma colgó el auricular y volvió de nuevo a la mesa de autopsias.

De repente, Larson Kane se levantó del asiento que ocupaba en el bar de Ketty Bob, pagó el café, pero no marchó sin antes coger la mano de Betty Sac para estrecharla fuertemente entre sus brazos y darla un apasionado beso, mientras sonaban las últimas notas musicales de "My funny Valentine" Al salir por la puerta, la aguja del disco de vinilo se levantó y regresó suavemente a su base de apoyo, dejando de sonar, mientras una ráfaga de aire fresco se filtraba por la puerta antes de cerrarse del todo. Sorprendida, un escalofrío recorrió las piernas de Ketty Bob pasando por su espina dorsal hasta llegar a la nuca. Ahora, de nuevo sola, pero arropada por el cálido y húmedo beso de Larson Kane.

El frío cortante, limpio y traidor, hacía compañía a la lluvia que ya cubría la totalidad de los cielos de la ciudad de Maine, como si fuese presa de una tela de araña tejida de antemano por las sombras. La camarera dejó escapar un ligero suspiro, mientras veía como Larson Kane desaparecía entre la lluvia a través de las pequeñas ventanas del bar, como si de un fantasma se tratara,

dispersando su figura entre la niebla, hasta desvanecerse entre las sombras de la oscura noche.

Eran las dos de la madrugada cuando el timbre de la puerta donde trabajaba y vivía Norma Land sonó de repente. Norma echó una mirada por la mirilla de la puerta antes de abrir, y le extrañó la presencia repentina de aquel hombre, allí de pie, bajo la lluvia, al que esperaba por la mañana temprano, pero lo dejó pasar no sin antes tener sus dudas. Larson pidió disculpas por la intromisión en su casa a altas horas de la madrugada, y pidió ver el cadáver lo antes posible, y sacar así sus primeras conclusiones. Norma encamino a Larson por el largo pasillo de la estancia inferior de la casa -Norman e Hijos- hasta llegar donde descansaba el cuerpo inerte del profesor; para su sorpresa allí no había nadie, el cuerpo parecía haberse volatilizado por arte de magia. Norma Land se llevó las manos a la cara al ver horrorizada que el cadáver que debía haber en la mesa de autopsias, había desaparecido sin más. El polvo ligeramente blanquecino del que fuera el cuerpo de Thomas Benson, puso en alerta a Larson, que supo de inmediato que una víctima más había pasado a formar parte de las sombras. Larson explicó de inmediato a la forense Norma, las necesidades de las sombras de alimentarse de nuevas víctimas, manera que tenían de hacerse mas fuertes.

Para Norma Land la que fuese forense del Hospital psiquiátrico de Gallagher desde hacía más de veinte años, todo empezaba a encajar. La desaparición de varias personas, el cuerpo inexistente de Thomas, la presencia de Larson Kane y la locura desatada en la ciudad de Maine, no eran más que parte del experimento que se había estado desarrollando con el sujeto nº 13, de la celda de contención del psiquiátrico de Gallagher, pero ya era demasiado tarde, pues él estaba dentro, con ella, sola en aquella fría sala de autopsias.

Todo estaba en la mente del sujeto nº 13, Larson no buscaba la salvación de la ciudad, si no la de su propia alma, de la lucha de su conciencia por salir de un estado continuo donde las sombras eran su propia realidad, y que llevaba a cada lugar donde el iba, creando el caos y la desesperación.

Larson Kane cazador de sombras, no era más que un demente en busca de su propia libertad a través de una locura. Para Norma Land, un caso en estudio que continuaba después de veinte años. Realidad o no, Larson Kane, era su propio cazador, un sujeto a prueba, a raíz de un experimento para tratar de erradicar la esquizofrenia paranoide y la doble personalidad desatada hace veinte años atrás, recreándoles una nueva realidad, inducida mediante un estado de hipnosis no regresiva. Pero para Larson Kane el mundo continuaba y Norma Land fue presa de sí misma aquella noche, cristalizando en la perfecta obra de un hombre protagonista de su propia historia.

El descubrimiento de aquel suceso fue algo sórdido, y demoníaco, mi cerebro se vio convulsionado, me encontraba ahora sumido en un torbellino de irreconocibles formas, de confusas visiones que iban y venían hacia mí sin poder controlarlas. Vi a la doctora Norma Land, tendida en el suelo, era algo espantoso, sabía que algo iba mal, estaba destrozado y confundido,

empezaba a sentir una terrible sensación, como si alguien me persiguiera, y no pudiera escapar de él. Me asaltó de repente la inquietud de vacío y soledad, allí, de rodillas en el suelo de la sala de autopsias. Pero tenía que continuar, vagando, sin explicaciones, hasta desentrañar la mente de aquel criminal vengativo, pues mi experiencia no me permite dudar cuando uno pierde la conciencia terrena.

Ahora después de varios años, he descubierto una cosa, que ni la ciencia ni el conocimiento de los ancianos resulta en el saber secreto de los océanos. La vida continúa y vagamos solos entre la diáfana y frágil lamina de nuestra conciencia.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Arthur Charlan en su [blog literario e informativo.](#)

¿Qué es la revista Valinor?

De manera complementaria a nuestra labor editorial, la **revista Valinor**

da la oportunidad a autores noveles de hacerse conocer por el gran público.

En ella, además de **relatos** de fantasía, terror y ciencia ficción hay espacio para la ilustración, la fotografía, el cine, la música, noticias, artículos, etc.

Si quieres publicar un relato en la Revista Valinor o colaborar de cualquier otra manera (publicidad, entrevistas, eventos o darte a conocer) puedes enviarnos un correo electrónico a la siguiente dirección **revista@editorialvalinor.com** y nos pondremos en contacto contigo.

NIGHT SHIFT

Un relato de terror de María Belén Montoro

«Todavía hoy sigue viva en Inglaterra una antigua superstición a la cual se da crédito escrupulosamente. Se dice que cuando alguien fallece, la habitación donde se produce la muerte tiene que respirar. Se debe de abrir como mínimo una ventana, para así permitir que el alma del fallecido pueda ascender, de lo contrario, permanecerá atada al plano material. Para siempre.»

Se levantó y sin desayunar se terminó de peinar en el descansillo de los apartamentos donde compartía piso con algunas compañeras. Una carrera hacia el hospital y en veinte minutos perdiendo el aliento había llegado a su destino. A prisa sacó del bolsillo de sus pantalones vaqueros la tarjeta de acceso a la guardia donde trabajaba. La foto era horrible. Aún se preguntaba cómo podía ser posible después de arreglarse una mañana entera para posar para la dichosa instantánea. Llegó con la respiración entrecortada y algo sudorosa a la puerta. Esa doble puerta que tenía el placer de contemplar cada mañana, cada tarde y cada noche, dependiendo del turno que le correspondiera. El sensor aceptó la tarjeta de acceso cediendo a su voluntad. La calefacción volvía a estar encendida en pleno verano. Debería haber sacado una bebida fría de la máquina, pero ahora llegaba tarde gracias a la serie a la que se había enganchado con sus compañeras de apartamento justo hace dos noches.

—¡Buenas noches Wen!— Era la chica de la limpieza, siempre tenía una sonrisa para todo el mundo y a pesar de no ser muy agradecida siempre cambiaba de pretendientes.

—¿Qué tal Trish? —Wendy no disponía de demasiado tiempo para ponerse el uniforme y Trish gustaba de charlas dilatadas, justo antes de que volviera a depositar la fregona en el cubo y de que colocara sus manos sobre el palo en posición estratégica de charla, Wendy se dispuso a

desvanecerse— ¡Nos vemos! Voy un poco tarde —Corrió hacia el vestuario sin secarse las manos.

De nuevo olvidó lavar su uniforme, estaba tan arrugado que parecía que alguien se había sentado sobre él. Nada más cerca de la realidad. Gotas de fluidos difícilmente identificables decoraban su verde uniforme. Patético. Ya se imaginaba la mirada inflexible de la supervisora. Fuera de la guardia era una persona maravillosa, encantadora, daba gusto tomar algo con ella, sin embargo, era su jefa, aún recordaba la última vez que la llamó a su despacho para debatir el por qué de su resistencia a llevar los calcetines negros reglamentarios.

La puerta del vestuario se abrió estrepitosamente.

—¿Estás decente? —No entendía el por qué de abrir la puerta y preguntar después. Aún se encontraba en ropa interior— ¡Perdón! —Se trataba de Steph, la enfermera del turno que estaba a punto de terminar.

— Sabes que no... —dijo Wen con una media sonrisa. Steph rió enérgicamente, su risa era siempre contagiosa. Adoraba trabajar con ella.

—Tengo malas noticias Wen, esta noche estás sola.— Steph cerró la puerta tras de ella y se cruzó de brazos, unos brazos bastante voluminosos.

—¿Qué?— No lo podía creer, ¿De nuevo con problemas de personal?

Al parecer el hospital Victoria tenía un serio problema desde hace muchos años, el cual Wendy había podido observar desde que llegó hace tan solo cuatro meses. Guardias con solo una enfermera a cargo, problemas para reservar vacaciones, horas extra...Siempre podía cambiar de hospital en un futuro no muy lejano.

—Lo siento nena, he intentado llamar a alguien de la doce pero están peor que nosotros. —Steph sacó de su casillero unas pastillas y las tomó con un poco de agua.

—¿Cuántos?

—Solo cuatro, no te preocupes estarás bien. — Su compañera cerró su casillero, acto seguido volvió a abrir la puerta para salir del vestuario, dejándola abierta para que cualquiera pudiera tener vistas privilegiadas de su nueva ropa interior. Por lo menos llevaba hoy la bonita.

El relevo fue rápido. Las tres compañeras del turno de tarde tenían ganas de descansar, a juzgar por el trabalenguas que conformaba el cambio de turno que le habían dado a Wendy. Habían dejado una pizarra llena de borrones y desordenada, una cuantía importante de bandejas metálicas de medicación esparcidas por el cuarto de tratamiento y cajas de medicación esperando a ser tiradas a la basura. Una vez el turno anterior se cambió y salió por la puerta principal se dispuso a poner un poco de orden.

Primer timbre.

El timbre de enfermería. Cacofónico a sus oídos. No se detendría hasta que entrase en la cámara del paciente a atender sus demandas. De seguro, una taza de té. Entre dientes se dirigió hacia la puerta de la cámara. La estructura de la guardia ocho era bastante particular, diferente al resto de guardias del hospital Victoria. Wendy la encontraba después de cuatro meses algo tediosa, aunque tranquila. Constaba de ocho habitaciones amplias que poseían una antesala separada por una puerta donde se encontraba todo el instrumental de barrera. Era una guardia especializada en pacientes infecciosos, también llamada departamento de aislamiento por algunos médicos. Las puertas se encontraban herméticamente cerradas con cierre de seguridad y las ventanas eran imposibles de abrir. Estaba terminantemente prohibida la salida del paciente de su cámara de aislamiento, esa peculiaridad hacía de la guardia ocho un destino de ensueño para los pacientes que no gustaban de ser molestados y al mismo tiempo una condena a la locura para los pacientes de larga estancia.

El timbre continuaba sonando reclamando su

atención. Irrumpió en la antecámara sigilosamente, se colocó sus guantes y mascarilla y se dispuso a entrar en la cámara del paciente. La temperatura de la cámara era estable y la presión negativa estaba encendida para regularse automáticamente. Todo correcto.

—¿Qué tal Nigel? —Se encontraba tendido en la cama, encogido, en una posición algo inverosímil e incómoda— ¿Puedo ayudarte?

—La luz. —Su contestación fue seca, sin adornos ni fórmulas de cortesía.

—Tranquilo, apagaré la luz del corredor si te molesta. —Sonrió al hombre que se volvió tras su respuesta hacia el lado contrario de la cama. Había momentos en los que seriamente echaba de menos alguna muestra de agradecimiento. Pulsó el botón que deshabilitaba el timbre, señal inequívoca de que se había atendido al paciente.

Salió de la cámara deshaciéndose de sus guantes y mascarilla. Enjabonó con vehemencia sus manos y las enjuagó en el lavabo de la antecámara.

—De nada —dijo susurrando para sí misma mientras salía de la cámara número dos.

Salió al largo corredor de la guardia. Las ocho cámaras se distribuían, cuatro en el lado derecho y otras cuatro en el izquierdo. Todas cerradas a cal y canto, cuatro libres esperando una nueva admisión. Con amargura encendió la vieja lámpara del control de enfermería, era una luz pobre que iluminaría sus tareas nocturnas una vez apagase las luces principales. Odiaba que la guardia quedase sumida en la oscuridad, especialmente si se encontraba sola. Jamás había hecho un turno en solitario entre aquellas paredes. No era una persona miedosa, aunque debía de admitir que el aspecto del corredor oscuro erizaría el vello de cualquiera. El Victoria era un hospital antiguo, construido sobre el 1600 y remodelado hasta la saciedad. Por ello, como en cualquier edificio antiguo, la estancia nocturna especialmente en soledad era difícil. Había escuchado infinidad de historias acerca de espíritus, fantasmas y otros encuentros paranormales en el hospital, pero nunca se consideró creyente en ese tipo de cosas. Siempre había una explicación lógica para todo y el miedo a la oscuridad lo consideraba irracional y carente de argumento nin-

guno, por lo que se convenció a sí misma de que era una estupidez darle más vueltas al asunto.

Sin gran esfuerzo repartió la medicación entre los cuatro pacientes que tenía que atender durante la noche. Cámaras número dos, ocho, tres y seis. La mayoría ya se encontraban conciliando el sueño, a excepción de Joanne que manifestó de nuevo lo mucho que le dolía su artrosis y que de seguir así moriría de dolor aquella noche. Eran las once. Un poco de papeleo y podría dedicarse durante el resto de su turno a curiosear páginas de Internet entre cabezaditas.

Esta vez sonó el teléfono.

—Guardia ocho, ¿En qué puedo ayudarle? — Obtuvo respuesta de una voz femenina que reconoció enseguida.

—Soy Heather, de personal. Quería decirte que si te encuentras en algún problema durante la noche, llámanos. Sé que te encuentras sola y no es justo, tenemos un serio problema de personal que tratamos de arreglar... Espero que no vuelva a repetirse ¿Vale cariño? — Era increíble cómo cambian el tono de voz y los modales de las personas cuando se encuentran en posición de deuda moral, pensó Wendy.

—No te preocupes Heather, solo tengo cuatro pacientes. Gracias por llamar. —En realidad lo que Wendy quería decir era: “Gracias por el marrón en el que me acabas de meter, pero seré simpática porque eres la encargada y me gustaría seguir trabajando aquí”.

—No dudes en llamar, Wendy. —Colgó el teléfono y sí, la dejó allí sola en aquel corredor oscuro. Apenas se distinguía el final del pasillo, donde durante el día debiera encontrarse la salida de incendios y la salida a la cocina.

Continuó completando sus papeles y rellenando la pizarra de los diagnósticos. Solo le acompañaba el ruido de los filtros de presión negativa de cada cámara, bufaban y se detenían intermitentemente, asegurando la salida de los gérmenes del interior de las cámaras de aislamiento. Fue a cerrar el carro de mediación cuando un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¡Jesús! ¡Qué frío! —Wendy tenía la manía de hablar consigo misma, lo hacía en casa y ahora necesitaba seguir escuchando una voz humana para plantar cara a las siete horas restantes de soledad en medio de la oscuridad.

Volvió a sonar el teléfono.

—Guardia ocho, ¿En qué puedo ayudarle? — Esperó los segundos de rigor hasta que cansada de no obtener respuesta colgó el teléfono. Volvió a tomar asiento frente a su escritorio (una mesa para pacientes provista de ruedas) y prosiguió con sus tareas. Firmas y firmas sin sentido, papeleo inservible que nadie leería a excepción de un abogado en caso de que se tuviera que poner en marcha un proceso judicial.

La luz roja del teléfono de nuevo se encendió con su correspondiente ring.

—Guardia ocho, ¿En qué puedo ayudarle? — Esta vez esperó unos segundos más, comprobó el cable de corriente del teléfono y el número desde el que llamaban. No aparecía nada en la pantalla, solo unas casillas en negro en el lugar donde debían encontrarse los dígitos del teléfono.

—¡Jesús! ¿Es qué no tenéis nada que hacer? — A veces confundían los números de busca con las líneas de control y hacían llamadas cortas a las que no contestaban. Colgó de nuevo el teléfono y tomó su bolígrafo negro para continuar con el plan de cuidados de Roy Coulburn, su carpeta era la más dilatada y debía de ocupar más de una década de historia clínica.

Decidió prepararse una taza de té. Un té caliente le quitaría la sensación de frío que ahora sufría. Recorrió el corredor despacio, contemplando cada puerta. Se paró en mitad a comprobar que la calefacción estuviera funcionando. Alumbró con una pequeña linterna que llevaba en el bolsillo del uniforme. Debía de haberse averiado. Indicaba treinta grados centígrados, una temperatura que nunca había visto indicada en el sistema desde que llegó, pues no superaba nunca los veinticinco. Hacía frío para que la guardia estuviera a treinta grados. Continuó hasta la cocina, no se discernía el final del pasillo por lo que alumbró con su linterna. Los reflejos en los cristales de las puertas dibujaban formas en la oscuridad, formas que provocaba su imaginación. De nuevo un escalofrío le hizo acelerar el paso hasta el final del corredor. Sintió esa estúpida sensación de persecución. Esa estúpida sensación que se experimenta siendo niño cuando no se quiere ir al baño durante la noche. Con alivio alcanzó la puerta de las cocinas y avanzó sin mirar la salida de incendios. La salida de incendios era una

gran escalera que llevaba al exterior del hospital en el caso improbable de que se produjera un incendio. Durante el día era solo una escalera entre paredes de ladrillo. Durante la noche un espacio tétrico que parecía desconocido al observador, una escalera que llevaba también a niveles superiores que cayeron en desuso por el hospital y que durante la noche incomodaban sobremanera a Wendy.

Encendió rápidamente la luz de la cocina. El reloj no indicaba aún que fuera medianoche. Tomó la tetera, la llenó de agua y la colocó al fuego. Sacó una bolsita de té y un sobre de azúcar.

El piloto que se encontraba justo encima del arco de la puerta de la cocina se encendió en naranja. Algún paciente había vuelto a pulsar el timbre. Abandonó la tetera que se encontraba al fuego, siempre podría tratarse de una urgencia.

Rápidamente acompañada de su linterna recorrió el pasillo hacia la cámara número seis. Entró dentro de la habitación de Joanne.

—Enfermera, ¿Podría darme algo para el dolor? No puedo más, no puedo dormir. —A pesar de dificultad para vocalizar las palabras debido a su dentadura postiza, era más educada que el resto.

—Por supuesto, no hay problema. —Sonrisa de nuevo y se dirigió hacia el cuarto de tratamiento, la luz estaba apagada. Encendió de nuevo la luz, no recordaba haberla apagado antes de irse. Con las llaves abrió el carro de medicación y extrajo algo de morfina líquida para la señora. En un pequeño vasito de plástico vertió unas gotitas de un transparente líquido cuyo olor resultaba bastante fuerte.

—¡Puaj!

Se dirigía hacia la cámara de Joanne cuando se percató del tintineo de la luz del cuarto de tratamiento.

El teléfono volvió a sonar.

Wendy suspiró, prefería no darle importancia a este tipo de cosas. Descolgó. Volvió a repetir la fórmula que usaba para atender el teléfono. No hubo respuesta. Malhumorada colgó con fuerza y volvió a su tarea.

—¿Es qué la gente en este hospital no tiene nada más divertido que hacer?!— pensó Wendy mordiéndose los labios.

Irrumpió en la cámara de Joanne para darle la medicación. La mujer sonriente se bebió la morfina y apagó la luz para tratar de conciliar el sueño. Para cuando Wendy volvió al control de enfermería, la luz del cuarto de tratamiento estaba apagada de nuevo. Tenía la necesidad de hablar con alguien, se sentía sola y el oscuro corredor comenzaba a angustiarla. Se sentó frente al teléfono y buscó el número del servicio de mantenimiento de guardia. Descolgó el teléfono. No se escuchaba el pitido al descolgar, parecía como si no existiese línea. Nerviosa trató de pulsar cualquier tecla que encendiera el piloto rojo de llamada. Wendy sintió una presión en el pecho al percatarse de que el cable telefónico había sido cortado y que las tijeras que habían sido usadas para ello habían sido dejadas junto a las notas que la enfermera estaba escribiendo anteriormente.

—¿Hola? ¿Quién está aquí?— Su corazón comenzó a acelerarse. Un loco podía haberse colado a través de la salida de incendios. Se sintió en peligro. Sin pensárselo dos veces decidió salir de la guardia, decidió llamar a seguridad desde la guardia vecina. Encendió la luz del corredor. Se encontraba desierto. Nadie se encontraba allí, aún así no tenía suficiente valor como para adentrarse cerca de la salida de incendios. Tomó su tarjeta de acceso y la pasó por la banda magnética que abría automáticamente la doble puerta de la guardia ocho.

El piloto rojo debía de tornarse verde para darle acceso al exterior. Se mantuvo rojo. Era como si el sensor no reconociera su tarjeta de acceso.

—¡Esto no tiene sentido! —Empujó la puerta con todo su peso pero era imposible, la doble puerta no cedía, era demasiado pesada para ella— ¡Joder!

—Joder... —Más que un grito fue un susurro. Un susurro temeroso de ser oído por alguien que parecía estar divirtiéndose aquella noche. Volvió a empujar aquella endemoniada puerta dañando sus brazos por la fuerza de sus propias embestidas. Estaba muy nerviosa. Dejó su cuerpo arrastrarse de espaldas a la puerta, hasta que quedó sentada en el suelo apoyada sobre la doble puerta.

—Joder... —volvió a susurrar nerviosa, tratando de encontrar un modo de salir de la guardia.

La salida de incendios.

La temida salida de incendios podría ser el lugar donde se ocultase el extraño visitante, posiblemente también el lugar desde donde entró. Tenía miedo a moverse, mantendría la luz del gran corredor encendida y esperaría a verlo aparecer. Wendy trataba de quitarle peso al asunto, auto-convenciéndose de que podría tratarse de una broma. —¡Demonios! ¡Cortar el cable del teléfono no podía tratarse de una broma!— se dijo a sí misma. Se mantuvo sentada, apoyada en la puerta de salida. Paralizada. Sin saber qué hacer. No parecía haber nada fuera de lugar en la guardia, todo estaba tal y como comenzó el turno: Silencio, el murmullo de las cámaras de presión negativa y los pacientes parecían dormir plácidamente. —Lo tengo, llamaré desde el teléfono móvil de Joanne—. Wendy se levantó decidida, debía de intentar a hacer algo, de otro modo, paralizada por el miedo llevaría las de perder.

Despacio, con la sensación de ser perseguida y observada, avanzó corredor adelante hasta la cámara número seis.

Un nuevo timbre rompió el silencio del corredor.

¿Debía atenderlo? Se encontraba casi paralizada por el miedo debido al desconocido que había roto el cable del teléfono. Se trataba de su propia seguridad. —Pero el paciente no tiene culpa. Podría ser una urgencia— dijo sacando coraje de sus adentros. Se argumentó a sí misma que aquel desconocido podría haberse ido y que la vida de alguien podría estar en peligro. Finalmente se dirigió a atender la llamada.

Abrió la puerta de la cámara que había emitido el sonido cuya lucecita anaranjada lucía tintineante sobre la doble puerta. La puerta se cerró tras de ella. La antecámara parecía helada, su piel se erizó al igual que el débil vello rubio de sus brazos. El pitido del timbre continuaba sonando, y sonaría hasta que entrara dentro y lo desactivara.

—¡Mierda! —susurró en la oscuridad de la antecámara.

Se volvió tras de sí hacia la puerta. La cámara cinco estaba vacía, no había ningún paciente ingresado. Acudió veloz al picaporte de metal.

—¡No! ¡No, por favor! ¡No! —Angustiada trató de forzar el picaporte de metal fútilmente. Tiró con fuerza con todo el peso de su cuerpo hacia atrás, pero la puerta no se abría. El timbre seguía sonando. Ahora ya sabía cuál era la ubicación del visitante.

—¡Soy estúpida! ¡Joder! —La fuerza de la costumbre y la rutina no le permitió extrañarse ante el timbre de la cámara cinco.

Se preguntaba si la puerta de acceso a la cámara se encontraba abierta. —¿Qué tipo de diversión retorcida encontraba aquel visitante en atormentarla de esta manera?—. Golpeó con fuerza la puerta de salida y gritó a pleno pulmón. Quizás algún paciente pudiera escucharla y llamar a la policía.

—¡Socorro! ¡Socorro por favor! ¡Socorro!— Sus gritos, oídos desde la antecámara parecían ahogados y rotos, no tenían eco. Morían al ser emitidos. Como en un sueño en el que se nos queda vedado el grito, se sumió en la angustia. El corazón se saldría por su boca de seguir con aquellas palpitations.

—Socorro...— volvió de nuevo a susurrar impotente. Era consciente ya de la inutilidad de sus intentos, solo deseaba que solo se tratase de una horrible pesadilla.

Tras unos minutos, el timbre continuaba encendido. Crispaba sus nervios. Cerró los ojos y trató de observar a través del espacio entre la puerta y la pared la actividad del interior.

El aire helado penetraba a través de la rendija de la puerta.

—Padre nuestro, que estas en los cielos... —Con las manos cruzadas en señal de oración rezó con toda su alma, de rodillas, esperando que aquel malhechor no tratara de asesinarla vilmente o algo aún peor.

Tres golpes acompasados y secos sobre la mesa de la cámara se percibieron desde donde se encontraba Wendy. Una lágrima cayó de sus ojos.

—Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino... — Decidió entrar, no tenía otra opción. No había salida.

—Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.—Sus dedos rozaron el frío picaporte de

la cámara. Temblaban. Al igual que ella. Miró a sus espaldas, sobresaltada. Volvía a sentirse observada. Un extraño e irracional miedo volvió a atormentarla. Era inexplicable, pero no se encontraba segura en la antecámara. Sintió un hálito frío en el cuello y de su boca solo acertó a emitir un suspiro entrecortado. Asustada, abrió la puerta de la cámara.

Cámara número cinco

Sintió la humedad de la brisa marina. Ante ella se encontraba una playa de arena oscura, una gran cantidad de algas estaban posadas sobre la orilla, enredadas. El sol se estaba ocultando. El horizonte era de un rosa anaranjado. Podía divisarse desde donde se encontraba, un poco hacia la izquierda, un alto muelle de madera. Iluminado por las luces de una pequeña feria cuyas atracciones estaban en movimiento, sobre el muelle reposaba un enorme cartel, "*North Pier*", era un letrero luminoso de estilo circense. Las gaviotas en lugar de cantar emitían gritos que comunicaban las ondas sonoras y que se mezclaban con el sonido del mar que lejano brillaba como un espejo. Dejó que sus pies se sumergieran en la arena mojada, estaba fría.

Junto a la orilla, sentada, una pequeña construía un castillo de arena. Sus cabellos miel le daban la espalda. Parecía estar sola. La playa estaba desierta, sus padres no se encontraban en los alrededores. El castillo que construía era grande y bien elaborado, hasta disponía de balcones adornados con alguna que otra concha de mejillón vacía. Quería sentarse junto a ella. La paz del entorno era placentera, muy placentera. Deseaba permanecer allí para siempre.

Cuando se sentó junto a la niña, ésta volvió su rostro. Sus ojos celestes eran grandes y muy redondeados, sus labios rosados y puntiagudos en el labio superior. Estaba triste, desconsoladamente triste.

—¿Qué te ocurre pequeña? —Quizás había perdido de vista a sus padres.

Dos lágrimas cayeron de sus celestes ojos por sus regordetas mejillas. Había anochecido. El cielo ahora se tornaba de color cyan y el grito de

las gaviotas era aún más repetitivo, podía oírlas más cerca. Un trueno dividió el oscuro cielo en dos mitades. Una lluvia fina y profusa comenzó a humedecerla a ella y a la pequeña que se levantaba de la arena. Su rostro inocente había desaparecido para ser sustituido por un semblante inerte, carente de emociones, frío y derrotado. El nivel del mar se encontraba ahora bajo sus pies, las salvajes olas de la lejanía amenazaban con tragarla. Corrió en dirección opuesta a la mar. Quedó enredada con las algas de la orilla, unas algas verdes y fuertes que se habían acomodado en sus tobillos y la hicieron caer al suelo.

—¿Cómo te sientes ahora?— La pequeña la miraba ahora desde arriba, esbozaba una sonrisa blanca que mostraba todos sus dientes, eran dientes demasiado grandes para pertenecer a una niña pequeña. Sus cuencas oculares parecían enormes oquedades donde unos ojos celestes la observaban con placer.

Las algas parecían aumentar la presión que ejercían sobre ella, el cabello canela de la pequeña se mecía al son del viento huracanado que sacudía la playa. Los cabellos de la pequeña perdían su color por momentos y sus dedos huesudos agarraron el rostro de Wendy.

—¡Sácame de aquí! —dijo la niña de ojos cada-
véricos.

Arrugas y manchas de la edad poblaron el rostro de la que antes era una tierna joven y ahora parecía una vieja decrepita, casi un cadáver en vida. Su voz era como un eco fantasmal que parecía no detenerse nunca. Wendy tapó sus oídos pero los murmullos de la ahora anciana continuaban en su mente, atormentándola.

¡Sácame de aquí!

* * *

Despertó con la respiración acelerada en la antecámara. Se había desmayado. Se levantó del suelo con las piernas tambaleantes. El timbre continuaba sonando y el frío de la estancia había ido en aumento. La puerta seguía cerrada, no podía acceder al corredor —¿¡Qué demonios ha pasado?!— se dijo Wendy a sí misma. Por mu-

cho que forcejaba con el picaporte, permanecía cerrado. Enseguida reparó con asombro que el dispensador de guantes y el lavabo se encontraban al otro lado. Parecía tratarse de la antecámara de otra cámara de aislamiento. Preguntándose por su propia cordura oteó con el rabillo del ojo la puerta a la siguiente estancia. El número casi borrado a un lado de la puerta le confirmó lo increíble. Se trataba de la número uno. Mirando hacia la nueva entrada lloró amargamente.

—Por favor, por favor...Déjame salir. —Sus sollozos solo eran acompañados por el sonido del timbre que continuaba atormentándola.

Tienes que terminar tu viaje, querida.

Era la voz de un hombre anciano, su entonación era tierna pero su mensaje era cruel y erizaba cada rincón de su piel. Suponía que deb seguir avanzando y así participar en el extraño juego que estaba teniendo lugar, el cual no entendía. Se aproximó hasta la siguiente puerta, tomó el picaporte y mordiéndose los labios volvió a llorar. Le pareció escuchar una risa cerca de ella. Percibió una extraña sombra con el rabillo del ojo, una sombra alta que se encontraba a sus espaldas. Aterrorizada abrió de nuevo la puerta.

Buena chica.

Cámara número uno

Se encontraba en un salón elegante, de diseño antiguo. El ocre papel pintado de las paredes estaba iluminado por finas lámparas de cristal cuyas tulipas describían delicadas formas de lirio semiabierto. La moqueta roja lucía muy limpia y una delicada pieza de música clásica la cautivó. La recordaba, pero no sabría decir con certeza el título ¿Era de Chopin? Dos sillones de cuero color cereza rodeaban una mesa de madera con florituras doradas. La mesa estaba sembrada de fotos. Dos recién casados saliendo de un coche nupcial, una chica joven posando delante de un barco pirata, dos pequeños que jugaban con una peonza...Los marcos eran dorados, de diferentes formas y tamaños, ni una mota de polvo se encontraba posada sobre las imágenes familiares. El olor a tabaco fumado en pipa le hizo levantar la vista hacia el propietario del salón. Se trataba de un hombre joven, entre los treinta y los cua-

renta. Vestía una bata corta de color vino y unos pantalones azul marino. Observaba embriagado la pared. Como si de una selva se tratase, una gran cantidad de bustos de animales disecados decoraban el sofisticado salón. No solo bustos se encontraban en aquella sala, animales disecados reposaban quietos en los rincones del gran salón. Sobre la ardiente chimenea, una lechuza blanca muy conseguida le miraba impasible. La acarició. Se encontraba deleitándose con la suavidad de sus plumas cuando se percató de que el fumador se había girado, y la observaba.

—No has tardado demasiado... —Era de nuevo aquella voz, solo que más joven y carecía de la ternura anterior. Esa ternura había sido sustituida por una coraza de severidad.

—Tengo un regalo para ti, Wendy. —El hombre atravesó el umbral de la puerta del salón, llegó a un gran comedor—. Sígueme, por favor.— Su paso era lento y altivo, seguía fumando lentamente el tabaco de su pipa color marfil.

Sus pasos les llevaron a un sótano escaleras abajo. La magnífica y minuciosa decoración había desaparecido para dar paso a un simple almacén sobrio y sumido en las tinieblas. Encendió una bombilla de aspecto rudimentario que pendía de un cable que se deshacía en briznas de flecos cobrizos. Había estanterías repletas de herramientas y enseres de artesano además de una fregona sumergida en un cubo que portaba fluidos desconocidos de un tono marrón rojizo.

—Cierra los ojos —dijo mientras le sonreía. Parecía entusiasmado. Se movilizó a trastear cajas, podía oírlas pero no verlas pues había cubierto sus ojos como le había indicado su nuevo anfitrión.

—Ya puedes abrirlos. —Había colocado un objeto frente a ella. Abrió los ojos.

Frente a ella se erguía un immaculado maniquí de formas femeninas delgadas y esbeltas.

—Eres tú, Wendy. —El hombre posó su hombro sobre la figura pálida desprovista de cabello y oliendo su cuello dirigió su mirada de nuevo a Wendy.

—Aunque...Le falta tu esencia. —Su sonrisa desapareció. Una sombra surgió bajo sus ojos, las comisuras de sus labios se doblaron. Su ros-

tro ahora mostraba la imagen díscola y ausente de quién había perdido el juicio.

El señor acudió a su estantería, tomó un cuchillo muy curvo, bien afilado, y acto seguido comprobó sus cualidades con la yema de su dedo índice. De nuevo apareció en su rostro esa fugaz imagen imprevisible, mezcla de entusiasmo y éxtasis. Wendy sentía que el miedo se distribuía por sus miembros, sus piernas casi no le respondían. Ignoraba los designios de aquel hombre, su mirada se asemejaba a la de un cazador que con regocijo prepara sus armas para hundirlas en la carne de un animal. Wendy se sintió insignificante, un trozo de carne tembloroso ante aquellos furtivos ojos. Corrió escalera arriba hacia la salida. La puerta se cerró sonoramente antes de que pudiera atravesarla.

—No te dejaré salir hasta que no nos lo permitas tú a nosotros, querida.— Avanzó lenta pero irremediadamente hacia la joven que se resistió. Su llanto era sordo, sus lágrimas caían impotentes. La inmovilizó, con sus fuertes brazos sobre el frío suelo. Su corazón latía a punto del colapso. Comenzó a sentir los cortes del grueso cuchillo de desollar. Su incapacidad de respuesta era más exasperante que el dolor del instrumento que había comenzado a rebanarle la piel.

—Como debe de ser, las damas primero.— Su rostro enrojecido por la excitación ya incorporaba rojas gotas de la sangre de su víctima, cuyos gemidos de dolor parecían haberle sido vedados. Silenciados.

Wendy sintió como aquel extraño profesional de la taxidermia extraía cada centímetro de su epidermis, el dolor alcanzaba lo inimaginable. Había perdido la noción del tiempo y el espacio, su visión se reducía y como tratando de escapar de su consciencia se evadió, se rindió. Su visión ya borrosa se desvaneció como todos sus demás sentidos, se apagaron.

El suelo del almacén se coloreó del río escarlata cuya desembocadura fue a parar a un desagüe en el centro de la habitación. Con horas de trabajo, fue consiguiendo su trofeo. La blanca piel de la enfermera fue cediendo, ya su cuerpo estaba exánime. Con cuidado extrajo sus castaños cabellos, su rostro y hasta sus manos fueron separadas de sus huesos.

El potente olor a sangre recordaba al de una matanza de cerdos. Con cuidado limpió sus piezas, sus trofeos, que más tarde colocaría en aquel blanco maniquí que se exhibía en el centro de la habitación.

* * *

Wendy gritó. Con los ojos casi fuera de sus órbitas observó de nuevo su piel, intacta y adherida a sus tejidos. Sus piernas temblaron y cayó al suelo. Pegó su rostro al frío suelo de la guardia y siguió llorando desconsoladamente. No podía seguir adelante, prefería permanecer encerrada en aquella antecámara para siempre.

El timbre seguía llamándola.

Como había ocurrido antes, la antecámara ya no era la misma y se encontraba frente a la puerta de la cámara número cuatro. Temblaba a causa del frío y sus propios nervios. Miró el reloj de su muñeca, pasaban las tres de la madrugada. Ya no sabía a qué santo encomendar su alma.

Le pareció escuchar el sonido de un órgano que procedía del interior de la cámara. Le llegó un agradable perfume a canela y a flores. Había luz a través de la puerta, no sentía miedo. Existía una paz perceptible más allá de la puerta que necesitaba hallar desesperadamente. Conforme se acercaba al picaporte sentía la calidez de su cuerpo recobrase. ¿Quién se encontraba al otro lado? No terminaba de distinguir la melodía del órgano, pero le era extrañamente familiar. Necesitaba un remanso de paz, sin dudarle un minuto más el picaporte metálico cedió a su paso.

Cámara número cuatro

De nuevo se encontraba en un lugar diferente. Esta vez, se trataba de una pequeña capilla. La luz del día penetraba a través de las vidrieras multicolor que juntas dibujaban las figuras de los apóstoles y su correspondiente representación icónica. Las paredes eran de piedra blanca bien pulida y el suelo de un mármol impecable. No había bancos donde sentarse, el sonido del órgano era distante y a pesar de escucharse nítido, parecía no encontrarse en aquella sala. Una

mujer se encontraba frente al altar. Vestida de blanco, portaba un ramo de flores secas, podridas, adornadas con un bonito tul blanco. Su rostro estaba cubierto por el velo nupcial. Wendy anduvo por la roja alfombra hasta donde la mujer se encontraba. Aquella mujer irradiaba una tranquilidad inusual.

—¿Puedo ayudarte jovencita?— Por su voz, se trataba de una novia anciana.

Wendy se mantuvo en silencio. Observó la decoración de las paredes de la capilla. Flores de varios colores se sostenían gracias a floreros expuestos en nichos apilados en la pared. No había nombres inscritos en ellos.

—La ceremonia no tardará en comenzar, estoy convencida.— Estaba contenta. Un claro tono de entusiasmo la mantenía erguida frente al altar de la capilla. Aquel altar de mármol estaba provisto de dos velas rojo escarlata con el símbolo del crismón.

La anciana se levantó el velo mientras suspiraba. Su aspecto no podía ser más discorde a su apariencia. Sus rasgos eran jóvenes y bellos, de rostro fino y ojos almendrados. Una transparente lágrima se derramó de su ojo izquierdo.

—Parece que tarda un poco.— Se enjugó las lágrimas, se recolocó su anticuado vestido blanco y adecentó las flores secas de su ramo.

La luz de la capilla se tornó en oscuridad. La luz que antes penetraba por las vidrieras desapareció dejando a la novia alumbrada por las velas rojas del altar.

—Yo, Kimberly, te quiero a ti, Scott..., — Su llanto interrumpía sus votos. El rostro terso de la novia comenzaba lentamente a arrugarse, sendos surcos surgieron bajo sus almendrados ojos—. Como esposo, y me entrego a ti, prometo ser te fiel en las alegrías...— Las muñecas que sostenían el ramo se volvieron huesudas y las manchas de la edad comenzaban a expandirse como una epidemia por su blanca piel— Y en las penas, en la salud y en la enfermedad— Sus labios jugosos ya eran áridos, su erguido cuerpo ahora se inclinaba viciado—. Todos los días de mi vida.

Un grito ensordecedor hizo retumbar la capilla que había quedado sumergida en las tinieblas.

La novia arrastrándose por el suelo desgarraba su blanco vestido con sus largas uñas amarillas. Su flácido cuerpo quedó exhibido junto a los desconocidos nichos. Su fina carne fue dando paso a sus blancos huesos, y sus huesos al polvo. Y el polvo se lo llevó el viento. De nuevo, el frío dominó la habitación. La capilla había desaparecido, solo había oscuridad.

Él nunca vendrá a por mí, ¿Verdad?

Me le prometió, ¿Sabes? Dijo que siempre estaríamos juntos.

* * *

La despertó esta vez el sonido del timbre. Se encontraba frente a la última habitación vacía. Su mente estaba embotada, sentía y percibía pero quedaba retenido en su mente de manera efímera, como un sueño. El cansancio le provocaba dolor de cabeza y la situación de estrés estaba acabando con sus nervios.

¡Sácame de aquí!

¡Libérame!

¡Déjanos ir!

Una gran aglomeración de plegarias, gritos descarnados y voces de diferente registro se agolparon en su mente y en sus oídos. Casi podía tocarles, se trataban de cientos, cientos de almas retenidas. Sintió el peso, la presión de todos aquellos espíritus clamando por salvación. ¿Pero qué puedo hacer yo?

Las voces fueron tomando más fuerza en su interior, sentía una gran presión en sus oídos. El timbre no cesaba, la siguiente habitación esperaba su entrada. Sus tímpanos estallarían tarde o temprano, sentía sus respiraciones cerca de ella, sus latidos y sus llantos. Podía ver sus rostros. La última puerta se abrió para ella.

Cámara número siete

La habitación estaba vacía. El sol había salido e iluminaba la habitación a través del cristal.

—¿Wendy?

La joven estaba de pie, su rostro era la viva imagen del sufrimiento.

—¿Wendy?

Inmóvil, apoyada en la pared observaba el sol, las palomas posadas en el techo de los edificios bajos del hospital, los trabajadores preparando el nuevo día...Observaba. No retenía información. Se movía por impulso hacia los rayos del sol. Su mirada estaba ausente. Buscaba el calor de la luz de nuevo sobre su piel. Anduvo hasta la mesita de noche y la colocó frente a un gran ventanal de la cámara.

—Buena chica

Wendy abrazó la mesita de madera, soñó que era su madre. Lloró. Tomó aliento y empujó con todas sus fuerzas repetidamente hacia el ventanal. El cristal seguía intacto. Repetidas cargas solo consiguieron agrietarlo levemente, no había brecha. Se quedó inmóvil durante unos minutos. El tiempo pasaba pero se mantuvo firme. Fuera de sí. Se colocó frente a la mesita de madera. Nada ocupaba sus pensamientos, solo el sol y el deseo de encontrarse fuera bajo sus rayos. Quería volar como aquellas palomas.

—Descansa, Wendy.

Wendy la abrazó y volvió a empujarla. El grueso cristal cedió, arrastrando a la enfermera consigo. La brisa de nuevo acarició su piel. Caía. Caía al vacío acompañada de una lluvia de cristales rotos. Las voces que en su cabeza repetitivas gritaban por su libertad, desaparecieron. Por fin, silencio.

* * *

—¿Pero cómo pudo hacer algo así? — Kath McDonald gozaba del chisme y algo tan irresistible no podría dejarlo pasar.

—Nadie lo sabe, esa chica no tenía ningún problema mental.— El médico terminó de firmar unos informes y comenzó a preparar su maletín.

—¿Dónde...la encontraron?

—Justo sobre un coche, en el parking de perso-

nal, a las seis de la madrugada.— El doctor carraspeó.

—¿Había alguien con ella?

—Estaba completamente sola, solo cuatro pacientes a los que cuidaba.— Se colocó su gabardina cuidadosamente.

—¡Santo Dios! Espero que descanse en paz...— Kath hizo la señal de la cruz mientras pronunciaba aquellas palabras.

—Hasta mañana Kath, gracias por el té.— Terminó de colocar sus cuellos y se dirigió hacia la puerta de salida.

FIN

Intercambio

Un relato de fantasía épica de Beisy Fuentes Velázquez.
Ilustrado por Noel A. Cabrera Fernández.



ella era temida y sus víctimas no dejaban de afirmarlo con gritos y lamentos. La tierra se mantenía roja por la sangre vertida para apagar los deseos de sus enemigos de eliminarla, pero yo acababa de detenerme frente al valle donde esa bruja acampaba y no retiraría mis tropas hasta vencerla.

Me sentía confiado, orgulloso por haber reunido a tantos guerreros, y especialmente dichoso, porque ese día sería recordado por toda una eternidad.

Muchos me creían loco, otros un héroe digno de leyenda, porque acababa de regresar de una guerra larga y aciaga, encontrándome con que el reino aún no estaba a salvo, ya que la bruja Nezália, temida en cada rincón del mundo, había escogido mi hogar como nuevo refugio y sin descansar, empecé la cacería.

No perdí un solo minuto. Me negué a trazar planes que le dieran la oportunidad de ganar ventaja e incluso, sin detenerme a afilar las armas, volví al campo de batalla.

Ahora estaba lo suficientemente cerca del enemigo como para sentir el hedor de los cuerpos corruptos amontonándose alrededor de su tienda.

Leí los mapas, dispuse las formaciones para que los hombres más experimentados lideraran el ataque y rodeamos el valle, en espera de que la bruja no tuviera por donde escapar, una vez que descubriera nuestra presencia.

—Mi señor, hemos encontrado a un sobreviviente— me avisó el capitán Arsel, un hombre de

piel curtida en el fragor de la batalla y lealtad incomparable—. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Tráiganlo a mi presencia para interrogarlo.

El capitán obedeció y antes de que pudiera desplegar los mapas de la región sobre la mesa, mis soldados entraron a la tienda, sosteniendo a un anciano, con el rostro cubierto de vendajes tan ensangrentados como sus ropas.

—¿Cómo pudiste escapar de la bruja? —le pregunté.

De rodillas y con las manos temblorosas, el anciano seguía el sonido de mi voz para adivinar donde estaba y lo compadecí, no por sus heridas o la miseria que le cubría, sino por no haber sido capaz de soportar semejante sufrimiento.

—Nadie puede escapar de Nezália— me respondió—. Una vez que sus garras se ciernen sobre el alma que codicia, ya no hay razón para querer ser libre.

—¿Entonces cómo has llegado hasta nuestro campamento?— indagó el capitán Arsel.

—Me dejó marchar, porque ya no tenía nada que ofrecerle.

Intercambié miradas con el capitán y los soldados que flanqueaban al anciano, y ninguno comprendimos sus palabras.

Fui hasta la mesa, repasé los mapas que marcaban las zonas atacadas con frecuencia por la bruja, y allí tampoco se vislumbraban razones aparentes por las cuales ella permanecía en el reino.

¿Qué buscaba? Las interrogantes eran numerosas y el anciano no parecía en condiciones de responderlas, quizás, hasta deliraba en esos momentos.

—Una vez fui un gran señor, como usted lo es ahora— dijo el anciano con la voz entrecortada—. Tuve castillos, sirvientes y lo perdí todo...

Los soldados zarandearon al atrevido para que no siguiera hincando mis oídos con sus desmanes y obedeciendo las órdenes del capitán, lo sacaron de la tienda.

Me quedé a solas, frente a la mesa con los planes tomando forma en los trazos sobre el mapa. Necesitaría prepararme, porque la bruja ya debía estar al tanto del ejército que se armaba para combatirla y una vez iniciado el ataque, ya no habría vuelta atrás.

Medité por unos segundos y fui hasta el tálamo, en busca de mi armadura, pero en cambio encontré una mucho más ostentosa. Era dorada y refulgente, con hermosos grabados y las tiras de cuero se veían frescas, nuevas. Creí que se trataba de una confusión y al levantar el peto, vi el escudo de los Ranel entallado magistralmente, así que debía ser un regalo de su majestad, para que tuviera el aspecto de un verdadero héroe, a la hora de guiar al ejército hacia la victoria final.

Ya podía imaginarme los cantos de los juglares alabándome, los banquetes ofrecidos en mi honor, y las doncellas acechándome con sus risas juguetonas. La música y los placeres mundanos me harían olvidar las crudas noches en el campo de batalla, alejado del hogar, con el miedo a morir sin haber dejado una marca imborrable en este mundo.

Sería feliz al lado de una buena esposa y las cicatrices de guerra, permanecerían ocultas bajo ropas señoriales, que levantarían la admiración de quienes me rodearan, para escuchar las historias de los días de acción.

Dos soldados tuvieron que ayudarme a ponerme la armadura, porque además de fastuosa, contaba con muchas partes elaboradas cuidadosamente y de difícil ubicación. La cota de malla desaparecía casi por completo debajo de tanto lujo y cuando finalmente abandoné la tienda, las exclamaciones de los hombres fueron suficientes para enaltecer aún más mi ego.

Cabalgué a la vanguardia del ejército, siempre contando los pasos que nos separaban de la tien-

da donde la bruja se refugiaba, para ser capaz de volver allí, en caso de caer herido y perder la vista. Esa era una vieja costumbre que aprendí, siguiendo los concejos de mi padre y gracias a él, dominaba perfectamente el arte de la guerra y de la sobrevivencia, en las peores situaciones.

—Mi señor, la bruja no se ha mostrado hasta el momento— comentó el capitán Arsel, deteniendo su caballo a mi lado—. ¿Cómo podemos estar seguros de que aún permanece en la tienda?

El capitán tenía razón al preocuparse, ya que nuestra enemiga era conocida por ser muy astuta y tal vez estaría preparando un contraataque.

Miré a mí alrededor, calculando las posibilidades de que esa tienda fuera solo un señuelo y en ese momento, la bruja en persona, salió a recibirnos.

Ella no era lo que yo esperaba y tanto el capitán como el resto de los hombres, quedaron impresionados.

Se trataba de una mujer hermosa, de cabellera encendida y piel muy pálida. Caminaba despacio, dejando que la briza hiciera ondear su vestido de seda traslúcida, que le daba un aire divino.

—Bienvenidos—nos saludó.

Delante de ella, aparecieron cientos de mujeres de magnífica belleza, que desprendían una aura de luz blanca. Eran espíritus, que bailaban alrededor de su señora, para impedirnos alcanzarla. Ellas exhalaban una bruma, igualmente encantadora, que nos hizo sentirnos ligeros, expectantes. Me daba la sensación de estar presenciando un milagro, en lugar del ataque de una enemiga considerable y lo peor era que no me veía siendo capaz de atacar a esas doncellas.

Los caballos se inquietaron, haciéndonos retroceder y todos desenvainamos nuestras espadas. Yo tendría que dar la orden de ataque y guiar al ejército, mas estaba encandilado con esas criaturas, que flotaban dulcemente cerca de la asesina. Mi escudo se empañó, como si el frío en las almas de esos espíritus, fuera aún mayor que la calidez que emanaba mi piel bajo la armadura dorada.

Una melodía familiar empezó a cobrar fuerza, retumbando en mis oídos y el sonido del arpa, al mezclarse con la flauta y los tambores, hizo que

mis hombres evocaran los días pasados en las casas de placer, a donde iban luego de cada batalla.

Me giré sobre mi montura para alertarles que no escucharan esa música, y ya era tarde. Estaban anonadados, consumidos rápidamente por la lujuria que se despertaba en ellos con el movimiento alegre de los espíritus de luz y el retumbar de los tambores.

—Si mi señor es sabio, escogerá este momento para retirarse—dijo la bruja, mirándome desafiante.

—Cuando me retire, llevaré tu cabeza clavada sobre una lanza, como ofrenda para mi rey.

Ella se echó a reír y todas sus mujeres también lo hicieron, pero cuando quise avanzar, se voltearon hacia mí, para prevenirme de lo contrario.

—¿Tanto ambiciona acabar con la vida de estos hombres que tan lealmente le siguen?—me preguntó, acercándose para dejarme respirar el olor de la bebida que se escapaba de todo su cuerpo—. ¿No le basta con los que ya se pudren bajo la tierra, por haber seguido sus órdenes?

—¿Si es tan piadosa, porque no libera a esos espíritus a los que retiene en contra de su voluntad, en lugar de preocuparse por mis soldados?

La bruja volvió a reír y los espíritus gentiles, tomaron girones de sus trajes luminosos para cubrirse el rostro, de modo que no pudieran contemplar el terror que se desataría, una vez terminado nuestro diálogo. Sentí como un nudo se formaba en mi pecho y traté de espantarlo al aferrar la espada, pero no podía ignorar que muchos caerían en esa batalla y que sus viudas e hijos, me culparían a mí, por no haber acabado antes con la bruja.

—Ellas me sirven por voluntad propia—me dijo—. ¿No ves cómo están dispuestas a acabar con tus hombres, si se atreven a acercarse? Ellas son los espíritus de madres que murieron durante el parto y yo las he convocado, para que me protejan, a cambio de permitirle cuidar de sus hijos huérfanos. ¿No es acaso una obra magnánima y generosa de mi parte?

La espada se estremeció en mi mano, movida por la rabia que sentía acumulándoseme dentro del pecho, pero la contuve, porque si atacaba,

mis hombres morirían atravesados por los espíritus luminosos, ya que sabía muy bien, que no hay mayor voluntad que la de una madre que intenta proteger a los suyos, y yo jamás lucharía contra eso.

—Cuando te derrote, daré descanso eterno a esos espíritus a los que manipulas—le aseguré—, y te haré desaparecer, dejando únicamente las huellas de mis guerreros sobre este valle.

Ella avanzó lentamente, contoneando sus curvas para atraer a mis ojos y yo supe evitarla, porque nunca antes había caído presa de la lujuria y esa no sería la primera vez. Desmonté para quedar a su altura y ahorrarle una muerte atroz a un caballo que podía ser mi última alternativa para escapar, en caso de necesitarlo.

—Yo también tengo un gran ejercito—se jactó—. Lo conforman todos esos hombres que murieron bajo tus órdenes, los niños que sucumbieron ante el hambre cuando arrasaste con los campos de cultivo, las madres que dieron su último alimento a los pequeños, manteniendo la esperanza de que la paz llegaría, una vez que su señor, estuviera satisfecho con la sangre enemiga.

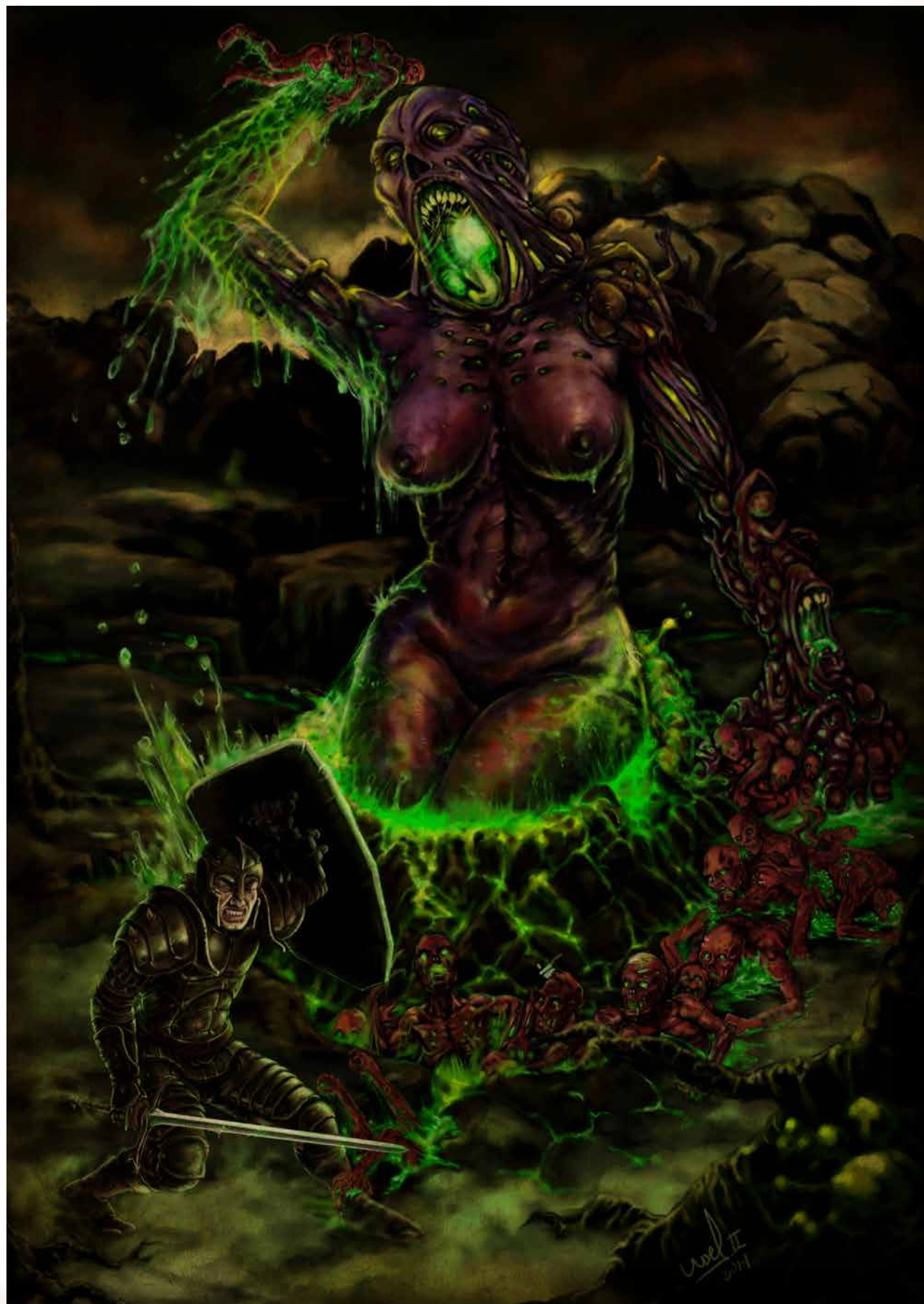
Para reforzar sus palabras, la bruja hizo que la tierra se quebrara y miles de cuerpos fueron apareciendo entre la bruma blanca liberada por los espíritus. El hedor de la carne quemada, los gritos de socorro, el rugido de la muerte abrazando a los que agonizaban, inundó el valle.

Alzando mi espada, marché, dispuesto a morir o a detenerla, y ella se hundió entre las grietas, para levantarse como una gigante compuesta por cadáveres, que serían mi único oponente.

Corrí para evitar que me aplastara con los despojos que sacaba de sus tumbas y al reconocer las voces de los compañeros que se lamentaban, sentía partes de mi armadura quebrándose, hasta dejarme indefenso.

Había perdido el yelmo, el escudo, y el aliento, porque sobre mi espalda se abalanzaron cientos de cuervos, cuyos picos escarbaban en mi piel, en espera de sacar los huesos sobre los que la bruja levantaría el altar de su victoria.

Desde el cielo llovían flechas, la carne pútrida al ser vencida por la enfermedad y un río verde de



Uvel II
2011

purulencia, salió de entre las piernas de la bruja para intentar abrazarme, como si todas las pestes del infierno escaparan bajo los gritos de los soldados vencidos.

Los cuerpos de los caballos muertos conformaron una muralla, que separaba a los vivos del infierno y las llamas en las que yo estaba envuelto.

Con una última mirada divisé las marcas de un cilicio sobre el pecho de la bruja, como si se tratara de una criatura casta, que intentara mantener la virtud en su piel, a través del sufrimiento que alejaba a los pensamientos impuros. Me pareció irónico que tuviera esas huellas de conciencia, ya que ahora se complacía invocando a criaturas infernales de siete bocas, que se atragantaban con los pecados de los hombres a su merced.

Percibí el sabor de la derrota en mi lengua y los últimos estandartes cayeron, para dejar al descubierto los rasgos deformados por la maldad, con los que la bruja caminaba a mi encuentro.

Su enorme tamaño fue disminuyendo y del interior de aquellos cuerpos lacerados, volvió a aparecer la mujer hermosa de cabellos rojos, que caminaba con la seguridad de saberse invulnerable.

—El olor de la derrota me atrae más que cualquier otra cosa—me dijo, arrodillándose a mi lado para acariciarme el rostro—. Es una pena que no hayas querido escuchar mis consejos, o de lo contrario, estaríamos celebrando, en lugar de despedirnos. Sabes, aún podrías hacer algo para salvar a los que todavía respiran.

Miré hacia la dirección que me señalaba y encontré a muchos de mis hombres, arrastrándose para poner distancia entre ellos y la bruja.

Los espíritus luminosos ahora rodeaban la tienda, como si quisieran invitarme a un último sacrificio, el que yo, esta vez, no rechazaría; porque de hacerlo, estaría condenando a los sobrevivientes a una muerte segura.

—No es a mí, sino a tu vanidad, a quien debes culpar por este desastre—me dijo—. Orgullosa e ingenuo, creíste que la armadura dorada fue un regalo de tu rey, para incitarte a la lucha.

—¿Qué dices?

Traté de incorporarme y ella me lo impidió, posando su mano sobre mi hombro para mantenerme recostado al cadáver de un corcel, que reconocí como a mi viejo compañero de lucha.

El tacto de la bruja era gentil, dulce, placentero, nada parecido a los ataques que minutos atrás acabaron con todo un ejército; pero lo que más me afligía, era esa revelación que aún se confabulaba entre sus labios atractivos y ponzoñosos.

—¿Nunca imaginaste que esa armadura podía ser un regalo del enemigo?—me preguntó entre risas—. Gracias a ella, pude acabar con tus hombres sin el menor esfuerzo.

La rabia y la incredulidad en mi rostro, la hizo estremecerse en sonoras carcajadas que arrancó lamentos a los moribundos dispersos por el campo de batalla y me juré que encontraría la muerte, aunque solo fuese mordiendo mi lengua hasta ahogarme, con tal de no verla torturándose aún más.

—Esa armadura cargaba con un poderoso hechizo—se jactó la bruja—. Al desmontar, eliminaste a los caballos que cargaban a los soldados, al perder el yelmo, todas las armaduras se desmoronaron, como si estuvieran echas del más frágil papel y al echar a un lado tú escudo, las espadas se redujeron a cenizas.

Quise comprobar esas palabras y los espíritus iluminados me lo impidieron al acercarse, para alzarme como a un niño pequeño que llora tras una caída. Escuché el suave canto, que como una nana antes de dormir, tranquilizó mis temores y despejó a los monstruos ocultos bajo el lecho.

Creí estar soñando, libre de enemigos y heridas sangrantes; pero al abrir los ojos, me encontré dentro de la tienda de la bruja, recostado a un diván dorado y con una túnica blanca cubriéndome el cuerpo.

—¿Quieres beber y quitarte el sabor de la hiel de la garganta?—me dijo la bruja, ofreciéndome una copa con vino.

La rechacé con un gesto, incapaz de moverme por el temor a estar delirando.

—No he sido yo, pero alguien te derrotará algún día.

—¿De verdad lo crees posible?— se burló—. No veo porque alguien querría derrotarme, cuando yo solo me propongo salvaguardar a estas tierras de hombres ilusos y ambiciosos como tú.

—¡Salvaguardar! —grité—. ¿Es salvaguardar quitarles la vista a hombres indefensos?

Ella no se inmutó por mis gritos. Siguió bebiendo de su copa y con el mismo andar tranquilo de antes, caminó hacia el diván plateado que se levantaba frente al mío y se sentó, mostrándome sus piernas desnudas al cruzarlas.

—Ese hombre ciego al que conociste, fue en el pasado, un gran señor —me contó—. Perdió toda su fortuna al apostar por un mal aliado en la guerra y tuvo que cederle al enemigo, hasta a su propia hija. Vino a mí, en espera de que le restituyera todo lo perdido y yo lo hice, a cambio de sus ojos, pero como sus familiares no lo amaban sinceramente, prefirieron robarle las riquezas y escapar lejos de él. Ahora vaga como un alma en pena, culpándome por sus desgracias.

Me costaba creer que hubiese algo de cierto en esa historia y al verla tan ensimismada, decidí actuar. Busqué una posible vía de escape, un arma con la que agredirla, mas ella era demasiado astuta como para dejarme obrar.

—Te propongo un intercambio—me dijo—. Yo libero a tus hombres y te dejo marchar con vida, si me das algo que he deseado por mucho tiempo.

—¿Qué puedo tener yo que complazca a un monstruo como tú?

Esas palabras le hicieron gracia y su risa alejó a los espíritus luminosos, dejándonos en la penumbra.

Una melodía armoniosa se dejó escuchar, y esta vez las flautas y laudes mezclaban lo mejor de su arte, con una gracia tal, que parecía estar en medio de una celebración, cuando en verdad estaba luchando por mi vida.

—Quiero que bailes conmigo—me dijo—. Serás gentil, tierno. Procurarás por mi placer, antes que por el tuyo. Por primera vez, tendrás que agradecerle a una mujer, sin que tus conquistas en el campo de batalla la intimiden.

—No comprendo— admití.

—Es muy sencillo—me aseguré—. Concédeme esta pieza y una vez que la música acabe, te perdonaré la vida a ti y a todos los guerreros que te acompañan.

Sus palabras carecían de sentido y mi incredulidad la divertía tanto, que se acercó para ofrecerme su mano, en actitud festiva.

—¿Qué prefieres?— insistió—. ¿Bailarás conmigo o correrás junto a tus hombres en una fuga inútil?

Consternado, acepté su mano y la atraje contra mi cuerpo, para empezar a seguirle los pazos. Cerré los ojos y tragué con dificultad, porque su olor era demasiado agradable para un hombre que lleva años alejados del confort de su hogar y no quería ceder ante los impulsos.

Ella lo sabía y mi debilidad estaba haciendo de ese momento un alago, que afectaba más a mi orgullo, ya increíblemente dañado.

Un suspiro se me escapó y al abrir los ojos, estábamos envueltos en un cálido abrazo, en medio del salón del trono y todos los cortesanos nos miraban enternecidos. Mi enemiga llevaba un traje blanco, encantador, sus cabellos ondeaban con la brisa que entraba por las ventanas y que enredaba sus cabellos en el velo nupcial. Traía flores adornándola y yo me vi reflejado en sus ojos, dilatados por la emoción. También reía y sus manos delicadas aferraban las hombreras de mi armadura, para continuar bailando en ese día irrepetible.

Nos iluminaban las velas que las jovencitas casaderas sostenían, en espera de algún caballero que las aceptara como guía durante esa noche de cortejos y la música fue aplacándose, avisando de que muy pronto nos dejarían al fin a solas, como tanto ansiaba; porque solo entre los brazos de mi amada, encontraría esperanzas para un futuro mejor.

Me incliné en busca de un beso que sellara ese momento mágico y las risas de los presentes me lo impidieron con sus tonos agresivos y burlescos.

—Gracias—me dijo la voz de un hombre que

me pareció familiar—. Me diste justo lo que quería.

Abrí los ojos y horrorizado comprobé, que no estaba en mi piel, sino en la de la bruja. Tenía senos, mi cabello era rojo y al mirarme reflejado en la armadura, me convencí de que no se trataba de una pesadilla.

—Necesitaba el cuerpo de un héroe para que me dejaran entrar en la ciudadela y ahora que soy el temido General Rarnel, nadie se atreverá a cerrarme las puertas.

Ella se echó a reír, al igual que el anciano herido, cuya sangre manchaba el suelo de la tienda interminablemente, mientras la ayudaba a ceñirse mi cuerpo y la armadura.

—Te advertí que no te acercaras a Nezália—me dijo el anciano—. Yo una vez fui un gran señor, como usted también lo fue. Tuve castillos, sirvientes y lo perdí todo... en esta guerra. Tanta desgracia me llevó a vender a mi hija al enemigo, que la torturó incansablemente, al entregarla como esclava a los soldados lujuriosos, pero supo volver del infierno y ahora es poderosa.

Esas revelaciones daban sentido a las marcas del cilicio que ella llevaba en el pecho cuando se transformaba, porque fue casta y pura durante su vida humana, antes de ser vendida al enemigo; mientras que en el presente, era la pesadilla para aquellos que albergaran la ambición y la crueldad en sus corazones.

La bruja se reía. Las palabras del anciano ya no podían afectarla y solo hicieron eco en mi cabeza, para aumentar el temor.

—Ambos fuimos sinceros—me aseguró la bruja—. Él te advirtió y no lo escuchaste. Yo te conté sobre cómo me pidió ayuda, una vez que supo que había regresado de entre los muertos y cómo fue traicionado por aquellos que me amaban y lo vieron entregarme al enemigo, por simple codicia. Ahora sufrirás en carne propia lo que las víctimas de la guerra soportan, mientras grandes señores como tú, ostentan armaduras doradas y comen en los salones del palacio real.

Intenté acercármele para arañarla con sus propias garras y los espíritus de luz se hicieron presentes, prohibiéndome el paso.

—El intercambio ha finalizado—sentenció—. Yo iré a cobrar la recompensa por haber derrotado a la bruja Nezália y tal como prometí, tú quedarás libre, al igual que los hombres a los que has guiado hasta aquí.

La bruja abandonó si más la tienda, seguida por el anciano y los espíritus a la vez que yo envolvía mi cuerpo de mujer en las sábanas y echaba a correr detrás de ella, aun desconcertado.

Los soldados dejaron escapar carcajadas y silbidos al comprobar que su general salía victorioso, desechando a la bruja que no pudo resistirse a sus encantos y que no conservó el poder suficiente para derrotarlo.

Todo había sido planeado con el máximo cuidado y yo caí en su trampa, no como un guerrero vencido por un oponente superior, sino como una mariposa que encuentra la muerte al acercarse a la luz.

—¡Viva el general!—gritó el capitán Arsel.

Los soldados soltaron sus vítores y ella tomó las riendas del caballo, para encabezar la vanguardia de mi ejército, que no había sufrido más baja que la de su verdadero líder.

—¡Espera!—grité despavorido.

—No te preocupes—me dijo la bruja—. En esa tienda hay provisiones para que sobrevivas, pero ten cuidado, porque no son pocos los que desean darle muerte a la bruja Nezália para convertirse en héroes.

Ella cabalgó con la victoria impulsando los estandartes y me quedé solo, indefenso, encerrado en el hermoso cuerpo de mi enemiga.

FIN



Mi ángel triste

Un relato de terror de Ángeles Mora

Aldea de Asperelo 31 de Octubre de 1931

Quiero dejar estos papeles escritos como testimonio de mi paso por este mundo de vivos.

En esta noche, encomiendo mi alma a Dios para que conduzca mis pasos, en la que será mi última acción como pecador en este mundo, y refuerce mi fe en las horas venideras.

Oh, lector, te imploro que al posar tus ojos sobre estas letras, tengas a bien elevar una plegaria en favor de mi alma y de la paz que habrá de robarme el sonido de las campanas llamando al cambio de día.

Seas quien seas y cualesquiera que sea tu condición, tu corazón cristiano habrá de estremecerse y apiadarse al conocer mi historia. Apelaré a tu paciencia porque habremos de viajar algunos años atrás y quizás mi memoria divague entre la bruma de mis recuerdos.

No voy a aburrirte con mi infancia, bastará con que conozcas que a la edad de doce años entré en el manicomio del municipio de Entrimo para ayudar en las cocinas.

Mi existencia pasaba entre calderos hirviendo y mondas de patata mientras mi alma trataba de acostumbrarse a las risas histéricas que desgarraban el aire o a los alaridos que atravesaban el silencio de los muros. Por mucho que se conviva con la locura, uno no consigue asimilar la crueldad con la que se ensaña en las mentes más débiles.

Mis días transcurrían entre las paredes de aquel pabellón y mis noches atravesaban la carballeira, el robledal que me devolvía al cobijo de mi

hogar. Noches de tranquilidad frente a días de sobresaltos. Días locos y noches cuerdas...

Siempre mantuve mis sueños alejados de aquella realidad. Hasta que se cruzó en mi vida Amancio Louredo. Hace diez años. Ingresó el 1 de noviembre de 1921. Aquella noche de difuntos su vida cambió de forma cruel y, en cuanto la oscuridad remitió y el sol desplegó sus primeras luces, fue encontrado en mitad de un cruce de caminos con la mirada perdida y la capacidad de hablar totalmente ausente.

Esa misma tarde, Amancio Louredo pasó a engrosar la lista de pacientes del Sanatorio Mental de Nuestra Señora de la Misericordia.

Yo, por aquel entonces, ya llevaba casi tres años cruzándome con ancianos que hablaban con el eco de los pasillos, muchachitas a las que les gustaba echar a correr quitándose las ropas que las cubrían o señoras que se creían perseguidas por el mismísimo diablo. Ya no me sobresaltaba con los gritos, las carcajadas o los lamentos y, sin embargo, la persona de Amancio Louredo conseguía llenarme de angustia con su sola presencia. Sin hacer absolutamente nada, porque el pobre desgraciado no gritaba, ni lloraba, ni reía, ni maldecía... y era esa imposibilidad de hacer algo la que ocasionaba el nudo que se apoderaba de mi estómago.

Más que un ser humano, parecía un ángel triste.

Ha de quedarte claro, lector, que nunca he sido persona supersticiosa que creyera en fantasmas, espectros ni ánimas errantes. Siempre fui de los que sólo creen en lo que ven y, quizás por eso, por lo que veía en la mirada vacía de Amancio Louredo aquel ángel triste se fue convirtiendo en *mi* ángel triste.

Desde mi puesto en las cocinas, podía ver como lo sacaban al jardín para que el sol restara algo de la palidez que día a día se iba apoderando de su piel.

Allí lo dejaban, sentado en su eterna silla de ruedas sin necesidad alguna de vigilancia y allí quedaba él, inmóvil, silencioso... como un cadáver que tuviese la capacidad de pestañear. Ese fue, durante todos aquellos años, el único movimiento que le vi hacer, como si solamente sus párpados obedecieran las órdenes de lo que una vez fue un cerebro.

Un ángel triste tendido al sol para que sus alas se secaran. Esa es la imagen que siempre mostró Amancio Louredo.

Poco a poco, sin que él fuera consciente y sin que yo supiera por qué, fue creándose una especie de vínculo entre nosotros que apaciguaba mi angustia y hacía desaparecer el nudo de mi estómago.

Tal vez sólo fuera lástima, lector, pero aquella quietud extrema me unió sin remedio a su desgracia... entonces y ahora, en mis últimas horas.

Con la llegada del buen tiempo encontré la excusa perfecta para acercarme a mi ángel triste. Trasladé mi banco de mondar patatas a un rincón soleado frente a las cocinas, justo junto a la silla de ruedas de Amancio Louredo.

Así fue como lo noté. Su olor. Olía a velas encendidas.

Daba igual que acabaran de asearlo, que la manta que cubría sus piernas oliera a moho o que hubieran usado más agua de colonia de la precisa, aquel olor a cera siempre destacaba por encima de los otros de una manera incomprensible.

Ay, lector, el aroma a cera caliente era tal que, en la inocencia de mis pocos años, llegué a temer que su inmovilidad, su mutismo, su olor y el color pálido de su piel pudieran presagiar que aquella persona se estuviese convirtiendo en una estatua de cera.

Hoy sé que la verdad era mucho más terrible.

Comencé a vislumbrarla en el tercer aniversario de la llegada de Amancio Louredo al Sanatorio Mental de Nuestra Señora de la Misericordia.

La madrugada del 31 de octubre al 1 de noviembre de 1924 vi llorar a mi ángel triste.

Primero fue en la visita que me hizo en sueños, un llanto tan silencioso como su persona, tan estático como su cuerpo y tan perdido como su mirada. Sus lágrimas se acompañaron con palabras desesperadas que salían, atropelladas, entre sollozos y lamentos.

Después, a la mañana siguiente, ya de vuelta en la realidad alejada de mi cama, vi cómo de sus ojos vacíos brotaba una lágrima. Sólo una. Llegó sin acompañarse de sollozo, lamento o palabra alguna, pero allí, contemplando aquel silencio ensordecedor volvía a escuchar en mi mente la frase que repitiera en mi sueño.

Non podo máis. Non podo máis.

Nunca olvidaré aquella pena húmeda resbalando por la quietud de su dolor.

Al día siguiente, todo volvió a la normalidad estática de sus baños de sol, al estar sin estar, a la muerte en vida a la que estaba sometido su cuerpo.

Su inmovilidad siguió acompañando mis tareas cotidianas, día a día, observando cómo la palidez le ganaba la batalla a su piel, hasta que dos años después Amancio Louredo volvió a visitarme en sueños.

Me asaltó entre la penumbra de mi vigilia, me estremeció el alma con el arrastrar de unos pies que siempre había visto quietos, con el murmurar de unos labios que nunca había conocido llenos de palabras, con unos ojos suplicantes que nunca había visto reflejando emoción alguna.

Non podo máis. Estou canso. Non pod máis.

Nunca se lo conté a nadie pero, al despertar, mi dormitorio estaba impregnado del característico aroma que desprenden las velas encendidas.

Al día siguiente, busqué la lágrima solitaria de mi ángel triste pero esta vez sus ojos permanecieron más vacíos que nunca, dejándome allí, esperando la confirmación de su visita más allá de la certeza de haberla sentido.

Ay, lector, quizás me estoy alargando demasiado... el tiempo se me escapa de las manos apremiando un final que ha de quedar escrito para

la curiosidad de tus ojos y la tranquilidad de mi alma. Apresuraré mi escritura para que las campanadas de la media noche no me encuentren con la tarea inacabada.

Bastará con que sepas que las visitas de Amancio Louredo a mis sueños se pasearon por todo el calendario, abandonando la exclusividad de las noches de difuntos. La imagen de mi ángel triste se arrojaba con mis sábanas con más frecuencia de la que mi tranquilidad podía resistir. Mis noches dejaron de ser cuerdas para impregnarse de la locura que me rodeaba de día.

* * *

Dos días antes de la noche de difuntos del pasado año, la visita nocturna se llenó de palabras nuevas y la verdad se me reveló de una forma cruel y aplastante.

Non podo máis. Estou canso. Non podo máis.

Non quero camiñar máis.

Non podo máis. Estou canso. Non podo máis.

Oh, lector, imaginar el caminar del que hablaba devolvió el nudo a mi estómago y mi angustia removi  todo lo que había cre do siempre... todo en lo que no había cre do nunca.

Durante aquellos dos días mi mente no dej  de inventar tónicas que desfilaban por caminos oscuros, reflejos dorados vagabundeando por los bosques, almas en pena caminando de encrucijada en encrucijada. La palidez de Amancio Louredo y su eterno olor a cera no hacían más que confirmar las más antiguas supersticiones de mi tierra.

Por miedo a obsesionarme o volverme loco y tener que acabar como paciente del manicomio, tom  una decisión que tratara de esclarecer la historia de aquel hombre.

Fue el gran error de mi vida.

Sabía que durante la madrugada del día de difuntos, el lugar perfecto para llevar a cabo mi plan era la encrucijada junto al cementerio.

Agazapado entre los matorrales, amparado por una oscuridad total, trataba de oír algo que

no fuese el martilleo de mi corazón latiendo en mis sienes.

Encerrado en un círculo que había arañado en la tierra con mis propias manos, esperaba tendido boca abajo, con las manos apretadas en puños en los que mis dedos pulgares asomaban entre el índice y el corazón. La figa. Una protección desesperada ante la visión que esperaba contemplar.

Ay, lector, esperaba engañarlos pero nadie puede burlar a la muerte y ellos son sus fieles mensajeros.

Un viento fuerte y helado se levantó repentinamente para avisarme de que mis ojos contemplarían la siniestra comitiva.

Lo primero que vislumbr  fue el dorado parpadeo que emitían las velas que portaban, destellando entre los arbustos, abriéndose paso en lo oscuro, formando dos hileras de estrellas que caminaban unidas. Después llegó hasta mí su sonido. Cánticos murmurados que acompañaban a sus pasos errantes llenando la madrugada con la voz de los difuntos. Por último, la silueta de sus t nicas se fue recortando en el camino. Acercándose.

Acerc ndose.

El volumen de sus cánticos subi , la imagen de sus tónicas se agrand  y la luz de sus velas se hizo m s nítida.

Y all , como sospechaba, apareció la figura de Amancio Louredo.

Caminaba.

Mi  ngel triste arrastraba pasos cansados que abrían la procesión de las  nimas.

Portaba una cruz y un caldero que salpicaba agua bendita y sus palabras volvieron a sonar en mi cabeza como atraídas por el soplar del viento que anunciaba a la Santa Compa a.

Non podo máis. Estou canso. Non podo máis.

Non quero camiñar máis.

Non podo máis. Estou canso. Non podo máis.

Agach  la cabeza cerrando los ojos, intentando asimilar lo que acababa de ver, dejando de respirar hasta que la fila de espectros errantes pasa-

ra de largo. Cuando volví a abrir mis párpados, las últimas almas que cerraban la comitiva, me arrancaron de cuajo toda esperanza de salir con bien de mi encuentro con aquellos mensajeros de la muerte.

Aquel desfile macabro acababa con los portadores de un ataúd. Un sencillo cajón de madera sujetado por cuatro columnas de tela blanca que desplegaban ecos cantados.

Cuando pensaba que nada podría superar la impresión de ver a mi ángel triste penando con aquellas almas, la verdad vino a golpearme con la fuerza de mil ángeles furiosos.

Cuando el ataúd se alejaba de mi escondite algo se movió en su interior para mirarme directamente a los ojos.

Ay, lector, no puedes imaginar lo que sentí, ni siquiera podrás acercarte mínimamente.

Fue como observar mi reflejo en un espejo. Me enfrenté a mis propios ojos llenos de miedo, a la imagen proyectada de mi futuro, a la certeza de una muerte anunciada como castigo a mi osadía.

Ya todo estaba hecho. Mi suerte había quedado ligada a la de mi ángel triste y a la parte más oscura de las supersticiones de mis antepasados convertida en realidad.

Hoy hace un año exacto de aquel encuentro y sé que mi tiempo se ha acabado, que la Santa Compañía convertirá esta noche de los difuntos en la recaudación de mi deuda y que esta vez no habrá círculo ni figa capaz de protegerme.

Durante más de trescientas noches, la escena de la encrucijada se ha repetido en cada sueño, como una ventana a lo inevitable, como un recordatorio perpetuo de mi final.

Amancio Louredo continuaba inmóvil dentro de la quietud de su mirada perdida. Mi descubrimiento de la verdad no había aliviado su carga y la imagen de sus pasos arrastrados aumentaba la mía.

Desde entonces, sus palabras me gritan desde ese abismo que veo en sus ojos, su grito lastimero me desgarran desde su amargura silenciada y he tomado la determinación de acabar con la penitencia de mi ángel triste.

Mi hora está marcada desde que tuve la osadía de mirar a la muerte a escondidas, pero nadie puede esconderse de ella, nadie puede mirarla sin que ella le vea. Aprende de mi error, lector, y huye de los caminos donde los difuntos acechan.

Voy a liberar a Amancio Louredo de su penar, lo libraré de su castigo de cruz y caldero para que mi final sirva de algo y pueda otorgarle la paz que, hace años, se le viene negando a su pobre cuerpo con olor a cera.

Esta noche, cuando las campanas canten recibiendo al cambio de día, volveré a buscar a la Santa Compañía. Sé que vendrán a buscarme, por eso, en esta noche de difuntos saldré a su encuentro en la encrucijada del cementerio y le haré frente.

Me iré con ella, sí, pero no como alma errante sino como vivo. Antes de que la mano de la muerte consiga robarme el último aliento, arrancaré de las manos cansadas de mi ángel triste la cruz y el caldero para ocupar su puesto. Para liberar a su alma de su condena y a su cuerpo de esa muerte en vida que lo mantiene ausente.

Mi ángel triste morirá en paz.

* * *

Querido lector, cuando tus ojos se posen en el final de estas letras, mi cuerpo ya no será mi cuerpo y mi alma caminará al frente de la procesión de las ánimas. Por eso, me encomiendo a tu corazón cristiano para que recuerdes en tus oraciones al pobre Amancio Louredo liberado de su penitencia y a este pecador que quiso engañar a la muerte.

Prega por min e polo meu anxo triste.

FIN

TOO LATE

Un cuento gráfico de Óscar Torres Gestoso basado en un micro-relato de Ángeles Mora

El tiempo se ha derramado, escapándose entre mis dedos con actitud decidida e irrevocable.



Como una idea difuminada ha ido desapareciendo de forma indiferente, sin importarle nada, sin confesarme el refugio hacia donde corre a esconderse.

TOO LATE

GUIÓN: ANGELES MORA / DIBUJO: OSK

Los segundos se evaporan como las lágrimas que cayeron en el olvido, como los tragos amargos que fueron superados sin que los llorara.



Los minutos me arrinconaron haciéndome víctima de algún teorema descabellado que aún no ha sido inventado.



El tiempo ha huido de mi vida insinuándose con un adiós sutil, con los contornos desgastados por todo lo aprendido y todo lo que olvidé.



Salió dejando a mi disposición una página en blanco salpicada por esfuerzos inútiles para detener lo irremediable.

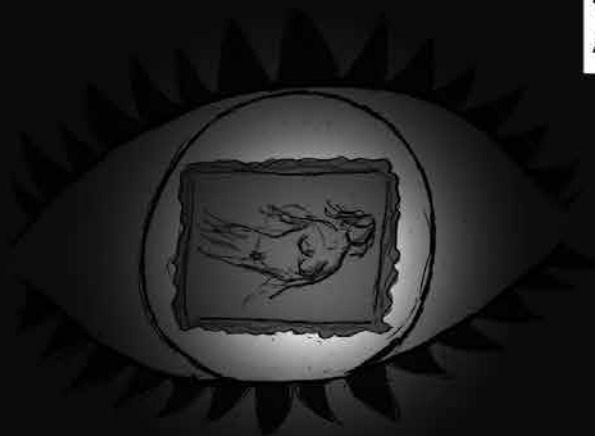




Nunca advertí la
secuencia de sus agujas,
lo inaccesible de su
ritmo, lo productivo de
su rotación.



*Sólo reparé en su
presencia justo en el
mismo instante en el
que me di cuenta de
su ausencia.*



FIN

EL BOSQUE DE SINERGIA

Un relato de ciencia ficción de Daniel Flores Laino

Muy a su manera, Trek me avisó que una Mestrella chocaría contra nosotros. El hecho era inminente. Un montón de jadeos y movimientos de cola, y cada tanto algún ladrido lastimero, constituían el cuerpo del mensaje. Claro que no hicieron falta palabras; me bastó con ver a Trek despierto en mitad de la noche para saber que era algo urgente.

—Ya voy —le dije.

—¡Roof!

Me incorporé con cuidado en el catre. La espalda me dolía como si algo se hubiese roto. Pero no, no había nada roto, simplemente ya no estaba en edad de moverme a cualquier hora, y mucho menos con ese frío. De no haber sido por la angustia evidente del can, no hubiera movido un músculo. Me eché una manta gruesa sobre los hombros, encendí fuego en un palo y, con lentitud, comencé a desandar el camino de la cueva hasta la superficie. La luz temblaba por los corredores e iluminaba perezosamente a Trek, que iba unos pasos adelante abanicando la cola; los tallos externos de su columna vertebral se abrían y se cerraban con una ansiedad que delataba el miedo. Mis tallos —los de los codos, al menos—, permanecían cerrados como una cripta.

La abertura de la salida resplandecía de tal modo que sugirió a mi mente una explosión interminable, casi primordial. Trek salió con ánimo feroz, a todo ladrido; yo, antes de seguirlo, asomé la cabeza para comprobar que no hubiera riesgo. Y no lo había, de momento.

* * *

El Llano Azul se encontraba ahora encendido por la cercanía de una estrella que parecía quieta en el cielo, sus rayos extendiéndose y achicándose continuamente. No se sentía aún el calor.

—Así que este era el apuro. Ya veo... —reflexioné sin dejar de examinar el fulgor—. Supongo que debe ser el Fin del que habla el *Compendio*, Trek. Aunque es extraño que la Suma Fuente no nos haya dado señales. No lo entiendo... ¿A vos qué te parece?

—¡Roof! ¡Grrr! ¡Roof! ¡Roof!!

—Es inútil ladrarle a la estrella, pedazo de tonto, ¡no tiene oídos!

—¡Grrr!

—Está bien, está bien, tranquilo —le dije mientras acariciaba las hojas tiernas de su lomo—. Mirá allá, en las otras cuevas, parece que todos los planticios salieron a ver lo mismo, ¿eh? Claro que no es un evento que deba pasar inadvertido. ¡El fin es la fecha madre! ¡Hora de horas! Y, por algún motivo, siempre supe que sería de este tenor: majestuoso, arrasador... ¿No estás ansioso? ¿Ni un poco? Mirá cómo cae, tan solemne. Decime, Trek, ¿no se te hizo larga esta vida? Porque debo confesar que a mí sí.

Pero mi can no paraba de gruñirle y de rabiarse contra la estrella suspendida en el cielo. Tal era la intensidad del brillo que no dejaba ver siquiera las gigantescas matrices herbales frente al Llano Azul.

—Quieto ya, Trek, que quiero ver esto en absoluta calma. ¿Por qué no vas a buscar mi escritura de transmigración? Creo que es tiempo de decir las palabras.

—¡Roof!

Mi obediente muchacho, aunque un poco a reñañadientes, corrió al interior de la cueva, tomó de encima de la tabla de noche el *Compendio* y me lo trajo. Quitó unos restos de baba de la tapa, abrí el enorme tomo y busqué entre las diversas fórmulas. Esta no, esta tampoco, aquella no me gustaba tanto, la otra era poco conveniente. No, no y...

Y entonces la estrella se movió en el cielo hacia un lado, lentamente, proyectando nuevas sombras en otra dirección; luego se movió hacia el lado opuesto. Parecía como si nos estudiara. De pronto, el foco de luz se acercó tanto hasta nosotros que creí que moriríamos carbonizados; pero no, para nuestra sorpresa ¡no había calor! Es más, la luz volvió a alejarse y se detuvo en un punto aún más alto que el original. No era una estrella, descartado.

—¡Roof! ¡GRRROOF!

Miré a Trek y, como parte de lento proceso, empecé a sospechar. Es decir, empecé a escucharlo. ¿Por qué diablos no le había prestado atención antes? ¿Tres vidas juntos y un simple punto blanco me hace desoír a mi fiel Trek? ¡Qué tonto me sentía!

La luz se alejó hacia una zona remota del llano, luego giró, volvió, inspeccionó terrenos casi inhóspitos y al fin se apagó.

—Quieto, amigo; silencio. —Lo detuve antes de que volviera a quejarse.

El Llano Azul volvió a su oscuridad pacífica y las luminosas matrices volvieron a aparecer ante nosotros, colosales, de verdoso esplendor. Pero entre ellas y nosotros había ahora un gigante. Su anatomía no distaba demasiado de la de un planticio, siendo generosos; usaba un traje blanco que a simple vista parecía bastante incómodo y llevaba un casco redondo y espejado. Lo vimos detenerse sobre una de las matrices; la observaba, la exploraba con su luz portátil y tanteaba su estructura con avidez. Cuando noté que en el horizonte había otros gigantes merodeando por el bosque de matrices, empecé a retroceder lentamente hacia la cueva.

—¡Adentro, vamos! —le dije a Trek sin quitarle los ojos de encima a la enorme silueta—. ¡A encender el Nervio Alfabético! A prisa, a prisa...

—¡Roof! ¡Roof!

Trek, con la lengua fuera, se perdió a trote por el corredor de piedra. Yo lo seguí a mi ritmo. Para cuando llegué al Subsuelo de Control, el Nervio Alfabético ya estaba completamente encendido y dispuesto. Me encaminé al panel largo y comencé a frotar los símbolos pertinentes. Supuse que las otras cuevas ya tendrían encendidos sus respectivos paneles, así que, sin más dilación, pulsé el bulbo rosado y envié la orden: *¡Todos a las matrices, antes de que los gigantes escapen! Viertan todo el saviácido, de ser necesario...*

—Pronto, Trek, hay que abrir los capullos. Tardaré un buen rato en desvestirme. Sea obediente, can.

Y Trek era obediente, claro que sí, y —más que eso— era astuto. Era leal. No tardó nada en despertar los dos depósitos; el suelo estaba poblado de cables florales que brillaban con luz tenue y le conferían al rincón del subsuelo un aspecto sacro. Miré el interior de los largos capullos y sonreí. Hacía tanto que no entraba en uno que por un instante creí que no podría volver a manejar nuestra matriz y que fracasaría como un pobre viejo olvidadizo. ¿Cómo se activaban los brazos-espinos? ¿Con qué nervio se accionaba el conducto de saviácido? Y los nutrientes, ¿cómo se hacía para dividir los nutrientes en los diferentes almacenes? ¡Uf!, eran muchas las dudas. Pero no había tiempo para consultar el *Compendio*. Había que actuar.

El can entró primero, con una mezcla de ansiedad y diversión. No perdió tiempo. De inmediato se recostó dentro de la cápsula y, sin que yo le indicara nada, dio una vuelta sobre sí mismo para que los tallos de la columna vertebral se ajustaran a los axones. La comunicación fue lenta, supongo que porque el nido llevaba un buen tiempo sin uso; pero, una vez realizado el contacto, el capullo comenzó a cerrarse sobre Trek y a ceñirse a su cuerpo hasta quedar reducido a una película gelatinosa y reluciente. A su alrededor, los cables florales se agitaban: la información del can viajaba hacia las matrices con total normalidad. Para entonces, Trek ya no se movía y sus ojos se habían vuelto hacia atrás, pálidos.

Tardé en desvestirme, tanto o más de lo que había pronosticado. Una vez libre de ropas, me acerqué al rincón, esquivando los cables con sumo cuidado, y apoyé un pie dentro del capullo. Lo sentí tibio y aceitoso; también noté cómo tendía a ceñirse a mi pie con un extraño impulso de familiaridad. Tardamos relativamente poco en reconocernos. Complacido, me recosté y ubiqué cada uno de mis tallos en las neuritas tubulares que conectaban el capullo con las matrices; poco a poco, todas fueron encastrando en su lugar. Se sentía bien, se sentía fresco, pero una frescura de intensidad vital, casi eléctrica. *Zzzum, zzzum*, se oía el cimbreo de la cápsula. Las membranas comenzaron a descender. Lo inmediato fue el miedo, quizá por falta de costumbre. Respiré con calma. Hubo un momento en el que el exterior perdió la nitidez casi por completo; las membranas se oscurecían a medida que se ajustaban a mi cuerpo. Pronto todo se enrareció y, como desprendiéndome desde las entrañas, comencé a viajar a través de los conductos hacia el bosque.

El cambio de perspectiva fue majestuoso.

* * *

Lo que sigue no puedo relatarlo con claridad. Visiones fragmentadas, rotas, eso es lo que queda después de la matriz. Recuerdo a los gigantes de cascos espejados, ahora pequeños y urgentes, y todo el bosque de matrices encendido, desplegándose para cerrar el perímetro con una coordinación casi musical. Debíamos asegurar la zona. Nosotros tardamos en reaccionar. Luego de revisar los circuitos, probamos dar las primeras órdenes; alteramos el color de la corteza, después testeamos la ignición de los frutos, estiramos un brazo, otro. A final vemos que todo marcha bien. Y más que bien, ya que las largas espinas del brazo con el que jugamos logran capturar al sujeto de la luz móvil; sí, de inmediato lo envolvemos, lo traemos, invertimos su postura en el aire. Trek y yo somos ahora una misma sangre que va y viene por un cuerpo en armoniosa voluntad. Decidimos presionar y el sujeto del traje blanco comienza a agitarse; buscamos los puntos

más tiernos, tanteando con paciencia, hasta que logramos atravesar el material con una espina. Hay un ruido apagado detrás del espejo, como un *glub*. En ese momento, Trek me impulsa a que ciñamos otro poco, por si acaso, y yo accedo. Fue justo el movimiento que necesitábamos: el casco del gigante por fin se quiebra y nos revela detrás un rostro amoratado con unos ojos a punto de salirse, la boca como queriendo comerse el aire, una lengua que se hincha. Al cabo de un momento, los brazos del sujeto caen a los lados. Levantamos y acercamos el cuerpo a la matriz para corroborar su estado: inactivo. No obstante, el trabajo recién empieza. Pero antes de continuar observamos en la distancia y nos gusta lo que vemos. Hay por allá una matriz larga, una de las más grandes del parque, que logra capturar tres cuerpos y, sin perder un instante, vemos que de sus fibras verdes superiores comienza a soltar una intensa lluvia de saviácido. Los sujetos pronto caen, se convulsionan; la desintegración de los trajes deja ver figuras realmente similares a las nuestras, salvo por la elemental ausencia de tallos y por el tamaño de la estructura general. Pero el saviácido no se detiene y el tiempo para observar la forma externa es corto. Se oyen los gritos matizados por una afonía que pronto se apaga con ellos, paulatinamente; las pieles se desprenden de los rostros y aun así los sujetos se llevan las manos a la cara, como en un extraño gesto de esperanza. No conocían el procedimiento; es posible que vinieran de algún sitio remoto. El líquido que cae de las fibras altas no se detiene hasta el *final*. Trek me sugiere que hagamos lo mismo con el sujeto que apresó nuestro brazo-espino, ¡no podíamos tenerlo ahí colgado para siempre! Por supuesto, pienso, ya mismo, pero —tal como había temido— no recordaba cuál era el camino que llevaba hasta las fibras superiores. Tantas son las hebras de una matriz que un simple desvío lo lleva a uno a cualquier parte y se pierde. Entonces la sangre de mi can, al sentir lo que yo pensaba, brilló en una dirección y me señaló la ubicación precisa. El buen Trek, siempre atento. Le agradezco con un relampagueo de colores y enseguida parto por un sendero que ahora recuerdo pulido y con un sabroso olor a pétalos; me hubiera gustado que el trayecto fue-

se más largo, con más espacios y curvas, y giros y pendientes, pero lo cierto es que no tardé nada en llegar hasta la bomba de saviácido. Rápidamente me deslicé por un corredor, accedí al nervio conductor, abrí los bulbos que pendían de las fibras y, con un delicado giro alrededor de la llave-aguja, solté la lluvia verde y luminosa sobre el sujeto. Si me preguntan, me hubiera gustado permanecer más tiempo ahí dentro. Me sentía joven; el pulso firme; completo. Ojalá tuviéramos la oportunidad de entrar a las matrices con mayor frecuencia, pero por aquí, por Sinergia, nunca viene nadie. A veces, cada tres o cuatro generaciones, aparece alguno. Y bueno, eso hay que aprovecharlo.

* * *

Cuando todos los cuerpos por fin se licuaron y empezaron a filtrarse hacia las raíces, la actividad de las matrices comenzó a mermar. Trek se encargó de separar los líquidos vitales para transmigración de los líquidos alimenticios, como también condujo todo lo prescindible hasta el depósito de desechos. La matriz me expulsó a mí primero. Más tarde salió mi can, más contento y activo que nunca.

Lo primero que hice una vez afuera fue revisar el depósito de alimentos. ¡Pff!, con lo que obtuvimos de ese sujeto teníamos para cuatro o cinco vidas más. Supuse que Trek se pondría contento con la noticia.

—Muchachito, habrá Llano Azul para largo. Y supongo que, con la energía residual, podríamos tomarnos la libertad de rejuvenecer un poco —guiñe un ojo.

—¡¡Roof!! —ladró y comenzó a dar vueltas a mi alrededor. De su lomo brotó una hojita, como gesto de agradecimiento. (No hay gesto planticio más bello que brotar para otro). Le acaricié el lomo y le revolví los pelos entre las orejas.

—Está bien, está bien, pero antes vamos a dar un paseo. Se acerca la hora de la claridad. Lo de anoche merece un espectáculo.

—¡Roof! ¡Roof!

Trek salió primero de la cueva, como siempre. Yo lo alcancé a mi ritmo. El exterior era fresco y el arribo del día comenzaba a encender el llano. Por allá había otros esperando el amanecer. Saludé con una mano; me devolvieron el gesto. Noté cierta alegría que flotaba en todo el campo. Se oía el perfume de los frutos y la hierba del bosque; la tierra resplandecía como una estrella nueva. Pensé en la regeneración. Era una ventaja no tener que transmigrar y ahorrarnos con eso una vida; además, el proceso es largo y aburrido. La mayoría optaría por regenerar. ¿Y por qué no?, después de todo, teníamos energía de sobra. Pero hubiera sido de mala educación hacerlo sin dar antes la ofrenda diaria. La Suma Fuente es la esencia de todo lo que somos, la que mantiene vivas las matrices y frescos nuestros tallos; sin ella no hubiéramos podido con los gigantes. Así que con Trek caminamos algunos metros fuera de la cueva hasta encontrar un lugar cómodo y nos sentamos sobre la tierra azul, bien juntos, de espaldas al día. Y cuando el sol despuntó en lo alto, más allá de bosque, al igual que el resto de los planticios, nos inclinamos un poco hacia delante, abrimos cada uno los tallos y, con una fuerza simultánea, florecimos.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Daniel Flores Laino en su [blog](#).

CLODIÓN Y LA ESPADA CRAIONTE



Un relato de fantasía épica de Ramón Hernández

Clodion de Albarracín,
Año de Nuestro Señor 1.209

Señor mío:

Como vos me pedisteis, os narro todo lo que me acontece desde que os dejé en vuestros dominios, en la ciudad de Béjar, con su venia y una ardua tarea entre manos. Entregar la espada Craionte al señor de la villa de Granada, en prenda al enlace entre vuestra hija y el primogénito del señor de la villa de Granada, Fernando de Escorián. Mi corazón se llena de felicidad al saber que desposáis a vuestra hija con tan noble caballero. Desde que partí, hace una semana, mi corazón se ha endurecido debido a mi viaje y a separarme de vos, de mi tierra y del lugar donde soy feliz, y solo me llena de congojo el que haya confiado en mí para esta misión, repleta de honor y gloria para con mi alma y mi nombre.

Nada más salir, a pie y con orgullo, supe que cometí un grave error. Peco de arrogante, se lo confieso. Creí que la sierra que se halla al sur de nuestros dominios no iba a ser tan implacable y dura, y casi estuve a punto de congelarme en las riveras del camino. Sólo fue un día de jornada, y mi cuerpo ya estaba exhausto. Reposé en el enclave de Cantagallo, alojándome en una posada al borde del camino, donde adquirí un caballo y a primera hora después del cantar del gallo partí en medio de una nevada ligera. Se me helaron los huesos nada más empezar la jornada, y esta tierra cruel estaba intentando por todos los medios que fracasara en mi empresa. No desistí. Vos a confiado en mí, y voy a cumplir con mi cometido, aunque me cueste la vida. Después de dos jornadas de viaje, mis ojos y mi corazón de posaron en el enclave de Baños, silencioso y cubierto de nieve blanca como la leche.

Mientras bajaba a trote por la montaña que se situaba al norte del enclave de Baños, vi algo que me inquietó. Mi caballo estaba algo exhausto debido a aquella infernal sierra, y me permití viajar a paso lento, disfrutando de las vistas hacia el inicio de aquel valle, y observé, bajo mi sorpresa, a una mujer corriendo por un campo que se hallaba a mi izquierda. Gritaba, y vestía unos ropajes deteriorados seguramente causa de la carrera que llevaba a cabo en esos momentos. Tenía los pies descalzos, llenos de arañazos, helados por la nieve que cubría el campo, y la cara llena de lágrimas casi congeladas, con restos de suciedad por toda su ropa, su pelo y su tez.

Detrás de ella, a unos pocos metros, aparecieron entre los árboles cuatro individuos, de muy malas formas y apestando a maldad. Vestían cotas de cuero sucias y desgastadas, y lucían mugre por todos los poros de su piel. Sus barbas y su pelo estaban tan descuidados como un campo dejado en barbecho años enteros, y pude entrever restos de comida podrida y babas secas por todo el conglomerado de su pelo facial. Y también pude sentir el brillo de lujuria en sus caras, lo que seguramente procedía a una violación en curso. Me parecía inaudito que en las tierras de mi señor caminasen seres que osaran desafiarlo así, y en nombre de su Casa y su honor fui a defender la pureza de aquella dama que estaba a punto de ser deshonrada.

Espoleé a mi caballo, y llegué a punto de evitar que aquellas bestias desgarraran los ropajes de la dama y empezaran a ultrajarla. Mi llegada hizo apartarse a los hombres de la dama, y yo recité en voz alta y con decisión:

“Bandidos, si no queréis probar el sabor de mi espada, os iréis de inmediato, lejos de las tierras

de mi se1or y de la dama aqu3 presente, y quedar3is perdonados por vuestro intento de deshonrar a la dama, con la promesa de no volver a intentar semejante crimen.”

“No tenemos porqu3 hacerle caso a vos, caballero errante, y si sab3is lo que os conviene, dar3is media vuelta, lejos de nuestra presencia y de la dama aqu3 presente.” — dijo el que parec3a el l3der de la banda, con una sonrisa.

Yo no esper3 ni un segundo m3s. Desenvain3 mi espada, y como ya he hecho en numerosas ocasiones cargu3 a caballo contra aquellos que hab3an osado retarme. Ya esperaban mi ataque, y el bandido hacia el que gu33 mi espada par3 el golpe con la suya mientras sonaba el grito agudo que anunciaba el choque de espadas. Nada m3s separarme de ellos con el caballo, baj3 y me dispuse a luchar a pie, como sol3a hacer cuando combat3a contra hombres que no pose3an montura en la batalla. Todo esto me trajo un recuerdo perdido, de una batalla distante en el tiempo, en tierras lejanas. Entonces ten3a yo solo diecise3s a1os, y esa era mi primera batalla. La mayor parte de la contienda luch3 en montura, y fue tremendamente dura. Mat3 a muchos hombres, mi se1or, a muchos... todav3a me acuerdo de los gritos, la sangre esparramada por el campo de batalla, y casi al finalizar aquella carnicer3a, aquel calor infernal que emanaba de la tierra y nos hostigaba desde el cielo... hu3 con unos cuantos valientes a la ciudad de Toledo, hasta que el rey de Le3n apareci3 para reunirse con Alfonso VIII, el rey de Castilla, para tratar asuntos relacionados con la corona. Yo quer3a volver a mi tierra, y le ped3 al rey que me dejase ir a B3jar para servirle a vos. Mis disculpas, me estoy desviando del relato original. Sabe c3mo soy de nost3lgico, mi se1or.

En todo caso los cuatro individuos cargaron contra m3 en una carrera desordenada, carente de estrategia y muy intr3pida. Solo me hizo falta colocarme en posici3n de ataque y en calma para cercenar las manos de los dos atacantes que ven3an en cabeza. Los dej3 tendidos en el suelo sollozando y ti1endo con su sangre el blanco de la nieve que cubr3a aquel campo. Los otros dos, al ver mi destreza con la espada, salieron a co-

rrer, pero yo no iba a permitir que escaparan. Han demostrado no tener honor ni pudor en hacer lo que les venga en gana, y escoria semejante como esa no merece vivir en las tierras de mi se1or. No obstante, ellos dos vest3an ropas m3s ligeras, y la nieve que cubr3a el campo me entorpec3a la carrera. Gracias a eso, uno de ellos pudo escapar. Cog3 al que atrap3 por el cogote, desprovisto de arma, y le arrastr3 hasta un toc3n cercano, henchido de rabia. La mujer todav3a estaba tendida en el suelo, observando todo con la mirada asustada. Cuando puse la cabeza del bandido en el toc3n, me dirig3 a 3l.

“Si tienes unas 3ltimas palabras, dilas ahora.” dije, concediendo al condenado.

“Te arrepentir3s de esto, caballero errante.” dijo el bandido, con rabia. Suspir3, y proced3 a ejecutar la sentencia.

“En nombre de Alfonso VIII, de la Casa de Borgo1a, Rey de Castilla, te sentencio a muerte. Que Dios tenga piedad de tu alma.” y en ese momento, mi espada silb3 en el aire y de un tajo cercen3 la cabeza del sentenciado. Sin pesta1ear, me dirig3 hacia la dama que a3n segu3a tendida en el suelo. Hasta ese momento no me di cuenta de lo hermosa que era. Era delgada, ten3a unos ojos del color del mar y una cortina de cabello negro como la noche. Mi coraz3n le perteneci3 a ella nada m3s cruzar nuestras miradas. Yo, como buen caballero, la ofrec3 protecci3n hasta llegar a la aldea.

“Mi se1ora, 3Se encuentra bien? 3Le han herido esos malhechores?”

“No, gracias a vos, Ser caballero. 3Puedo saber el nombre del valiente que me ha rescatado arriesgando su vida en ello?” dijo mientras yo la cog3a de la mano y la pon3a en pie. Era tan alta como yo, y aquellos ojos tan hermosos escrutaban mi rostro demostrando alegr3a por mi aparici3n.

“Mi nombre es Clodi3n de Albarrac3n, mi se1ora, espada juramentada del duque de B3jar, para servirla a vos.”

“Y mi nombre es Eur3dice, para servir a mi se1or. Si no os importa, ser3a para m3 un honor que me escoltarais hasta la aldea de Ba1os, si le

coge de camino. Le aseguro que seréis recompensado.”

“La única recompensa que espero de vos es una sonrisa cuando lleguemos a su destino, mi señora.”

“Es muy gentil, mi señor.” Y en ese momento, desde que empezó todo, sonrió. Mi corazón se aceleró, y deseé volver a verla sonreír.

La ayudé a montar en mi caballo, y yo fui andando mientras lo guiaba por el camino que nos llevaría hasta Baños. Mientras íbamos avanzando, Eurídice me preguntó por mí. Quería saber más sobre mi destino y el porqué de mi aparición por ese paraje abandonado.

“Ser Clodión, ¿Hacia donde viaja, si me permite la pregunta?”

“Viajo hacia la Villa de Granada. Tengo que entregar un presente a su señor para fraguar un enlace de boda entre su hijo y la hija de mi señor. Es una empresa importante y llena de honor. Me manda a mí como representante suyo, para hablar con su voz y recibir las palabras que tenga que oír mi señor con sus oídos.”

“¿Y cual es ese presente, mi señor?”

“Éste.” y desenvainé la espada Craionte para que la viera. La Craionte es un espadón que mide más de un metro, hecha de acero toledano y forjada por los mejores armeros de Burgos. Tenía incrustaciones de rubíes por la empuñadura y el pomo lo cubría un gran azabache del tamaño de un huevo. Habían forjado el metal de manera que la espada brillaba con un color azulado. Es, mi señor, una espada preciosa, digna de un Rey. Eurídice quedó maravillada ante la hermosura de la espada.

“Es una espada hermosa, mi señor. Lord Fernando va a quedar maravillado.”

“¿Conocéis a Lord Fernando?” pregunté. Eurídice sonrió.

“Un poco. Yo también me dirijo hacia la Villa de Granada.”

“Podría escoltarla hasta allí. Para mí sería un honor.” Si Eurídice era una doncella de Lord Fernando, se mostraría agradecido al yo haber

protegido a uno de sus súbditos, y el enlace al que representaba se haría más fuerte.

“Se lo agradezco, Ser Clodión, pero ya me esperan hombres de confianza en la aldea de Baños para realizar el viaje.”

El poco tiempo que tardamos en bajar hasta la aldea de Baños fue para mí el más hermoso en mucho tiempo. Eurídice y yo hablamos por todo el camino, intercambiando anécdotas y riendo mientras charlábamos. Debo reconocerlo, mi señor, me ha robado el corazón. Vos ya me ha instado en otras ocasiones en que tome por esposales alguna doncella de su corte, pero a mí no me ha enamorado ninguna dama como ella, y tengo intención de pedir al padre de Eurídice, si vive en la Villa de Granada, cortejar a la dama. Mi reputación precedía que era un buen marido a elegir, y además soy un caballero. Si Eurídice era una plebeya, el padre estaría sumamente encantado en que lo hiciera. Si, eso haré, con su venia, mi señor.

La aldea de Baños es una aldea pequeña, enclavada al principio de un gran valle que se extendía hacia el suroeste, y estaba situada en una zona montañosa y algo desnivelada debido a la cercanía de los montes. Es una zona fría, mi señor, pero en absoluto carente de vida. Debido a su situación, y en un paso hacia el sur, el comercio bullía como abejas en un avispero y en la calle principal del pueblo había numerosos puestos de venta, sobre todo de comida. Vi un puesto de armas, en el que me detuve a observar el material que poseían, y un puesto de joyería, donde compré a Eurídice un collar de plata con un pequeño diamante blanco. Me costó una fortuna, pero era poco precio comparado con la gratitud de Eurídice. Ella me lo agradeció con una sonrisa, y seguimos caminando por la aldea. Paró justo en unas ruinas romanas reformadas, y yo me detuve junto a ella.

“Ser Clodión, aquí termina nuestro viaje. Voy a darme un buen baño en las termas, y luego seguiré mi viaje hacia el sur. Otra vez más, os agradezco que me salvarais de esos malhechores. Y espero veros en la corte de mi señor en la villa de Granada.”

“Eso espero, Eur3dice. Hasta pronto, mi se1ora.” dije, mientras la ve3a entrar en aquel edificio romano tan bello.

Mi alma se llen3 de tristeza al verla partir, y dese3 volverla a ver cuanto antes con todas mis fuerzas. Estoy escribiendo este relato para vos sentado en una taberna al lado del edificio de justicia, bebi3ndome una cerveza, y en estos momentos voy a entregar esta carta a un cartero que viaje hacia el norte. Cuando entregue esta carta, me entrevistar3 con el alcalde de la zona, descansar3 en una posada y seguir3 mi camino. Espero llegar a la Villa de Granada ma1ana, y hacer llegar ya la espada Craionte a Fernando de Escori3n cuanto antes. Esperando volver a verle pronto, Clodi3n de Albarrac3n.

—Cartero, entregue esta carta cuanto antes al duque de B3jar, Ricardo de Baslados.

—Mi se1or, no voy hacia el norte hasta dentro de dos d3as. No puedo hacer eso, al menos hasta que me vaya.

—¿Ni por dos monedas de oro? —pregunt3 Clodi3n, mostrando en sus manos dos monedas relucientes de oro. La codicia brill3 en los ojos del cartero.

—Por dos monedas de oro ir3 ahora mismo, mi se1or. — el cartero sonri3.

—Entonces no se hable m3s. —Clodi3n le entreg3 la carta. — ¡Vaya presto, cartero, esta carta tiene que ser entregada cuanto antes!

Clodi3n sigui3 bebi3ndose la cerveza que pidi3 en aquella taberna, donde estaba alojado para descansar del camino y proseguir su viaje al d3a siguiente. Estaba pensando en todo lo que hab3a ocurrido en las 3ltimas horas, y se fundi3 en sus pensamientos junto con los m3ltiples ruidos que asolaban la taberna a esas horas de la ma1ana. Hab3a matado a varios bandidos en aquellas monta1as, y salvado la integridad f3sica a una dama que parec3a ser de noble cuna. Pese a los andrajos que vest3a, Clodi3n se dio cuenta de los pendientes que llevaba puestos en ambas orejas, hechos de oro puro y adornados con diamantes. Ese tipo de joya no es algo que suelen llevar puesto las verduleras. Y adem3s conoc3a a Fernando de Escori3n. La curiosidad invad3a su

mente acerca de qui3n era Eur3dice en realidad. ¿Qui3n ser3a aquella dama, y qu3 har3a en ese paraje sola, sin escolta, y perseguida por unos bandidos? En ese momento, alguien le sorprendi3.

—¿Ser Clodi3n?— Clodi3n se sobresalt3. La persona que le llam3 era un soldado que parec3a ser de la guardia de la aldea. Estaba bien uniformado, con una cota de mallas sencilla y cubierto de pieles que le abrigaban del fr3o. Su mirada era seria e intimidatoria. Clodi3n no se dej3 influir por la presencia del soldado.

—Si. —dijo de manera seca, y sigui3 bebiendo de su cerveza.

—El alcaide quiere verlo, mi se1or. Se corre la voz de que ha decapitado a unos bandidos en las cercan3as, y quiere darle las gracias personalmente.

—Est3 bien. —dijo Clodi3n, terminando su cerveza de un trago.— Llévame ante tu se1or.

Clodi3n sigui3 al soldado, sin decir nada. Siempre hab3a sido un hombre de pocas palabras. Y muy desconfiado, sobre todo muy desconfiado. En los tiempos que corri3an, donde un territorio por la ma1ana pod3a ser de un rey y por la noche de otro, no se pod3a confiar en nadie, porque pod3an ser del otro bando. Anduvieron por las calles de la aldea de ba1os, mezcl3ndose con la gente del mercado. Clodi3n observ3 a los ni1os corriendo por los tenderetes, vendedores dando voces anunciando sus productos, y los olores de la comida inundaron las fosas nasales de Clodi3n, embriag3ndose con el dulce olor del pan reci3n hecho, de la fruta invernal que se vend3a en los puestos y del vino y otros licores. De pronto se dio cuenta del hambre que ten3a, y se maldijo por no pedir nada de comer en la taberna en cuanto lleg3. Se pregunt3 si en la fortaleza del alcaide le podr3an dar algo de comer. Pasaron el mercado, y siguieron andando direcci3n a la garganta que pasaba por la aldea. La fortaleza del alcaide estaba situada casi al pie de la garganta que atravesaba el enclave y anclada en un peque1o risco desde donde se dominaba toda la zona. Era un edificio construido en su mayor parte de madera, con los cimientos de piedra pulida. Era de dos pisos, con dos peque1as torres donde se estaban apostados varios arqueros. Ya dentro el

soldado le gui3 hasta una habitaci3n grande y espaciosa, donde haba un hombre sentado junto a una mesa de madera sencilla. Nada m3s entrar mir3 al soldado, y luego a Clodi3n.

—Gracias por traer a Ser Clodi3n a mi presencia, soldado. Puede retirarse.— dijo el hombre. En ese momento Clodi3n no le reconoci3.

—A la orden, se3or.— cuando el soldado se retir3, aquel hombre se levant3 y fue hasta Clodi3n sonriendo.

—¡Mi buen amigo Clodi3n! Debiste presentarte nada m3s llegar aqua, granuja insolente.— 3ste fue a abrazarlo, pero Clodi3n le mir3 extra3ado.— ¿No me reconoces? ¿Tantos a3os han pasado?— Clodi3n escrut3 el rostro del hombre. Era se complexi3n fuerte, y de manos anchas. Tenia el pelo rubio como el sol, largo hasta el cuello, y una gran barba tambi3n de color rubio. Muchas arrugas poblaban todo su rostro, producto de tantos a3os combatiendo, pero sus ojos eran inconfundibles para Clodi3n.

—Solo diez a3os, Leovigildo Lamu3o.— dijo Clodi3n, abraz3ndolo.— No esperaba verte aqua. Lo 3ltimo que se de ti es que estabas en la corte del Rey.

—Hace un tiempo que me mandaron aqua, Clodi3n. Tengo al mando todos estos territorios como recompensa a mis servicios.

—Me alegro por ti, viejo amigo. Yo todav3a me estoy ganando el derecho a unas tierras propias, por desgracia. Ahora sirvo al duque de B3jar.

—Ten en cuenta que es un gran honor servir a tan distinguido caballero, Clodi3n. Seguro que cuando llegue el momento te recompensa por tus servicios. ¿Y en qu3 est3s metido ahora?

—Debo llevar una espada a la villa de Granada como presente en el compromiso de matrimonio entre el primog3nito de la villa de Granada y la hija del duque de B3jar. Es una espada magn3fica, estoy seguro de que Lord Fernando quedar3 maravillado.

—¿Le parece sensato a Lord Ricardo casar a su hija con un caballero que sirve a la corona Leonesa? Te recuerdo que esa villa pertenece al Reino de Le3n, y nosotros pertenecemos al reino de Castilla.

—No me corresponde a m3 cuestionar las decisiones de mi se3or, Leo. Si 3l cree oportuno casar a su hija con un se3or del reino de Le3n, tendr3 sus motivos. Adem3s, estas guerras y luchas entre los reinos cristianos me parecen una idiotez.— admiti3 Clodi3n.

—Y a m3. Todav3a recuerdo la batalla de Alarcos. ¿Y t3?— pregunt3 Leovigildo muy serio.

—A menudo sue3o con aqu3l d3a.— dijo Clodi3n. Siempre so3aba con ese mismo momento, cuando la caballer3a cristiana cargaba contra el ej3rcito enemigo. Sent3a el calor del suelo en sus piernas, el nerviosismo del caballo que montaba frente a lo que ven3a, y luego, el choque de armas y el olor a sangre y muerte. Logr3 huir con unos pocos afortunados hacia Toledo, para que luego los dos reyes, el de Castilla y el de Le3n debatiesen sobre qui3n era due3o de unos territorios y qui3n no. Si Alfonso IX hubiese presentado batalla junto a ellos, la victoria habr3a estado asegurada, y parte del territorio conquistado por los musulmanes ser3a en esos momentos de las coronas cristianas.

—Siguen luchando entre ellos, los muy idiotas, mientras el verdadero enemigo est3 al sur. Ellos nos conquistaron en cincuenta a3os. ¿Cuanto tardaremos nosotros en recuperar lo que nos pertenece? Seguro que cuando muramos nosotros no hemos recuperado ni unas cuantas hect3reas de terreno a los musulmanes.

—Qu3 le vamos a hacer, Leo.— dijo Clodi3n, encogi3ndose de hombros.— No es nuestro deber poner paz entre los reyes Cristianos, ni nuestra obligaci3n. Solo ellos tienen el poder para hacer tal cosa.

—Bueno, basta de charla. Si quieres, puedo proporcionarte una escolta para que te acompa3e hasta la villa de Granada. La zona est3 plagada de bandidos, y no es seguro viajar solo.

—D3melo a m3. —dijo Clodi3n con sorna.— Gracias, Leo, pero no es necesario que te desprendas de m3s hombres. Y parto ya, no quiero demorarme m3s. Descansar3 m3s adelante, en una abad3a que hay al sur de aqua, donde tengo amigos que me recibir3n con alegr3a.

—Me alegro de o3r eso. Cuando vuelvas hacia el

norte, no te olvides de pasar por aqu3. Si os place, podemos dar caza juntos a los bandidos que est3n hostigando mi pueblo. — le propuso Leo.

—Ser3a todo un honor, viejo amigo.— y dicho esto, Clodi3n parti3 hacia la Villa de Granada.

* * *

Clodi3n parti3 a caballo a media tarde, para poder llegar a la abad3a cuando fuese de noche, y all3 descansar hasta por la ma3ana. Desde Ba3os fue sin espolear al caballo, siguiendo el camino que le guiaba hacia el sur. El camino estaba en mejores condiciones que el paso de montaa, y pudo cabalgar sin preocuparse de que el caballo tropezase con piedras o baches y se hiriese en una pata. El camino estaba desprovisto de 3rboles, y lo poblaban multitud de retamas y peque3os arbustos que dejaban ver si se acercaba alguien a su posici3n. Clodi3n estaba seguro que los bandidos ya no intentar3a nada contra 3l. Qu3 equivocado estaba. Casi al llegar a los restos de una aldea romana a pie del camino, solo a unas leguas de la abad3a a la que se dirig3a, apareci3 un grupo de cinco jinetes a caballo, que cabalgaban hacia 3l. Clodi3n espole3 a su caballo, pero ya era demasiado tarde. Sin poder evitarlo, los tuvo encima en poco tiempo, y le tiraron del caballo a golpe de lanza. Su espada sali3 volando fuera de su alcance, y cay3 al suelo llen3ndose la boca de sangre. Sus pertenencias estaban tiradas a su lado, y su caballo hab3a huido. Los jinetes bajaron de sus caballos y fueron hacia 3l, desenvainando las espadas.

—¿Es este? —pregunt3 uno de ellos.

—Si, este mat3 a nuestros hombres en aquella colina de Ba3os.

—Por esto, caballero errante, te mataremos. Arrod3llate, maldito cerdo.— dijo el que parec3a ser el l3der.

Clodi3n se arrodill3, y mir3 al suelo a ver qu3 le pod3a ayudar en estos momentos tan desesperados. Y vio lo 3nico que pod3a salvarlo la vida. La espada Craionte estaba tendida en el suelo, al lado suyo, parcialmente oculta por la hierba alta

de los bordes del camino en el que estaba arrodillado. En su hoja vio escrito algo en lo que no se hab3a fijado antes. Un lema. “*La verdad es el camino del honor.*” “Qu3 gran verdad.” pens3 Clodi3n. Y antes de coger la espada para defenderse, recit3 una plegaria silenciosa. “Perd3name, mi se3or. Perd3name, Eur3dice. Perdonadme todos. Voy a mancillar esta espada antes de tiempo para salvar mi vida, pero espero poder enmendar este agravio contra vuestro honor. Porque como dice la espada, la verdad es el camino del honor.” Y recitado esto en su mente, Clodi3n agarr3 la espada y par3 justo a tiempo el hachazo que le iba a rebanar la cabeza, dispuesto a defenderse a sangre y fuego, porque pese a todo, en los 3ltimos rayos de luz del d3a 13 de Enero del a3o de nuestro se3or 1.209 la espada Craionte, despu3s de varios a3os de su nacimiento, recibir3a su primer bautismo de sangre.

FIN



Relato terror por M.C. Arellano

Rayaba el alba cuando, envuelto en la niebla retílica, me disponía a sumergirme en los negros sueños de la mente alterada por el exceso de bebidas espirituosas. Apagadas las luces de la habitación, dejando vagar mi mirada por las caprichosas formas de las vetustas manchas de humedad en la pared, un ruido sordo perturbó, sobresaltándome, la quietud de la estancia.

“Es el móvil”, rezongué, y en la penumbra inquieta busqué la vibración entre ropas desordenadas hasta encontrar el objeto que, ya en silencio, intenté encender. Nervioso, manipulé las teclas, la batería, y ningún éxito obtuve. “Se ha debido de averiar”, razoné, y busqué de nuevo mi lecho, entre las sombras que habían de protegerme de la luz del día.

Mas la otrora apacible tiniebla impedíame ahora conciliar el sueño; se me antojaba que la oscuridad no estaba quieta, sino que se movía en torno a mi cama acercándose cada vez más. “Son los efectos de la bebida exótica que anoche tomé”, quise creer, y casi convencido estaba cuando el inquietante ruido sordo me hizo incorporar temblando otra vez.

“El móvil no puede ser”, musité. “Quizá alguien se ha despertado ya en otra habitación, en otra morada, y son sus pasos y movimientos lo que produce el sonido que a través de las paredes llega aquí”. Contento con mi deducción acomodé la espalda de nuevo, haciendo caso omiso a la vibración que, ahora tenue, ahora sonora, ahora silente, se enroscaba a la oscuridad de la que huí cerrando mis párpados y ocultando la cabeza bajo la almohada protectora.

Puede que conciliara el sueño, o que cayese en las peligrosas alucinaciones de la absenta; el caso es que cuando abrí los ojos parecióme que volvía de un mundo onírico donde había acariciado una respuesta a algo que no recordaba preguntarme. La almohada se había escapado de mis brazos y en lugar del escudo de mis párpados, lo que encontré fueron dos faros verdes brillando en la oscuridad; dos ojos glaucos, felinos, clavados en mí, vigilando mi sueño, traspasando la capa de cordura que se preguntaba cómo había llegado ese animal a mi hueco de descanso, y qué podía querer de mí ese lacayo de Satán.

Era más fuerte que nunca esa extraña vibración que primero había achacado al teléfono y más tarde al vecindario; comprendí, de repente, que era el perverso ronroneo del enorme felino. Porque si tan grandes eran sus ojos, su silueta levemente perfilada a la par que confundida con las sombras era majestuosa y su envergadura, terrible para lo que se podía esperar de un animal destinado a calentar el regazo de ancianas solitarias. Nada podía asociarse de ese animal con una benévola señora, ganchillo o infusiones; era más bien una bestia venida del infierno, donde esquivaría las pezuñas unguiladas de los demonios, vagando a placer entre almas condenadas, para sentarse junto a ellas y escrutarlas, como a mí, con esos ojos verdes que paralizaban mi respiración.

“Cómo es posible”, protesté, mas sólo en mi cabeza pronuncié las palabras, pues temía la reacción del gato al escuchar mi voz. “Cómo es posible que haya entrado esta cosa en mi hogar,

que no lo haya visto hasta ahora. Desde cuándo estarán sus garras silenciosas paseando por mi colchón, cuánto llevará observándome, y qué querrá de mí”.

Traté de desterrar mis extraños pensamientos. “Comida, es lo que quiere; alimento y refugio es lo único que un animal puede desear”. A través de mi mente se abrieron paso recuerdos de la noche anterior, de una presencia que me acompañaba de vuelta a casa tras mi encuentro con la absenta. Pudo ser una impresión equivocada, dada la cantidad de abrasador licor que por mis venas corría, pero ahora creía recordar haber visto, a mi lado, la forma imponente y la sombra de un animal junto a mis pies. “¿Pude haberlo traído conmigo? ¿Pude haberlo sacado de su sacrílega dimensión, haberlo invocado bajo los vapores de la absenta?”

“Quizá no era absenta, después de todo”

Inmóvil seguía el gato negro, con sus brillantes ojos clavados en mí, ronroneando fuertemente, mientras las reflexiones cruzadas empezaban a robarme la cordura. No podía precisar muy bien dónde se encontraba sentado, si en la silla o en la estantería, quizá sobre un cajón del armario abierto. Todas las sombras parecían una, y ya debía de ser de día pero ninguna claridad se filtraba por las rendijas de la persiana. Nada parecía estar en su lugar.

“Es una alucinación”, pensé. “Un producto de mi mente maltrecha, algo más debía de tener el brebaje maldita que anoche bebí. No es más que cuestión de química, neuronas y sugestión”. Tomé una rápida decisión y raudo saqué el brazo de las mantas y metí la mano bajo la cama. Se cerraron mis dedos en torno a la botella de vodka que tanto llevaba guardando ahí.

El gato apenas se inmutó. Inclino la cabeza hacia un lado, curioso.

Me incorporé, abrí el tapón y tomé un largo trago que me encogió las entrañas y me hizo toser. Esperaba acabar con cualquier resquicio de consciencia a base de mayor cantidad de alcohol, y

quería hacerlo cuanto antes mejor, pero las punzadas que comencé a sentir en mi vientre parecía que no iban a permitirme llevar a cabo mi plan.

Temblaron las sombras cuando iba a dejar la botella en el suelo de nuevo, y sentí un enorme peso caer en mi cama. Silencioso como la niebla había saltado el gato a mi colchón, y de cerca me observaba más fijamente si cabe. Su mirada se había endurecido y toda la oscuridad del cuarto parecía plegarse a su alrededor, creando extraños arabescos al ritmo del movimiento de su cola esponjosa.

Lentamente, y sospecho que con deliberación, sin dejar nunca de ronronear transmitiendo a mis piernas su vibrante cadencia, giró su cabeza depredadora hacia la botella que mis dedos aún sostenían, y después hacia mí de nuevo. Con un terrible escalofrío escuché, petrificado, la voz lúgubre del animal, autoritaria pero perversamente sugerente, ordenándome con firmeza: “Otra vez”

Ninguna pesadilla antes había logrado hacer brotar tanto sudor frío de mis sienes, ni agarrotarme los músculos de semejante manera. Sin poderme resistir a la cualidad seductora aunque tenebrosa de esa voz inverosímil, acaté esa breve orden, y volví a llevarme la botella a los labios. Al tragar, más que vodka parecía que por mi garganta cayera lava ardiendo; me doblé del dolor, sentí cómo atravesaba mis vísceras ese líquido infernal. Apenas había recuperado el aliento cuando, con el mismo silencio sobrenatural, el gato se acercó un poco más a mí. Sentí el roce de su cola en el brazo en que me apoyaba, y al sentarse en mi regazo fue como si su continuo ronroneo me meciera, contrarrestando los destructores efectos de la bebida en mi ser. Entonces, levantando de nuevo sus ojos hacia los míos, volvió a hablar, y dijo: “Otra vez”.

Levanté obediente la botella y bebí hasta que las lágrimas resbalaron por mi rostro y mi cuerpo se contorsionó de la náusea. Lloré y traté de protestar, pero no me salía la voz; esa poción me había destruido la garganta. Saboreaba la sangre en mi boca, sabiendo que estaba deshaciéndome

por dentro, pero no pude resistirme a beber de nuevo cuando esa voz me pidió, ahora dulcemente, "Otra vez".

"Otra vez". Bebí diez veces la cantidad que podría haber albergado la botella, y cuanto más arrasaba mi interior más irresistible era el creciendo de su ronroneo, más suave su voz, y mayor el peso que sentía sobre mí, como si lo que de mí desaparecía él se llevara, si no la totalidad, sí la mayor parte.

Ya no puedo hacer uso de los músculos y mi consciencia ha quedado reducida a una mínima percepción de los ciclos de las sombras que me rodean y del confortable peso vibrante de su cuerpo negro sobre el despojo en que se ha con-

vertido el mío. Siguen en mí clavados sus ojos verdes, brillando con luz propia, alimentándose de mi alma hasta que de ella no quede tampoco nada, y se marche dejándome solo, sin ser acunado por su cálido ronroneo, ni permitirme siquiera escuchar su voz tibia de nuevo, en esas palabras que ahora resuenan en los hilos supervivientes de mi memoria: "Otra vez".

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a M.C. Arellano en [facebook](#) o en su [blog](#).

¿Quieres publicar TUS RELATOS en nuestra revista?

Los requisitos son muy **pocos y sencillos**:



- 1** Pertenecer a uno de estos tres géneros:
Fantasia, Ciencia Ficción o Terror.
- 2** Su extensión debe ser de **6 a 10** páginas de Word, a tipo de letra Times o similar de 12 puntos.
[Si tu escrito tiene una extensión diferente, pregúntanos]
- 3** No exigimos exclusividad. Puedes publicarlo simultáneamente aquí y dónde quieras. **Todos los derechos son tuyos.**

Fácil, ¿verdad?

¡No lo dudes! Si tienes alguna buena historia que contar, **envíanosla**. Estaremos encantados de hablar contigo. Lo único que pedimos es que los relatos no contengan contenido sexual.

revista@editorialvalinor.com



Evolución

Un relato de fantasía de Natalia Camodeca

Dormitaba en una especie de huevo dorado. Las paredes cálidas, creo, me protegían de los ruidos de afuera. Un suave líquido me acunaba en el más tranquilo silencio. Ni siquiera me oía a mí mismo respirar.

Abrí los ojos una noche oscura. Me sentía perdido y huí a la negrura del océano. Me oculté en la parte baja de un coral, buscando la protección que nunca más sentiría. Me apretujé en un hueco, sentía el agua pasar a través de mis branquias. Respiraba. Al menos estaba vivo, tenía unos minutos y ya le temía a la noche, pronto tendría miedo del agua también.

Por la mañana aquel mundo de ondas quedó atrás. Mis nuevos pulmones eran inútiles allí abajo, pero por suerte, el instinto me guió hacia afuera, a un lugar brillante, donde lo más oscuro ya no era la profundidad debajo, sino la inmensidad sobre mi cabeza, allá arriba entre las estrellas. Mi sangre era fría, necesitaba ir hacia el calor. Repté entre hojas, temeroso de que el cielo me aplastara.

Elemento majestuoso es el viento, toda la naturaleza se inclina ante él. Los árboles, cuyas ramas me enseñaron las curvas de mi propio cuerpo, recuperan la voz con el viento, uno los oye conversar: a veces murmuran, otras veces declaman con voces estridentes, algunos, los viejitos, crujen porque sus articulaciones están algo secas, pero lo más impresionante es cuando el campo duerme la siesta y entonces todos los árboles hablan a la vez.

No tardé en encontrar una piedra, y para mi

fortuna, era una piedra amada por el sol. Me recosté sobre ella y dejé que mi cuerpo se entibiará mientras observaba las nubes. Que el cielo no se caiga, pensé maravillado porque no entendía cómo se sostenía.

Me sentía dichoso en el campo, retozando bajo el sol; me recordaba la calidez del huevo. Sin embargo, la noche se acercaba y con ella el frío. Se me ocurrió que el único remedio para esto era ir hacia donde el sol iba. Pero el sol es un astro que siempre está apurado y no se aguanta ni dos segundos en el mismo lugar. Definitivamente, era un reto para mí lograr alcanzarlo. Así que desarrollé un par de alas largas, esto resultó algo doloroso pero me dije que era muy necesario aprender a volar si quería moverme deprisa. Mientras tanto las escamas se alargaron y se transformaron en plumas y mis ojos se volvieron agudos, tan agudos que desde kilómetros de distancia podía reconocer un gusano. ¡Volar, la facultad más deseada pero la más peligrosa! Para volar, uno debe exponerse en un cielo al alcance de todos los ojos del mundo. Todos pueden verte y vos, lamentablemente, los ves a todos. Volando uno es libre, para el bien y para el mal. Tus ojos ven lo bueno, pero también las pesadillas que reptan y se devoran cada alma en la tierra. Y la desilusión, aprendí durante esa época, es moneda corriente.

Un atardecer, la luna me reconoció. Me contó que me había visto en mi huevo dorado y me preguntó qué me parecía el cielo. Yo apenas pude responder, estaba turbado por la dama de blanco, por su voz cristalina, por su rostro lumi-

noso. Creo que ella notó que me había enamorado. La dama de blanco, yo hubiera querido decir «mi amante», tomó cierta distancia. Me miraba con frialdad. Como me sentía nervioso (era la primera vez que tanteaba el arte de amar), se me ocurrió decirle un piropo. Decía más o menos así: «Mi dama de blanco, ni el cielo negro podría mancharte». Ella pensó que era un comentario ridículo propio de un chiquillo y ya no me dirigió la palabra. Abatido y avergonzado, regresé a la tierra. Mis alas desaparecieron, en su lugar, aparecieron patas. Casi siempre el amor es causa de caída, me dijo muchos siglos después otro ser errante. Creo que fue un planeta.

¡La sudorosa y exuberante jungla! En ella había caído. Allí todo eran sonidos repentinos, el aire era denso, los aromas fuertes y las texturas y colores me producían impactos violentos. Me sentía desgarrado por dentro, mi olfato me indicaba una cosa y mis ojos otra, mi pensamiento se embrollaba en un caos de luces y sombras, entendía poco y nada, solo atinaba a respirar y mover torpemente las patas. Ya no tenía plumas, ahora tenía pelaje y por lo que entendí a través de una pobre observación, debía construir un refugio para ocultarme de los depredadores. Me la pasé recolectando elementos que me sirvieran para construir un mísero hogar, trabajaba durante todo el día para la noche dormir sobre hojas frías. Extrañaba el calor del huevo, incluso la piedra amada por el sol donde había descansado plácidamente en otros tiempos. Extrañé el cielo y el calor del omnipotente, extrañé a la fría luna también.

Faltaban pocos segundos para la aurora y desde los árboles se dibujaba el más esplendoroso paisaje. Las hojas húmedas comenzaban a brillar, la brisa nocturna se escurría con suavidad hacia el oeste, algunos sapos asomaban la cabeza desde los huecos en la tierra, las arañas recogían las telas y yo me preguntaba por qué era el único ser que tenía pelaje. Me di cuenta de que siempre era el único, yo solo en mi especie. Descendí del árbol mientras pensaba si habría otras lunas, otros soles, puesto que ellos también parecían únicos. El suelo de barro era una caricia para

mis pies. Tenía sed y hambre. Había huellas por todas partes, las percibía con claridad pero por sobre las demás, resaltaba la de una serpiente. Así como me había sucedido con el vasto océano, una vez abandonada la vida como reptil comencé a temerle, olvidando todo cuanto había experimentado en otra vida. Debería haberme alarmado, pero estaba en constante transición y no lo notaba. Esta sería una característica contra la que, ya mono, ya hombre, debería luchar siempre: la experiencia no es una herramienta para la vida, es la vida misma y pobre del mono, pobre del hombre que lo olvide.

Así es que tenía sed. Avancé hacia un riachuelo, bebí hasta saciarme. Ahora quería atender mi apetito que el aroma de un plátano avivaba. La fruta colgaba apetitosa de una rama. El sol la iluminaba y yo salivaba deseándola. Me estiré para alcanzarla. Mis dedos tocaron la cáscara cálida pero no conseguí arrancarla. Caí sobre mis patas, pero enseguida junté ímpetu para otro intento. Volví a estirarme, esta vez con mayor esfuerzo, y logré mantenerme erguido para cortarla de la rama. ¡La había conseguido...pero cuánto dejé atrás por ella! Ya no podía andar con destreza en cuatro patas, parecía que la mitad superior de mi cuerpo no coordinaba con la otra mitad. Me costaba sobremanera moverme entre las ramas, sobre aquel suelo rocoso con el que tropezaba a cada instante. La piel me empezó a picar y noté que me salían unas marcas rojas que ardían donde antes tenía pelo. El sol ya no era mi amigo, ahora quemaba. Para colmo, algo se comía mi cerebro, podía sentir los agujeros por donde entraba aire y se iba mi certeza animal. ¡Ay, qué odiosa era la inteligencia! Me llenó de dudas al matar el instinto, silenció la vida al acribillar la simpleza animal y ahora la muerte me gritaba en la cara, me apuntaba con el dedo y yo temblaba como nunca antes lo había hecho. Ya nunca viviría del mismo modo: ahora el sol era un astro que me hería la piel y la vista, y la dama de blanco, la mía, era apenas una roca. Fui consciente de cuanto perdía, y lloré cuando noté que ya ni recordaba la ubicación del huevo dorado.

Mi vida se convirtió en la búsqueda de ese hue-

vo, una carrera desesperada por volver al arca perdida. No pasó mucho tiempo (parecía que cada día la Tierra rotaba a mayor velocidad) hasta que temí una próxima transformación que me hiciera olvidarlo todo. Ya percibía algunos cambios que me aproximaban a un nuevo abismo: había inventado una máquina monstruosa que hacía todo por mí. Había comenzado como una simple ayuda trabajando la naturaleza para que yo dispusiera de tiempo para abandonarme a mis reflexiones, y disfrutar. Esto estaba bien, pero pronto la usé como una extensión no solo de mis brazos y piernas, sino de cada músculo de mi cuerpo y mente. Ya ni siquiera estaba seguro de pensar por mí mismo.

La única tarea que todavía no le cedo es la que me permite seguir siendo humano, el ancla a lo primitivo: sigo buscando el huevo dorado. Pero tanto pensar me está extenuando, me quedan pocas fuerzas y a cada rato me siento tentado a dejarle también esa tarea a la máquina.

Por esto mismo decidí escribir mis memorias, cada día las releo para recordarme aquello que no debo olvidar puesto que si lo hiciera, me perdería para siempre: perdería al pez, al reptil, al ave, al mono y al hombre que llevo adentro. Todo esto es lo que soy y el instante en que lo olvide y me confunda con la máquina, habré dejado de vivir. Y ni siquiera la muerte, esa vieja que me apunta con el dedo, será tan devastadora.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes contactar con Natalia Camodeca en su correo electrónico:
nataliacamodeca@yahoo.com.ar



Eddan y Kiri

Una serie de aventuras de Isabel Cisneros

«Eddan y Kiri» es una serie mensual de relatos ambientados en las aldeas de la Europa medieval donde esta pareja de pillos corre sus peculiares aventuras.

La caja misteriosa

¿Qué llevas ahí? — Preguntó Kiri desde el otro lado de la verja.

Eddan sonrió y le mostró fugazmente una caja que traía en sus manos.

—Una caja mágica. Es una larga historia.

—Sácame de aquí y cuéntamelo. ¿Dónde la has encontrado?

El chico rió.

—¿Te interesa más la historia o que te saque del convento?

—Las dos cosas. Para eso has venido ¿no? — preguntó la niña poniendo los brazos en jarra.

—Así es —afirmó solemnemente—. Algo me decía que me necesitabas para salir.

—¡Ja! No tengas morro, el que ha venido con necesidad de contarme historias eres tú.

—¿Quieres que te saque de ahí o no?

—Vale, sí. La vieja está a punto de llamarnos a oración.

Eddan sintió un escalofrío al recordar su desafortunada incursión en el convento que acabó con aquella bruja convirtiéndole en gato. Aún así sonrió divertido, tomarse las cosas a chanza era su manera de levantarse cada día.

Con gran agilidad saltó la verja de hierro negro que rodeaba aquel edificio tan viejo como la

bruja. Una valla que lo protegía precariamente, visto lo visto, aunque sí lo suficiente para que las niñas no pudieran treparla, —quizá fuera esa su verdadera utilidad, todo hay que decirlo—. Una vez dentro entrelazó los dedos de sus manos ofreciendo apoyo a Kiri. La muchacha se agarró a los barrotes y pronto estuvo fuera. Ambos corrieron hacia las peñas que controlaban aquel paraje alejado de las aldeas.

Soplaba un aire fresco y otoñal. El bosque a su alrededor se mostraba cobrizo y las hojas caían formando un increíble manto sobre la hierba. Pese a que el frío avisaba, aún hacía una temperatura agradable. Ambos se sentaron sobre los riscos de un pequeño acantilado.

—¿Me enseñas la caja?

Kiri sonrió a Eddan mostrando una sonrisa encantadora que, sin embargo, el chico ya conocía de sobra como una de sus argucias.

—Espera —señaló un lugar a no demasiada distancia en el que el riachuelo marcaba un recordo—. Allí es donde tenemos que ir.

—¿Qué hay allí?

—Di mejor «quién».

* * *

La nueva incógnita alimentó la intriga en Kiri, que no dudó en correr junto a su amigo a través de los árboles. Eddan, sin embargo, frenó el paso.

—¿Por qué te paras? —Preguntó ella— ¿Estás cansado?

—¡Yo nunca me canso! —se indignó.

—¡Vamos! Quiero ver quién es.

—Tranquila, no se va ir a ninguna parte. Me está esperando—afirmó dándose importancia. Caminó hacia ella y prosiguieron el camino andando—. Pero primero la historia.

* * *

Estaba yo en la aldea cuando me llamó la atención un tipo que caminaba por una callejuela —contó el niño—. Con gran habilidad me sumergí en las sombras y le seguí hasta que descubrí que se detenía para adentrarse en una oscura taberna.

—Es decir —interrumpió la cría—, que seguiste a un borracho.

—Era un tipo misterioso —corrigió él.

Me acerqué entonces a la ventana y vi cómo se sentaba en la mesa más apartada. De repente sacó un pergamino y lo extendió sobre la madera.

—¿No sería un mantel?

—No —Eddan frunció el ceño.— Y no interrumpas.

Sacó un pergamino —repitió— y pidió una jarra de vino. Le observé desde mi posición, porque me llamó la atención que él tipo clavara el codo en la mesa, apoyara su cara en el puño y fijase los ojos en aquel trozo de papel. Lo estaba estudiando y ¡deduje que era un mapa!

—O quizá se estaba durmiendo.

Eddan suspiró.

No dormía, estudiaba aquel fantástico mapa mientras bebía de su jarra. Y lo hacía con tanto disimulo que nadie a su alrededor se daba cuenta. Nadie salvo yo, claro.

No podía quedarme de brazos cruzados. Soy un hombre de mundo y sé que los mapas siempre conducen a cosas interesantes, porque nadie se pondría a trabajar para hacerlos si no fuera por algo que merezca la pena. Total, que me deslicé tras otro tipo que entraba en la taberna hasta un lugar desde el que podía espiarle con claridad.

—¿Qué había en el mapa? —preguntó Kiri.

En el mapa había dibujado un campamento secreto no muy lejos de aquí, oculto en las montañas del norte. Yo había escuchado muchas historias sobre bandidos que ocultan sus tesoros en las cuevas, y supe que se trataba de algo así.

—¿Piratas?

El chico asintió.

Me agaché para mirar bajo la mesa y encontré la prueba que me faltaba: una de las piernas de ese hombre era de madera.

—Espera —interrumpió Kiri una vez más—. Cuando has contado que le viste en el callejón no has dicho nada de eso.

—Sí lo he dicho.

—No, sólo que era un tipo misterioso.

—Bueno, pues era misterioso porque tenía una pata de palo.

—Pero si eso lo descubriste al mirar bajo la mesa...

—¿Quieres que siga contando la historia o no?

—Sí —asintió la muchacha—. Vale, sigue.

Aquel hombre era incapaz de descifrar el mapa y yo aproveché mi oportunidad. «Está usted leyéndolo mal —le dije y el tipo se asombró al verme aparecer—, esas montañas están al norte y los puntos que marcan son cuevas» «¡Pardiez! —exclamó— ¿Cómo no me había dado cuenta de ello? ¿Quién eres, muchacho? Si conoces el lugar podrás serme de mucha utilidad».

Me presenté entonces y me dijo que me llevara el mapa, que buscara el lugar y que volviese para decirle si es cierto o no que existía aquel tesoro. Él no podía ir porque aseguró que le cortarían la cabeza y, además, yo había dado muestras de mi sigilo. Era

perfecto para la misión. Dijo que podía llevarme lo que quisiera cuando lo encontrara y que veía que podía confiar en mí.

Acepté la misión y fui hacia el norte. Trepé por los acantilados y llegué hasta las cuevas de los forajidos.

—¿De verdad existen? —preguntó Kiri.

—Claro que sí, ¿no has visto esas manchas negras en las montañas?

—Pensé que eran sombras.

—Pues no lo son. Te lo aseguro.

Una de aquellas cuevas era más grande que las demás, pero yo sabía que si alguien se quiere ocultar no lo haría en esa, sino en alguna más pequeña. Así que seguí el dibujo del mapa hasta el sitio que marcaba con una equis. Antes de entrar me quedé fuera escuchando, y menos mal que lo hice, porque salieron unas terribles voces desde el interior de la cueva.

—¿Los piratas?

El chico asintió.

Estaban alrededor de un fuego, bebiendo y riendo, completamente armados.

—¿Estaba el tesoro allí?

Lo estaba. Tras ellos, en el fondo de la cueva, brillaban multitud de monedas de oro y también había varios cofres abiertos con todo tipo de cosas. Pero descubrí algo más que me llamó la atención: un hombre encerrado en una jaula. ¡Tenía que liberarle! Los tesoros son geniales, pero para mí son más importantes las personas. Soy como esos caballeros de las historias, de hecho en ese momento comencé a serlo.

Kiri alzó una ceja.

Esperé a que se durmieran y me escabullí entre las rocas para llegar al fondo de la cueva. No podía hacer el menor ruido, y por eso hice gestos al hombre para que no dijese nada al ver que le iba a liberar. La jaula tenía un gran candado, pero yo sé como abrir cualquier cerradura y le liberé con bastante facilidad. Se sorprendió mucho.

—¿Cómo era?

—De hierro y cuatro dientes.

—El hombre digo, idiota.

—Ah, adulto —describió Eddan— Tenía una larga coleta rubia y vestía como un soldado. La verdad es que estaba hecho polvo.

—Vaya, pobrecillo. Menos mal que le salvaste.

El chico asintió y continuó su relato.

Le hice otro gesto para que no hablase, pero eran tantas las ganas que tenía de darle las gracias que no pudo evitarlo. «Gracias —me dijo—. De no ser por ti me habrían matado». Y, como temía, aquello alertó los piratas: se despertaron y exclamaron cuando vieron había conseguido burlarles. «¡A por ellos! —gritaron— ¡Que no escapen!» Y entonces el soldado intentó defenderse del ataque, pero no tenía espada y supe que pronto acabaría todo muy mal. Por eso evité el encontronazo tirándome al suelo.

—¡Cobarde! —reprochó Kiri.

—¡Y una leche! No fue cobardía, era mi plan.

Rodé hasta el tesoro y busqué allí algo que pudiera ayudarnos. ¡Y vaya si lo encontré!

—¿El qué? ¿El qué? —La muchacha no podía soportar ya la intriga.

Uno de los cofres tenía cosas muy raras. Pronto me di cuenta de que eran cosas de un hechicero porque una vez fui aprendiz de mago hasta que el gran Kaler-vo, que así se llamaba mi maestro, dejó de enseñarme al temer mi poder. Pues bien, abrí todo lo que encontré y cuando mi mano fue a coger una caja con símbolos grabados, un pirata me vio y clamó «¡Va a abrir la caja! ¡Impedidlo!» Pero no les dio tiempo, lo hice y de repente el soldado y yo desaparecimos del lugar.

—¡Qué dices! —exclamó la chica, incrédula— ¿Y dónde fuisteis?

Tras volar por lugares que sólo los que hemos sido magos podemos comprender, pero que podría describirte como “sitios mágicos”, aparecimos en el bosque, junto al río.

—¿Es dónde vamos?

—Sí.

—¿Y allí sigue el soldado?

—Sí. Él no aguantó aquel viaje y está un poco herido, por eso me está esperando.

La chica se sorprendió al ver que estaba diciendo la verdad. Allí, junto al río, había un hombre de larga coleta rubia sentado en una roca.

* * *

—Quédate aquí —pidió Eddan a Kiri—. Voy a decirle que he informado de su liberación y que le esperan en la aldea.

—Yo también quiero ir.

—Espera, primero voy a ir yo para no asustarle. Ha pasado por una experiencia terrible.

—Vale.

Eddan se acercó al hombre y éste se puso en pie. Kiri vio cómo hablaban y cómo Eddan le daba la caja mágica. Al ver que el hombre la habría temido que desaparecieran de nuevo sin poder conocerle y corrió hacia ellos.

—¡Esperad! ¡No abráis la caja, señor! —gritó.

El soldado miró sorprendido a la muchacha y ladeó la cabeza.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Soy Kiri, amiga de Eddan. Me alegro mucho de que seáis libre.

—¿De que sea libre?

—Sí, señor. No abráis la caja.

—¿Y eso por qué? —contestó el soldado— No sería educado por mi parte despreciar un regalo.

—¿Le has regalado la caja mágica? —preguntó a Eddan, sorprendida.

—¿Mágica? —rió el hombre— ¿He de temer que estas croquetas estén embrujadas?

—¿Croquetas...?

El hombre sacó una de ellas de la caja y la observó con detenimiento. Kiri miró a Eddan sin comprender nada.

—La madre de tu amigo me las envía en agradecimiento por haberle rescatado.

—¿Qué? —exclamó la niña.

—¡Corre Kiri! —gritó Eddan— ¡Es uno de ellos!

—No cuela, mentiroso —se enfadó con Eddan y miró al soldado.

—Encontré a tu amiguito en la taberna, intentando robarle la bolsa a un viejo borracho que estaba dormido sobre el mantel de la mesa. El hombre se despertó y le sacudió un buen mamporro. Cuando le llevaba a rastras hacia fuera para entregarle a los soldados intercedí y me hice cargo de él. No quería que le agrediera más, es un simple ratero.

»De camino me contó que necesitaba dinero para donarlo a nosenal convento que estaba muy viejo y fui compasivo.

—¿Por qué? —preguntó Kiri— Si es un mentiroso.

—Porque su madre le daría su merecido mucho mejor que los soldados del cuartel.

Kiri miró ahora divertida a Eddan.

Éste gruñó, bajó la cabeza y miró al soldado a través de sus mechones despeinados murmurando algo.

—¿Me das una? —decía el chico.

El soldado miró las croquetas.

—No.

La niña soltó una carcajada.

FIN



Christall

Una serie de terror y aventuras de **Géraldine de Janelle**

«Christall» es una serie mensual de relatos ambientados en la llegada y exploración del Nuevo Mundo. Un lugar desconocido y misterioso para la mentalidad de los personajes de esta narración, que nos transporta a épocas antiguas a través episodios históricos mezclados con oscura fantasía.

Serpiente de Sombra

Tiembla el suelo
vibra el aire
se abre el averno
y del fuego sale,
envuelta en tinieblas
de dientes letales
blasfemias antiguas
terror insondable.
Aferrada a mi acero
la estoy viendo alzarse
sedienta de infierno
se gira a mirarme.
Su grito me espanta
su aliento me arde
sus ojos profundos
comienzan a helarme.

Serpiente olvidada
dragón innombrable
surges del miedo
y el mal en ti nace.

Busco en mi alma
oración que me salve
mas nada responde,
y se arroja a atacarme.
Con ira profunda
crujen sus fauces
y llamas oscuras
arrasan y embaten.
Cual lanzas sombrías
de mal implacable
atravesan mi cuerpo,
su infamia me invade,
penetra en recuerdos,
y hurga en los males,
que todos tenemos
y que ella los sabe.

Serpiente olvidada
dragón innombrable
surges del miedo
para condenarme.

Caigo en rodillas
que tiemblan sangrantes.
Caigo en mí misma
incapaz ya de alzarme.
Caigo en terrible
sudor delirante.
Caigo al abismo
del miedo punzante.

Porque sigo rezando
y no escucha nadie.
Porque ella me mira
y se lanza a matarme.

Susurro inconsciente
el canto que abre
la puerta a la noche
sin luz que me guarde.
E irrumpe su fuerza
para rodearme,
y siento su hechizo
violento, implacable,
que enciende mi orgullo
y miro adelante,
sin luz, sin bondad,
pero con coraje.
Recojo el cuchillo
del suelo distante
y busco a la bestia
que sigue acechante.

Serpiente olvidada
dragón innombrable,
me adentro en tu averno
para encontrarte.

Desciendo al infierno
absorbo su ataque
empleo sus armas
para quebrantarlo.
Se agita con ira
intentando atacarme,
brillates sus ojos
de furia salvaje,
entre olas de fuego,
y tinieblas aullantes,
que todo devoran
salvo mi aguante.

Maldita, sonrío,
y lanzo el cortante
cuchillo mellado
que silva en el aire,
acero entre sombras
que logra adentrarse
en su ojo de fuego,
de dragón indomable,
que ruge violento
hasta desplomarse
en un mar de llamas
del que he de escaparme.

Serpiente olvidada
dragón innombrable,
con tus armas te venzo,
aceptando que esto
va a condenarme.

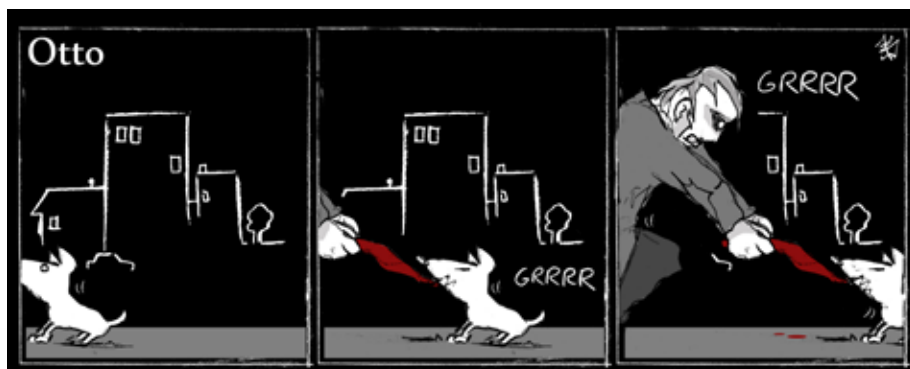
Dedicado a todos aquellos que luchan contra la Serpiente de Sombra.
Pese a atacarla entre todos, es una batalla personal que cada cual debe librar.



Otto

Boebaert

¿Conocéis a Otto? Es un pequeño perro, ajeno al amanecer zombi, que descubre que su amo se encuentra "un poco raro". Contamos con sus extrañas tiras cómicas con nosotros cada mes. ¡No os lo perdáis!





CUC DE PI



Violeta
Moreno
Triviño

Corrección profesional

Resultados profesionales



www.correccionprofesional.com

¿Quieres anunciarte en nuestra revista?

Al ser una publicación **GRATUITA**,

la **Revista Valinor**

**LLEGA A MUCHOS LECTORES
Y PASA POR MUCHAS MANOS.**

No lo dudes,
si quieres que te vean, contacta con nosotros y pregúntanos.

revista@editorialvalinor.com

WWW.UNDERCINE.COM

UNDERCINE

CINE DE TERROR. CINE FANTÁSTICO Y MUCHO MÁS



EDITORIAL VALINOR
www.editorialvalinor.com

